

El amor

NO CIERRA

A MEDIODÍA

• ABBY BAKER •

# Índice

Portada

Dedicatoria

Primera parte: Barcelona

Capítulo 1. Valentina

Capítulo 2. Hugo

Capítulo 3. Valentina

Capítulo 4. Hugo

Capítulo 5. Valentina

Capítulo 6. Hugo

Capítulo 7. Valentina

Capítulo 8. Hugo

Capítulo 9. Valentina

Capítulo 10. Hugo

Capítulo 11. Valentina

Capítulo 12. Hugo

Capítulo 13. Valentina

Capítulo 14. Hugo

Capítulo 15. Valentina

Capítulo 16. Hugo

Capítulo 17. Valentina

Capítulo 18. Hugo

Segunda parte: París

Capítulo 19. Hugo

Capítulo 20. Valentina

Capítulo 21. Hugo

Capítulo 22. Valentina

Capítulo 23. Hugo

Capítulo 24. Valentina

Capítulo 25. Hugo y Valentina

Notas

Biografía

Créditos

Encuentra aquí tu próxima lectura

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

*Para Gemma y mis amigos, en los que, en parte, se inspira esta historia.*

**Primera parte**  
Barcelona

# Capítulo 1

## Valentina

Valentina trabajaba en una tienda de libros viejos. Bueno, en realidad era mucho más que eso. Era un sitio donde llegaban libros raros y eran tratados como obras de arte, cuidadosamente restaurados para volverlos a poner a la venta para los coleccionistas amantes de la calidad.

Esa tienda, llamada *El estante de Jane Austen*, había sido desde siempre el sueño de Valentina. Desde que tenía uso de razón había soñado con abrir una tienda de libros viejos, pero no una de esas polvorientas, con olor a rancio, sino de las que podían compararse con un museo. Y tras muchos años lo había conseguido.

Después de licenciarse en Filología inglesa, y con la ayuda de los contactos de sus padres, compró un local en las callejuelas del Barrio Gótico de Barcelona y abrió su soñada librería de viejo. Fue bautizada en honor al primer volumen que puso en los estantes, un ejemplar antiguo de *Emma* que le había regalado años atrás su abuela y que, a pesar de formar parte de la colección de libros que había en la tienda, era el único que siempre tenía el cartel de «reservado» delante.

Durante seis años se había dedicado enteramente a esa librería, que se había convertido en punto obligado de visita para todos los bibliófilos de la ciudad, gracias a la perseverancia y al trabajo de su mejor amiga, Victoria, licenciada en Filología inglesa igual que ella y restauradora de profesión. Eran las únicas empleadas del negocio y, aunque a final de mes siempre tenían beneficios, no podían dejar de abrir ni un solo día. Ese sábado en concreto, le tocaba a Valentina, así que, después de dejar su apartamento en el Eixample, bajó por la Rambla de Catalunya, cruzó la Gran Vía y la plaza Catalunya y, tras girar a la derecha antes de llegar al final de Portal de l'Àngel, subió la persiana de *El estante...*

Normalmente, la tienda la visitaban curiosos y los pocos clientes habituales, los típicos coleccionistas en busca de la pieza esencial para su colección, que, dada la calidad de los libros allí expuestos, podía ser cualquiera. El local era alargado. La mayor parte estaba dedicada a los libros que estaban a la venta, dispuestos en los altos estantes de las paredes; las piezas más valiosas se hallaban cerradas bajo llave en unas vitrinas de cristal. Al fondo había una pared con una puerta en la que se podía leer «Taller. Reservado para el personal», que daba acceso a la sala donde Victoria restauraba los libros antes de volverlos a poner a la venta.

En el catálogo de *El estante* no había cualquier libro. Valentina se encargaba de seleccionar los ejemplares antes de adquirirlos. Los que entraban a formar parte del

fondo sólo eran incunables, ediciones raras, ediciones anteriores al siglo XIX, y cosas por el estilo, es decir, auténticas piezas de colección.

Encendió las luces y el oscuro local se convirtió en un bonito espacio de paredes blancas, bien iluminadas, donde se podían ver perfectamente los libros meticulosamente ordenados. Para Valentina, abrir la tienda siempre era un placer.

Tras dejar sus cosas debajo el mostrador, que estaba al lado de la puerta de entrada, se dispuso, como cada sábado, a quitar el polvo de todos los estantes. No quería que su tienda oliera a viejo.

Aunque pareciera raro, los sábados eran el día más tranquilo en *El estante*. Ese día, la mayoría de la gente salía a pasear y a comprar con sus familias; los turistas deambulaban por la ciudad haciendo fotos de todos los rincones famosos de Barcelona y muy pocos pensaban en adquirir una edición de coleccionista de algún libro en latín, impreso a mediados del siglo XVIII. Por ello, era la mejor ocasión para hacer limpieza y revisar la caja de la semana.

Esa mañana del sábado transcurrió sin sorpresas, es decir, sin visitas, y casi al mediodía Victoria llegó a la tienda.

—Buenas tardes —saludó.

—Hola, Vicky.

—¿Alguna venta importante? —preguntó Victoria—. ¿Alguien ha comprado la edición del Galileo de mil setecientos noventa?

—No sé ni para qué lo preguntas —respondió Valentina—. Sabes de sobra que ese libro nunca nos lo sacaremos de encima.

—Claro, ¿quién va a comprar un ejemplar de hace más de doscientos años, cuyo precio pasa del cuarto de millón de euros? —Hizo una pausa—. Suerte que lo compraste tirado de precio en Florencia; si no, habría sido nuestra ruina.

El verano anterior, tras tres años sin vacaciones, ambas decidieron de mutuo acuerdo cerrar la tienda durante el mes de agosto e irse de vacaciones a la Toscana. Y, como siempre, mientras Victoria confraternizaba con algún italiano de más de metro ochenta y torso musculoso, ella no hizo más que comprar libros, entre ellos ese ejemplar que había mencionado su amiga.

—Sabes que si no cambias, no te volveré a llevar de vacaciones conmigo. —Victoria se calló, rememorando un pasado magnífico—. ¿Cómo se llamaba el que te estuvo tirando los tejos el día que estuvimos en Pisa? ¿Giancarlo? ¿Pietro? Bueno eso es lo de menos. ¿Por qué no le hiciste caso?

Cada vez que se quedaban solas o no había clientes cerca, Victoria le recordaba las posibles conquistas que Valentina había rechazado durante su viaje.

—Mira que eran guapos y... ¡estaban buenísimos! —gritó, como si tuviera hambre—. ¿Qué debe tener un hombre para que le dirijas la palabra?



—Les dirijo la palabra —replicó Valentina.

—Sí, como a Francesco, que se te durmió a los treinta segundos.

—¿Ves? —dijo Valentina—. Eso es lo que busco en un hombre: que me pueda aportar algo más que un abdomen musculado y una bonita sonrisa, y que no se me duerma si le hablo de algo que no esté relacionado con él.

Victoria no quiso seguir con la conversación. Sabía cómo acabaría. Valentina buscaba al hombre perfecto, algo que, como había podido comprobar ella misma, no existía. Según Victoria, sólo la suma de fragmentos de muchos hombres distintos daba como resultado el hombre perfecto. El unicornio blanco.

—Cambiando de tema —dijo—, estoy a punto de terminar con el *Hamlet* en francés de mil ochocientos. ¿Hay alguien que esté interesado?

Valentina negó con la cabeza.

—Esto no puede seguir así —continuó Victoria—. Cada vez tenemos más libros y no conseguimos venderlos. Hasta que vaciemos un poco los estantes no deberíamos comprar más.

—Justo ahora que viene la Feria del Libro de Ocasión —respondió Valentina—. Sabes que iré y que no podré resistirme.

—Esta semana no hemos vendido nada. Deberíamos ampliar el mercado. Hacer algo que atraiga a más clientela que los coleccionistas viejales que vienen a comprar para ligar con nosotras.

—No seas mala, Victoria.

Ésta se encaminó al fondo del local y entró en su taller para, pocos segundos después, colgar en la puerta una hoja de papel escrita a mano que decía «Genio trabajando. Si no eres un chico rubio, alto y de anchas espaldas, no molestes».

No era la primera vez que Victoria hablaba de ese tema de las relaciones con Valentina. Casi cada sábado la invitaba a ir con ella de copas para ver si ligaba. Pero mientras que Victoria no podía recordar a cuántos había presentado como su «novio», Valentina no había tenido más que decepciones. Por eso, últimamente ya no se proponía ni siquiera entablar conversación con ningún hombre.

En cuanto a la tienda, la verdad era que Victoria tenía razón. Deberían ampliar el mercado, pero Valentina no tenía ni idea de nada que no fueran sus preciados libros. Pero como mínimo tenían que intentar vender algún ejemplar valioso, para solventar los últimos meses, un poco ajustados.

Durante la tarde, Valentina se cansó de recibir visitantes desde detrás del mostrador. Personas mayores que descubrían una tienda que «no era para jóvenes», turistas despistados buscando la catedral, gente que se confundía de local y entraban pensando que era una librería «normal», y un largo etcétera. Tan sólo una joven pareja compró algo.



Tras ver el ejemplar de *Emma*, y los precios de los libros de alrededor, el chico había convencido a la chica para que buscaran algo un poco más asequible. Así que ésta se acercó a Valentina.

—Hola —dijo con voz decidida—, estaba buscando algún ejemplar un poco raro de alguna obra de Jane Austen...

—Pero que no sea extremadamente caro —intervino su pareja.

—¡Cariño! —protestó ella—. Eso no se dice.

—No pasa nada —dijo Valentina—. Sé que algunos ejemplares son un poco caros. Vamos a ver si encontramos algo.

Salió de detrás del mostrador y se fue a una esquina de la tienda, seguida de cerca por la chica, mientras el chico se distraía con cada cubierta que veía. Se notaba que entendían. Se les veía en la cara que eran lectores habituales, y no tan sólo de *bestsellers*. Ella seguro que había leído todo Jane Austen y a las hermanas Brontë, y él sin duda había hecho algo más que hojear Sherlock Holmes.

—Aquí tenemos los ejemplares de principios del siglo veinte. Tal vez no son tan raros como los del dieciocho, pero tienen su encanto.

Empezó a repasar los estantes en busca de algo que pudiera satisfacer a su joven cliente.

—Mira, aquí tienes *Orgullo y prejuicio* y *Sentido y sensibilidad* de los años veinte, por unos veinte euros cada uno.

Sacó los dos libros y se los enseñó. La chica los hojeó detenidamente, parándose en las páginas que contenían grabados, intentando valorar si la calidad y el precio eran aceptables. Mientras, Valentina le iba enseñando otros libros de la misma época y autora, a precios que no superaban los treinta euros.

—Cariño —dijo la joven—, ven aquí a ver qué opinas.

—Un segundo —replicó él—. Yo también estoy mirando.

Cogió un ejemplar de Verne que había estado leyendo hasta ese momento y se acercó a su pareja.

—¿Qué? ¿Te decides?

—No sé. Sabes que me gusta mucho *Emma*, pero este ejemplar de *Orgullo y prejuicio* es más antiguo.

Él cogió los dos libros que tenía en las manos, los hojeó, miró los precios y luego la miró a ella.

—Quédate los dos —sentenció.

—¿Los dos? ¿Ya te va bien? —preguntó la chica.

Él asintió con seriedad y, mientras iban con Valentina hacia el mostrador para pagar, discretamente dejó el Verne donde estaba.

Mientras les cobraba y se despedía de ellos, Valentina envidió a aquella joven. Se

notaba que él, a pesar de tener sus gustos y caprichos, era capaz de dejarlos de lado para hacerla feliz. Pues, al fin y al cabo, parecía que ella fuera su mayor capricho.

Se acercaba la hora del cierre, y excepto los dos libros vendidos a la pareja de enamorados, no había habido ninguna otra compra. Victoria salió de su confinamiento con el *Hamlet* en las manos, que rápidamente Valentina colocó junto a otros ejemplares de Shakespeare. Ambas habían hecho una tregua en el tema de chicos y Valentina, y ahora estaban charlando y criticando a los últimos novios de otra de sus amigas, Laura. Ésta era una azafata que siempre decía estar enamorada del último hombre al que había conocido, pero al que dejaba pocos días después, enamorada de otro. Toda una rompecorazonos.

En ese momento, entró en la tienda un hombre de más de cuarenta años, pero que aún conservaba todo el encanto y el atractivo, y ellas dos se callaron de golpe. Lo siguieron con la mirada mientras observaba detenidamente todos los ejemplares que había en el interior de las vitrinas. Daba dos pasos, se detenía, contemplaba la cubierta, miraba el precio y reflexionaba unos segundos. Tras mirarlos todos, se dirigió de nuevo hacia la puerta. Cuando ya pensaban que no era más que otro curioso, se detuvo delante de ellas.

—Discúlpenme, señoritas —dijo con un marcado acento americano—. He visto que tienen reservado un ejemplar de *Emma*. No sé lo que les habrán ofrecido por él, pero yo doblo la oferta.

Victoria se atragantó con su barrita de fibra.

—Lo siento, caballero, pero ese ejemplar está reservado —reiteró Valentina.

—Entonces, triplico su oferta —insistió el hombre.

Ante su insistencia, Valentina no tuvo más remedio que decirle la verdad, para evitar ofender a un posible cliente.

—Verá, la verdad es que ese libro es mío. Me lo regaló mi abuela y lo tengo ahí desde que abrí la tienda.

Él pareció sorprenderse y sonrió.

—Discúlpeme de nuevo; en ese caso no voy a insistir más. Conozco de sobra lo que quiere decir «valor sentimental».

Durante unos segundos, nadie dijo nada.

—De todos modos, estaría interesado en más de un libro de esa vitrina. —Hizo una pausa—. Y alguno más que ustedes me puedan recomendar para tener una bonita colección.

Victoria contemplaba ahora al hombre con la boca abierta de par en par, sin creer que podían hacer la venta del mes, sino del año.

—He visto que tienen ejemplares increíbles y en un estado de conservación magnífico.

Valentina asintió con una sonrisa en los labios, mientras Victoria reaccionaba y se disponía a encandilar al comprador con sus encantos. Si tenía dinero para pagar todo eso y estaba soltero, podía ser el hombre de sus sueños. Pero la ilusión le duró poco.

—Me llamo Gabriel y acabo de comprar un piso en la ciudad. Me gustaría tenerlo a punto para cuando llegue mi esposa. Por eso quería el ejemplar de *Emma*. Es su novela favorita.

—Si tan interesado está en hacerse con uno de *Emma* de cierta antigüedad, podríamos buscarlo y restaurarlo por encargo.

—¿En serio? —exclamó Gabriel—. Magnífico. Pero, qué más me pueden ofrecer estas dos bellas damiselas.

Valentina se sonrojó mientras Victoria sonreía, deseando que no hubiera mencionado a la esposa.

Eran las ocho, así que, antes de atender a su nuevo y adinerado cliente, Valentina echó la llave a la puerta y puso el cartel de «Cerrado», y a pesar de que eran puntuales a la hora de marcharse, ese día estuvieron hasta pasadas las diez de la noche en *El estante*.

Al cabo de dos horas, Gabriel les había comprado gran parte de los ejemplares que tenían en las vitrinas, entre ellos el Galileo invendible y el *Hamlet* recién restaurado, una venta con la que cubrían gastos por un año. Además les encargó una colección de Jane Austen, cuyo valor podría alcanzar el millón de euros.

Tras despedirse de su mejor cliente hasta el momento, las chicas no sabían qué hacer o qué decir. Habían hecho la venta del siglo.

—¡Vamos a celebrarlo! —propuso Victoria riéndose—. ¡Paga Gabriel!

Otro día Valentina se hubiera negado a salir con ella, pero ese sábado no pudo decir que no.

—Vale —dijo —, pero no me presentes a nadie. Sabes que lo paso fatal.

—No me seas aburrida —protestó Victoria—. Quién sabe. Tal vez hoy, después de la suerte que hemos tenido con Gabriel, vayan las cosas rodadas —dijo, guiñándole un ojo.

Valentina no se atrevió a volver a abrir la boca. Si ese día había conseguido vender el Galileo, tal vez también pudiera encontrar al hombre de su vida.

## Capítulo 2

### Hugo

Hugo estaba colocando los números nuevos de *Hellboy* en las estanterías correspondientes, entre los cómics de DC y los de Marvel, para evitar peleas y discusiones, cuando Martín, su jefe, lo llamó para que se acercará al mostrador.

Martín se había puesto las gafas de cerca, que normalmente llevaba colgando del cuello, en la punta de la nariz, y estaba mirando el ordenador. Eso no era nada bueno —pensó Hugo—, ya que su jefe sabía perfectamente todo lo que tenía en las estanterías y en el almacén del sótano, por lo que buscar en la base de datos del ordenador indicaba que el cliente al que estaba atendiendo lo estaba sacando de quicio.

Cuando Hugo llegó al mostrador, bajo cuya superficie de cristal había toda una colección de pequeños objetos de los personajes que más se vendían en la tienda, desde muñecos de goma a llaveros, pasando por varitas mágicas y anillos de poder, descubrió cuál era el problema al que se enfrentaba Martín: una abuela.

La *Abuela* es un tipo de cliente muy peligroso, alguien que sabe que quiere gastarse dinero, pero no tiene la más remota idea de en qué.

Mientras Hugo pensaba en eso, Martín le dijo:

—Hugo, la señora necesita ayuda. —Y haciéndole un guiño, añadió—: Y yo ya no tengo vista para esto.

Con eso lo había dicho todo. No tenía ganas de perder el tiempo intentando ayudar a alguien que no sabía absolutamente nada de cómics. Hugo sustituyó a su jefe.

—¿Qué desea? —preguntó educadamente, aunque ya conocía la respuesta; estaban en una tienda de cómics, qué podía desear.

—Un cómic para mis nietos.

Siempre era algo para los nietos; si no, una mujer como aquella no entraba ni por asomo en una tienda así.

—¿Qué tipo de cómic está buscando?

—Verá, mis nietos me dieron esta lista para que supiera qué pedir. —La mujer le alargó un papelito con toda una serie de nombres apuntados—. La última vez que busqué algo para regalarles, me lo dijeron en lugar de apuntármelo y no sabe usted la de quebraderos de cabeza que tuve...

Mientras el blablablá de la señora seguía a un ritmo constante, Hugo intentaba descifrar lo que había escrito en aquel papel. De vez en cuando sonreía y asentía para darle la razón a la mujer. En el papelito no se podía leer absolutamente nada. Al darse

cuenta de ello, Hugo miró a su jefe, que estaba reponiendo cómics en las estanterías, y vio que éste lo miraba y se partía de risa por el marrón que le había pasado.

—Señora, siento decirle que la letra de este papel es indescifrable.

—¡No me diga! —La mujer detuvo en seco su discurso—. Y ahora, ¿qué voy a hacer yo? ¿Cómo les voy a regalar algo a mis nietos?

Hugo soltó un largo suspiro. Tenía dos posibilidades, decirle que no la podía ayudar, o bien emplear la táctica llamada «del Sherlock». Ante los lamentos de la mujer y sus ojos tristes, Hugo hizo de tripas corazón y se enfrentó al reto del día, por no decir de la semana.

—Haremos una cosa —empezó a decir—. Yo le haré preguntas y usted me las responderá, y entre los dos intentaremos averiguar qué le puede gustar a sus nietos.

—Muchas gracias, joven —dijo ella, cogiéndole el brazo—. No sabe de qué apuro me saca.

Hugo sonrió lánguidamente, pensando que preferiría hacer cualquier otra cosa en lugar de ayudar a aquella pobre señora.

—¿Qué edad tienen sus nietos?

—El mayor tiene nueve y la pequeña seis.

«¡Oh, no!», pensó Hugo. El reto crecía cada vez que la mujer abría la boca. Ahora resultaba que uno de los nietos era una nieta.

—Vale, vale, veamos... —Hizo una pausa mientras pensaba la siguiente pregunta—. ¿Últimamente han ido al cine a ver alguna película?

—Madre mía, ya lo creo que hemos ido —dijo ella con cara de alarma—. Siempre me toca a mí llevarlos a ver esas cosas tan raras.

—Perfecto —dijo Hugo, empezando a hacer memoria de todas las películas basadas en cómics que se habían estrenado ese año—. ¿Recuerda alguna que les gustará mucho a sus nietos?

—No —se lamentó la mujer—. Es decir, si la viera de nuevo sabría decirle si les gustó, pero para mí todas estas cosas son iguales —añadió, señalando las paredes de la tienda, llenas de cómics.

—En ese caso, ahora le enseñaré algunos cómics y le diré los nombres de los protagonistas, a ver si así identifica alguno.

Hugo salió de detrás del mostrador y buscó por la tienda algunos cómics protagonizados por los mismos personajes del cine: Iron Man, Superman, Lobezno y Thor eran los más probables, pues todos se habían estrenado ese año. Cogió unos cuantos álbumes y volvió al mostrador.

—Aquí tiene algunos de los que puede que sus nietos hayan visto la película este año. Tiene a Superman, a Lobezno, a Iron Man y a Thor.

Hugo extendió encima del mostrador media docena de cómics, en cuyas portadas

los personajes principales se veían claramente. Durante unos segundos, la mujer los miró sin saber muy bien lo que miraba.

—¡Éste! —gritó al final, señalando uno en concreto—. ¡Éste es!

Hugo miró dónde tenía el dedo. El elegido había sido Lobežno.

—Lobežno. Supongo que éste es para su nieto, ¿verdad?

Ella afirmó efusivamente.

—Bien, ya tenemos uno.

Hugo se alegró. A veces costaba que gente que no tenía ni idea diferenciara los personajes de cómics rápidamente. Suerte que aquella mujer se había tragado los taquillazos del año. Recogió todos los cómics excepto el elegido y los dejó en una esquina del mostrador.

—A ver, ¿y a su nieta qué le gustó?

La mujer, que de pronto parecía recordar las películas que había ido a ver con sus nietos, estaba rebuscando en su mente alguna referencia de lo que le gustaba a su nieta. Y al parecer la encontró, porque sus ojos se abrieron de par en par y miraron a Hugo de forma reveladora. Ante lo que él sólo pudo... ¿asustarse?

—Le gustaron esos bichejos azules.

—¿Bichejos azules? —preguntó Hugo.

—Sí —afirmó alegremente la mujer—, unos muñequitos azules vestidos de blanco.

—¡Aaah! Usted se refiere a los Pitufos.

—Exacto, esos bichejos azules.

Hugo sonrió ante su insistencia en denominar «bichejos azules» a la creación de Peyo, que de nuevo se habían puesto de moda tras su salto a la gran pantalla.

A partir de ese momento, las decisiones de la señora sobre qué comprar fueron mucho más rápidas. Y, gracias a los consejos de Hugo, salió de la tienda contenta y llevándose un volumen recopilatorio de Lobežno y tres cómics de Los Pitufos.

A pesar de que no se había gastado un gran dineral, para Hugo ésa había sido la venta del día, por el esfuerzo que había realizado para satisfacer a su clienta. Lo que no le gustó tanto fue el comentario que la mujer hizo al final:

—Voy a recomendarles a mis amigas que también tengan problemas con los regalos de sus nietos que vengan aquí.

Ese comentario había hundido a Hugo y había hecho que Martín se carcajeara a su costa.

Después de esa dura sesión, Hugo regresó con su jefe para seguir colocando las novedades que habían llegado para la nueva temporada comercial.

—¿Por qué nunca cruza esa puerta una chica como Dios manda? —preguntó Hugo con tono de decepción.

Martín lo contempló con mirada paternal.

—Hugo, cuando escogiste esta profesión sabías de sobra que éste es un oficio de hombres solitarios y...

—Pero, ¿qué dices? —exclamó el joven—. Si tú estás casado y tienes tres hijos.

—Exacto, pero yo la escogí cuando ya había cazado a mi presa.

Ese comentario hizo que ambos se partieran de risa.

—Ya lo sé. Pero, ¿por qué los vendedores de cómics tenemos esa mala fama que nos impide encontrar pareja?

—Ésa es una pregunta que me resulta imposible responder, querido Hugo.

Mientras seguía colocando cómics en los estantes, se le ensombreció la mirada, preocupado por tener una vida tan solitaria.

—¿Por qué no sales con tu amigo? Ese... ¿cómo se llama? El fanfarrón y fantasma ¿cómo se llama?

—Arturo —dijo Hugo con una media sonrisa—. Se llama Arturo, y no es fantasma, simplemente se hace notar.

—Sal con él, a ver si te contagia algo de su *sex-appeal* —le aconsejó Martín, moviendo las cejas insinuante.

—No, no —negó Hugo con la cabeza—. Es mi amigo y mi compañero de piso, pero no quiero volver a vivir la experiencia de salir con él.

—¿Por?

—¿Por? Pues porque la última vez, antes del verano, me lio para ir a un local que, según él, era el sitio perfecto para conocer a la mujer de mi vida. Lo que no sabía era que la mujer de mi vida tenía que ser un hombre.

Ante eso, Martín no pudo aguantarse la risa.

—No sabes lo que es darte cuenta de dónde estás —prosiguió Hugo— y ver que tu gran amigo el seductor no lo sabe. Intentó ligar con todo bicho viviente, hasta que le hicieron caso. Se fue al baño con su flamante conquista y al cabo de pocos minutos salió corriendo medio desnudo, mientras una mujer de increíble altura y voz profunda le gritaba: «Arturo, no te vayas, ¿no tenías que ser mi caballero de la gran espada?».

Martín seguía descojonándose.

—Desde entonces, antes de ir a un local nuevo, busca los comentarios sobre él en internet.

—No te preocupes —dijo Martín—. Aunque suene muy cursi, todo el mundo tiene su media naranja. Todo llegará.

Tras este último comentario, la conversación giró en torno a temas más interesantes, como el futuro de Marvel en el cine, y cómo DC y Warner pretendían hacerle la competencia.

El resto del día, Hugo estuvo subiendo cajas llenas de libros para colocarlos en



las estanterías, mientras Martín se encargaba de la clientela, que a partir de las cinco de la tarde creció y creció, como acostumbraba a pasar todos los sábados.

A pesar de sus quejas sobre su poco prometedor futuro sentimental, a Hugo le encantaba su trabajo. Martín, más que un jefe, era un amigo responsable con el que disfrutaba de las largas y tediosas horas de trabajo. Aunque se dedicaba a una de las cosas que más le gustaban en el mundo: los cómics. Además, desde que empezó a trabajar allí, hacía cosa de cuatro años, la mayoría de cómics podía comprarlos con descuento o bien los conseguía gratis.

A diferencia de su jefe, a Hugo le encantaba el orden, y la tienda estaba tal como él quería. Marvel y DC separados del resto de grandes editoriales americanas; el cómic independiente a un lado, el franco-belga a continuación, seguido del español. Para él, los estantes de la tienda, sus estantes, eran su obra maestra.

Cuando a las ocho y media de la tarde los últimos clientes salieron de la tienda, Martín colgó el cartel de «Cerrado» en la puerta. Tras dar un último repaso al establecimiento y a la caja, Hugo cogió sus cosas, mientras su jefe apagaba las luces e iba bajando las persianas.

—Entonces, ¿esta noche no sales con tu amigo? —preguntó Martín.

—No, no —dijo Hugo—. Prefiero quedarme en casa.

—Vente conmigo —le propuso Martín—. Ya sabes que a mi mujer le encanta cocinar y siempre prepara comida de más —dijo, palpándose la barriga—. Y seguro que mis hijos quieren que juegues con ellos a la Play y mi hija ligar contigo.

Hugo se rio. La última vez que la hija de su jefe, que apenas tenía diecisiete años, se había pasado por la tienda, había intentado conquistarlo durante toda la tarde, a pesar de que el único atractivo de él era que tenía diez años más que ella.

Hugo dudó unos segundos. Sabía que a las once en punto Arturo saldría de cacería, y Diego, su otro amigo, iría a su casa para cenar y jugar a los videojuegos o ver juntos alguna película de ciencia ficción. Qué tenía que perder. Era mejor pasar la noche del sábado en casa de su jefe, que esperar solo la llegada de Arturo.

—De acuerdo, pero déjame que llame a Diego, que siempre se viene el sábado por la noche.

—¿Diego? Tu otro amigo, ¿no?

—Sí —dijo Hugo—, el friki.

Cogió el teléfono móvil y marcó el número de su colega. Después de unos cuantos tonos, Diego descolgó.

—¿Quién se atreve a despertar la ira de Khan? —preguntó.

—Diego, soy yo, Hugo. Te quería decir que esta noche tal vez llegue un poco tarde, que voy a cenar a casa de mi jefe.

—¡Vaya! —se quejó Diego—, pero si hoy teníamos prevista sesión continua del

Star Trek original. —Tranquilo, Arturo estará en casa y yo no llegaré más tarde las diez y media.

—Bueno, vale —contestó Diego—. Pero luego no te quejes si te duermes viendo sobreactuar a William Shatner.

—No me quejaré. Te lo juro por Spock.

Cuando dijo eso, Martín lo miró.

—Larga y próspera vida —remató Diego antes de colgar.

Hugo colgó el teléfono y miró a su jefe, que lo observaba con cara de preocupación.

—¿Te lo juro por Spock? ¿En serio?

—Bueno —intentó escabullirse Hugo—, a Diego le gusta Star Trek y siempre que tenemos previsto ver algo de la serie, le cogen esos ramalazos *trekkies*.

Martín siguió mirándolo con la misma cara.

—Luego no te quejes si no encuentras novia.

Y dicho esto, volvió a reírse.

—Iré a cenar —dijo Hugo cambiando de tema—, pero luego no me podré quedar mucho rato, que si no Diego se me va a enfadar y es como un niño pequeño.

—¿No vivía solo? —preguntó Martín.

—Sí, pero es como un ser de otro universo.

Ahora se rieron los dos.

—No pasa nada. Sabes que mi casa siempre estará abierta para ti.

Martín lo cogió por el hombro y ambos emprendieron el camino hacia su domicilio. No estaba muy lejos de la tienda. Sólo tenían que coger Portal de l'Àngel, llegar a la plaza de Catalunya, girar hacia Urquinaona y subir hasta Roger de Llúria esquina Caspe, donde Martín vivía con su esposa y sus tres hijos.

Durante el camino estuvieron hablando de trivialidades, tonterías típicas de dos personas que están todo el día trabajando juntas y que de alguna manera tienen que pasar el rato. Aunque Hugo seguía la conversación, no podía evitar pensar en qué haría si tuviera una pareja, una compañera con la que compartir los sábados por la noche, sin miedo a parecer un raro o un aburrido.

Sus alternativas de vida social no eran muy esperanzadoras. La primera siempre era quedarse en casa con Diego, comportándose como si tuvieran doce años; la segunda era salir con Arturo y, desde la barra, verlo hacer el ridículo con varias decenas de chicas; y la tercera era compartir la cena con su jefe y su familia.

Aquella noche, tras ser recibido como uno más por la esposa de Martín y por sus hijos, Hugo se dijo que no debía preocuparse por encontrar pareja. Como decía su

jefe: todo llegaría.

Además, esa noche lo esperaba un impresionante plato de canelones caseros en buena compañía y, después, una sesión continua de Star Trek junto a uno de sus mejores amigos. ¿De qué podía quejarse?

## Capítulo 3

### Valentina

Claro que tenía de qué quejarse. Menudo desastre de noche. Todo había empezado bien. Victoria y ella habían ido a cenar al restaurante más caro que conocían; seguro que los había más caros, pero ellas sólo conocían ése. Pero, por desgracia, la mesa que escogieron, aunque Valentina sospechaba que Victoria la había elegido adrede, estaba muy cerca de la de un par de jóvenes ricachones rusos que, justo cuando ellas iban a sentarse, las invitaron a acompañarlos. A partir de ese momento, la cena se convirtió en una lucha constante para que ninguno de los dos le metiera mano.

Victoria siempre le hacía lo mismo. La convencía para que saliera con ella en plan tranquilo, pero al cabo de tres minutos de estar en cualquier lugar público, conseguía un acompañante para cada una. Y si fueran hombres interesantes, con historias que contar y divertidos, Valentina aún se conformaría, pero siempre eran del mismo tipo: grandes músculos que apenas les permitían mover los brazos, o caras bonitas, con un minúsculo cerebro de mosquito. En general sólo hablaban de sí mismos, de su cuerpo y de su magnífica existencia, repleta de vivencias que podían evocar tantas veces como quisieran a través de Facebook. Y cuando se daban cuenta de que sólo hablaban ellos, le permitían hablar a ella —como si les tuviera que pedir permiso para hacerlo—. Entonces, en el mejor de los casos, se dormían.

En muchas otras ocasiones, las compañías escogidas por Victoria se aburrían con Valentina. No entendían nada de lo que les contaba y parecía que sus neuronas, forzadas al límite, se fundieran en mitad de la conversación.

Dándole vueltas a todo eso y discutiendo para sus adentros, Valentina llegó ante su portal. Y al cruzar el umbral de su puerta, recordó otro de los momentos de la noche que debería haber olvidado.

Tras la incómoda cena, Victoria se levantó de la mesa y los pulpos rusos lo hicieron tras ella, dejando a Valentina ante una kilométrica factura que tuvo que abonar. Después del éxito con Gabriel eso no le preocupaba: lo que le molestó fue el descaro con el que ambos chicos, que habían estado intentando sobarla y la habían provocado toda la cena, ahora la habían olvidado por completo en favor de Victoria, cuya presencia, o mejor dicho, «presencias», no habían parado de contemplar mientras comían.

Y no era que Valentina fuera fea, al contrario, pero ante la exuberante y bien dotada Victoria, su encanto y simpatía no eran rival.

Aunque la finca tenía ascensor, uno de esos antiguos pero completamente

modernizado, Valentina prefería subir por la escalera. Sentir el aire fresco que se colaba desde el ático y por aquellos anchos muros la despejaba.

Tendría que haber supuesto que la noche terminaría así. Victoria no era mala amiga, pero cuando se trataba de chicos, no conocía a nadie. Se dejaba querer por todos y lo peor era ser su «aguantavelas». Como había sucedido esa noche.

Una vez en la calle, el pequeño grupo decidió —quien dice decidió, dice que Victoria sugirió la idea y los dos chicos asintieron sin dudar— ir a un local de fiestas bastante exclusivo, donde la billetera rebotante de los rusos y los turgentes pechos de Victoria les facilitarían la entrada. Y eso fue la gota que colmó el vaso para Valentina.

Lo normal hubiera sido que cada chico se convirtiera en la pareja de una de ellas, pero lo que realmente pasó fue que los dos se situaron a uno y otro lado de Victoria. Daba igual si a última hora la tenían que compartir; era mejor pesca que la aburrida Valentina.

Es decir, que las dos parejas del principio de la noche se convirtieron en un trío y una vela.

Tras unas cuantas calles, y al ver que nadie le hacía caso, Valentina dejó de lado aquella surrealista situación y decidió volver a casa. Por qué celebrar la venta de su vida sentada a la barra de una discoteca pudiéndolo hacer tumbada en el sofá, comiendo *Doritos* como si le fuera la vida en ello.

Hacía años había comprado aquel piso, hipotecándose hasta las cejas, pero era su sueño desde que era niña. Se trataba de un espectacular ático del Eixample de Barcelona, completamente remodelado y convertido en un amplio apartamento con terraza y vistas a la Rambla de Catalunya. Algo envidiable para muchos. Cuando llegó a la puerta, mientras rebuscaba en el fondo de su bolso intentando encontrar las llaves entre tanto trasto, se fijó en la hora que era. Apenas las doce de la noche.

—Así se celebra una buena venta, Valentina —se dijo en mitad del rellano.

Al final dio con las llaves y, justo cuando abría su puerta, la de su vecina también se abrió. La mujer, de unos setenta y pico años muy bien llevados, vivía sola desde que su marido había muerto años atrás, y su única familia era una hija que apenas la visitaba.

Al cabo de los años, se había convertido para Valentina en algo así como una madre adoptiva, alguien mayor a quien recurrir en momentos de duda. O cuando necesitaba algo para comer; aquella mujer tenía de todo.

—Buenas noches, Valentina —dijo en ese momento, asomando la cabeza.

—Perdone, señora Cecilia. ¿La he despertado?

—¿Despertado? No, no, no —respondió sonriendo—. ¿No es muy temprano para que una joven tan guapa como tú llegue a su casa un sábado por la noche?

Valentina no sabía qué responder. Sus ojeras, su pose desgarbada por el cansancio y el pelo alborotado por dos horas de incómoda cena la delataban.

—Un poquito sí —dijo tristemente—, pero cuando no se tiene nada mejor que hacer...

La señora Cecilia la miró, como imaginando la posible situación que había vivido Valentina aquella noche, y al final dijo:

—¿Quieres entrar a comer algo? Me ha sobrado un poco de cena.

—Gracias, pero estoy llena y...

—No digas tonterías. Coge un par de bolsas de esas patatas fritas llenas de sal que siempre tienes y me cuentas qué te pasa.

Valentina no sabía qué decir. Aquella mujer era increíble. No es que fuera cotilla, pero seguro que recordaba que alguna vez ella le había contado algo sobre su adicción a los *Doritos* en momentos de aflicción.

—Vale —dijo finalmente—, me pongo cómoda y vengo en un pispás.

Cecilia desapareció en su casa y Valentina entró en su apartamento. Dejó el bolso tirado en la entrada y se fue a su cuarto, donde se cambió rápidamente. Se puso una camiseta blanca de manga corta, unos pantalones de pijama estampados con perritos púrpura y unos calcetines gruesos de color rojo que utilizaba como si fueran zapatillas. Sin soltar las llaves de casa ni el teléfono móvil en ningún momento, entró en la inmensa cocina y abrió «el armario de las cochinas», como ella lo llamaba. En él había pastas, patatas fritas, magdalenas caseras y toda una colección de ingredientes para hacer desde pizza a leche merengada. Cogió dos bolsas de *Doritos*, regresó al rellano y cerró la puerta tras ella.

Se dirigió a la casa de su vecina, que había dejado la puerta entreabierta, y entró. A pesar de que ambos pisos eran exactamente iguales, mientras el de Valentina era la descripción que el diccionario daba de «moderno», el de Cecilia era el clásico hogar agradable y acogedor de una anciana simpática, cuyos recuerdos colgaban de todas y cada una de las paredes.

Cerró la puerta y se encontró a la señora Cecilia sentada en su butaca. Encima de la mesita del salón, donde habitualmente había un tapete de ganchillo hecho por la propia Cecilia, había ahora un hule protector, dos vasos transparentes y una botella enorme de Coca-Cola.

—Ven, siéntate y cuéntame todo lo que ha pasado —dijo la mujer—. Que por la cara que pones no debe de ser nada bueno.

Valentina empezó a explicarle todo lo sucedido, desde la compra de Gabriel en la librería hasta que se había separado de su amiga.

Cecilia no la interrumpió en ningún momento. Dejó que lo soltara todo. Únicamente de vez en cuando asentía con la cabeza y le sonreía con amabilidad.

Sabía de sobra que lo que necesitaba Valentina era desahogarse.

—Y luego ya he llegado a casa —dijo la joven.

—¿Siempre te sucede lo mismo cuando sales con Victoria? —preguntó Cecilia.

—Sí, casi siempre, excepto cuando consigo que los chicos caigan rendidos a mis pies...

—¿Ves como no siempre va tan mal? —la interrumpió la mujer.

—Rendidos de sueño, señora Cecilia, de sueño —contestó Valentina.

Por un momento, ambas permanecieron en silencio. Mientras Valentina devoraba el contenido de una de las bolsas de *Doritos*, Cecilia asimilaba la situación en la que se encontraba su vecina.

—Verás, Valentina —empezó la mujer—, ya sé que era otra época, pero antes de conocer a mi Roberto, yo estaba en una situación parecida a la tuya. Normalmente nadie me hacía mucho caso. Los chicos siempre se iban con mis amigas, que no necesariamente eran más guapas que yo. Como te sucede a ti. Y tenía la sensación de que mi vida iba a ser solitaria y aburrida. Pero un día se cruzó en mi camino un hombre guapísimo...

—¿Roberto? —preguntó Valentina.

—No —sonrió Cecilia—, su amigo. Y me presentó a Roberto, que no era un Adonis, pero era muy divertido y me amaba con locura. Era el hombre perfecto.

Valentina se derritió ante la romántica historia. Pero Cecilia vio que se estaba yendo por los cerros de Úbeda.

—Con esto te quiero decir que cuando menos te lo esperes aparecerá tu príncipe azul. Dale tiempo.

Valentina se echó hacia atrás y cerró los ojos mientras apoyaba la cabeza en el sofá de Cecilia. «Paciencia.» Su experta amiga tenía razón, paciencia era lo que necesitaba.

—En cuanto a tu amiga —prosiguió la mujer—, yo te recomendaría...

El timbre del teléfono móvil de Valentina la interrumpió.

—Perdone —dijo ésta, mientras miraba en la pantalla para ver quién era—. Hablando de la reina de Roma...

Era Victoria.

—Valentina, ¿dónde estás? —La voz de su amiga se oía entrecortada. Debía de estar en el pequeño y sucio lavabo de alguna discoteca.

—En casa, ¿por?

—¿En casa? ¿Estás loca?

—No, pero no quería quemarme con la vela —replicó Valentina.

—Cariño, no es mi culpa que esos dos pulpos se nos pegaran durante la cena. Al menos la han pagado. Además, hace rato que ya no estoy con ellos, pero he conocido



unos...

—La he pagado yo.

—¿Cómo? Pero si el alto, ¿Andrei?, me ha dicho que había sido él.

—Pues no, he sido yo.

—Venga, Valentina, no te enfades; sal de tu cueva y ven aquí corriendo. Esto está muy animado.

Ella suspiró. Tenía que relajarse para no discutir con su amiga. Suerte que no había aceptado la oferta que le hizo años atrás para vivir con ella. Estar día y noche con Victoria debía de ser para pegarse un tiro.

—Victoria, estoy en pijama y a punto de irme a dormir —respondió Valentina, mientras negaba con la cabeza mirando a Cecilia—. Nos vemos el lunes.

Y sin dejar que Victoria respondiera, colgó el teléfono y lo apagó.

—En este caso no hace falta que te diga nada —comentó Cecilia.

—¿Perdone?

—Te iba a recomendar que te dieras un tiempo hasta el lunes sin la presencia, o las «presencias» —eso me ha hecho mucha gracia— de Victoria. Es tu amiga, pero no hace falta que lo compartáis todo.

Sin decir nada, Valentina asintió y regresó a su asiento, que había dejado al levantarse para responder al teléfono.

Tras desahogarse ella de sus muchas malas experiencias con chicos, la conversación fue por otros derroteros, hasta que la joven desafortunada en amores se quedó dormida en el sofá de su vecina.

—Valentina, despierta.

Valentina abrió los ojos. Ante ella estaba Cecilia.

—¿Me he dormido? —preguntó desorientada.

—Más bien sí —respondió la mujer con su perenne sonrisa.

—¿Qué hora es?

—Las dos, más o menos.

—Lo siento, señora Cecilia. Yo aquí durmiendo y usted esperando. Lo siento muchísimo.

—Tranquila —le dijo la anciana, tocándole el hombro mientras Valentina se incorporaba—. Justo cuando tú te has quedado dormida, ha empezado una película de Katherine Hepburn, y he pensado en despertarte cuando terminara.

Valentina se levantó con paso poco seguro y agradeció la atención que Cecilia le había dedicado aquella noche. A trompicones, salió de un apartamento para entrar en el otro. Cerró la puerta tras de sí, echó el cerrojo y se fue al baño. Sin apenas abrir

los ojos, se miró en el espejo y se recogió de nuevo el pelo, que tenía completamente enmarañado de dormir en el sofá. Después, se lavó los dientes y se refrescó la cara con agua bien fría para despejarse. Luego, ya con paso más firme, empezó a dar vueltas por su apartamento.

El par de horas mal dormidas en el sofá de su vecina le habían aportado la energía suficiente como para desvelarla y que le dieran ganas de hacer cosas, pero sin saber concretamente qué. Entonces vio su teléfono móvil apagado encima de la mesa del comedor. Era uno de esos cacharros modernos que a la larga sustituirían el contacto humano. Ella dependía de él para el trabajo, pero no lo utilizaba más que para llamar y enviar algún mensaje de texto. Lo cogió y lo encendió.

—¡Malditos trastos! —maldijo—. Siempre os quedáis sin batería.

Buscó el cargador y lo conectó en el primer enchufe que encontró. Al activar el dispositivo, vio en la pantalla que Victoria la había llamado un par de veces y que le había enviado unos cuantos mensajes para disculparse por su comportamiento.

—Como siempre que bebe. —Una leve sonrisa asomó a sus labios—. Al menos esta vez no he tenido que llevarla a su casa.

Tras leer lo que la mente ética de su amiga había escrito, puso el móvil en silencio y lo dejó donde lo había enchufado. ¿Y ahora qué podía hacer?, se preguntó. No tenía sueño, parecía que su amistad con Victoria se había recuperado, como siempre, y seguía sola en casa.

Y entonces una idea cruzó su mente. Se fue a la cocina, abrió el congelador y sacó un gran bote de helado de menta con chocolate que tenía reservado para momentos especiales. Luego se fue al comedor y buscó en los estantes una de sus películas favoritas. Puso el DVD, le dio *alplay*, y se dispuso a disfrutar de una de esas películas que le levantaban el ánimo en días difíciles como aquél: *La Bella y la Bestia*.

Siempre había pensado que era una película de niños, pero incluso así, nunca había podido dejar de verla, repetir sus diálogos y cantar todas sus canciones. Tal vez por eso no encontraba al chico perfecto. No hay muchos hombres que reconozcan abiertamente que les gustan las películas de Disney.

Tras los anuncios de los próximos estrenos, otras películas que también estaban en las estanterías de Valentina, la película empezó, y ella no dudó en seguirla en voz alta entre cucharada y cucharada de helado.

—Érase una vez, en un país lejano, un joven príncipe que vivía en un resplandeciente castillo. —Cucharada de helado—. A pesar de tener todo lo que podía desear, el príncipe era egoísta, déspota y consentido. —Cucharada de helado—. Pero una noche de invierno, llegó al castillo una anciana mendiga y le ofreció una simple rosa a cambio de cobijarse del horrible frío. —Cucharada de helado—.

Asqueado por su desagradable aspecto, el príncipe despreció el regalo y expulsó de allí a la anciana. —Cucharada de helado—. Pero ella le advirtió que no se dejara engañar por las apariencias, porque la belleza se encuentra en el interior...

Cuando se oyó pronunciar esa última frase, mientras la película seguía avanzando y una gota de helado derretido le bajaba por la barbilla desde la boca entreabierta, no dudó en repetírsela varias veces, hasta que se convenció de lo más importante que le había dicho Cecilia:

—Tú tranquila, Valentina. Ten paciencia y tu príncipe azul llegará.

Tras este instante de automotivación, su cerebro relleno de Doritos, Coca-Cola y, pronto, también de helado, retomó el hilo de la película para seguir la canción que en aquel momento sonaba.

—¡Marie, las *baguettes*! —dijo Valentina, coincidiendo con el diálogo de la película, mientras todo un bote de helado se esparcía por la mesita y el suelo delante del sofá, algo que hizo que se partiera de risa sin necesidad de compañía.

## Capítulo 4

### Hugo

Tras salir de casa de Martín, Hugo se fue a la suya. La cena estaba buenísima y el agradable ambiente familiar le había hecho olvidar las ideas catastrofistas sobre su futuro. La verdad era que envidiaba a su jefe; éste era feliz con su familia y trabajaba en lo que le gustaba. Qué más le podía pedir a la vida.

Bajó a la plaza Urquinaona, donde cogió el metro hasta la Vila Olímpica. Hugo vivía en uno de los numerosos apartamentos que se construyeron a principios de la década de los noventa para alojar a los participantes en las Olimpiadas de Barcelona. A pesar de los años, seguían siendo edificios modernos, tanto por dentro como por fuera.

Se sacó las llaves del bolsillo. Aún faltaban doscientos metros para su portal, pero él era de los que se precipitaban por las ganas de llegar a casa.

Mientras se acercaba, vio que, desde su balconcito en el tercer piso, la luz de un televisor se proyectaba hacia el exterior. Eso quería decir que Diego ya estaba allí, jugando a la Play o viendo la tele.

Abrió el portal, subió en el ascensor y, antes de entrar, respiró hondo para quitarse de encima todos los quebraderos de cabeza y poder disfrutar de una noche de frikis al estilo de la vieja escuela. Metió la llave en la cerradura y abrió la puerta.

—¡KHAAAN! —La voz de William Shatner retumbó entre las paredes de pequeño apartamento de Hugo.

Diego aplaudió como si en ello le fuera la vida. Estaba sentado en el sofá frente al televisor, viendo una de las películas de Star Trek.

—Podrías haberme esperado, ¿no? —protestó Hugo.

—Me has dicho a la diez y media —respondió Diego, señalando la esfera de su reloj— y son casi las doce. Algo tenía que hacer.

Hugo suspiró. Diego era así, un adicto. Dejó sus cosas en un pequeño mueble que había al lado de la puerta y se fue a la cocina para coger algo de beber. El piso consistía en una gran habitación que hacía las veces de recibidor, comedor y cocina, y un baño y dos habitaciones al final de un pasillo.

—¿Aún está Arturo? —preguntó.

—El aspirante a dandi del siglo pasado no ha salido de su cueva desde que yo he llegado —respondió Diego con cara de asco, mientras sacaba el DVD que estaba viendo y se disponía a poner el de la primera película prevista para aquella noche.

Con un zumo en la mano, Hugo se sentó en el sofá, esperando que lo preparara

todo para la sesión de cine. A pesar de que aquélla no era su casa, Diego pasaba gran parte de su tiempo libre allí, y se comportaba como si lo fuera.

Ahora, tomó asiento con el mando en la mano y le dio al *play*. Pero antes de que se pudieran oír las primeras notas de la banda sonora, Arturo apareció por el pasillo con el modelito de turno.

—Esconded a las chicas, que aquí viene Arturo —gritó él mismo a modo de entrada triunfal.

Se quedó plantado al final del pasillo, con unos vaqueros negros muy ajustados, una camisa blanca brillante con los primeros botones abiertos y unos zapatos de cuero puntiagudos.

—Pareces un gigoló —le soltó Diego.

—Cierto —respondió Arturo—. Para estar conmigo, las mujeres deberían pagar.

—¿Y cómo es que siempre lo acabas haciendo tú?

Hugo se rio de la broma de su compañero de sofá.

—No me seas crío y ven conmigo —le dijo Arturo a Hugo—. Deja aquí al friki y seguro que encontramos a un par de chatis para...

—¿Chatis? ¿En serio? —lo interrumpió Diego—. Estás más pasado de moda que Arturo Fernández.

—¿Y tú qué, que estás viendo una película de los setenta?

—*Star Trek: la película* es un clásico atemporal.

En ese momento, Hugo desconectó, aunque las discusiones entre Diego y Arturo siempre eran muy divertidas. Se conocían desde el instituto y hasta hacía pocos años Arturo había sido un friki como ellos. Pero un día, poco después de mudarse, cambió el chip y se convirtió en aquel tipo con esperanzas mujeriegas, aunque en realidad nunca se comiera un rosco.

—Haya paz —reaccionó Hugo—. Gracias, pero esta noche estoy demasiado cansado como para salir de fiesta contigo. Prefiero una tranquila sesión de cine.

—¿En serio? Hugo, así nunca saldrás de esta cueva. —Hizo una pausa mientras se arreglaba el cuello de la camisa—. Tienes que ir por ahí todos los días que puedas, enrollarte con todas las mujeres que se te pongan a tiro y vivir la vida. Si no, cuando seas viejo verás que has desperdiciado el tiempo con cosas infantiles.

Hugo lo miró sin decir nada.

—Debes hacer como yo. Abrir los ojos, cuidarte para estar como les gusta a las chicas y no encerrarte a jugar a los videojuegos. Así nunca encontrarás a nadie que te quiera.

Ese último comentario a Hugo le dolió de veras y, a pesar de su carácter tranquilo, no pudo evitar levantarse y encararse con su compañero de piso.

—A ver, George Clooney venido a menos, tú no eres ejemplo de nada, a menos

que quieras ser el representante a nivel internacional de los palurdos y retrasados que se creen que las mujeres sólo buscan un abdomen plano —dijo, dándole unos golpecitos con el índice en el pecho—. Tú no podrías mantener una conversación con una mujer ni aunque te lo propusieras, porque tu cerebro de mosquito apenas puede construir dos frases sin tartamudear. —Tomó aire para seguir—. Además, aquí el «gran conquistador» la última vez que tuvo compañía fue con su amiga de cinco dedos.

—Y tú... —empezó a decir Arturo.

—¿Qué? Me la suda si me restriegas por la cara que las noches de los sábados prefiero pasármelo bien a mi manera, mientras tú haces el ridículo en las discotecas. Quieres darme lecciones de cómo ligar, pero lo único que me puedes enseñar es a recibir papelitos con números de teléfono falsos.

—Ya, pero...

—Pero nada. Los teléfonos de tu agenda parecen sacados de una película de Hollywood, con tanto cinco cinco cinco. —Hugo respiró hondo—. Y ahora, lárgate antes de que te ponga a velocidad de curvatura.

Ante el cabreo de su amigo, Arturo cogió sus llaves y se fue sin decir palabra. No era habitual que Hugo se enfadara, ni siquiera con él y sus memeces.

—Joder, macho —dijo Diego—, no te veía así desde que te cabreaste en clase de francés en la ESO.

—¡Bufff! Es que no sé qué pretende. Siempre se las da de superior, y cuando he ido con él es vergonzoso.

—Pero tampoco hacía falta que le dijeras todo eso —se compadeció Diego.

—Ya lo sé, pero no me ha pillado en mi mejor día.

—¿Has discutido con Martín?

—Claro, y por eso me ha invitado a cenar con su familia.

—¡Ay! Es verdad, soy un desastre.

—Perdona —dijo rápidamente Hugo—. Es que hoy he tenido un par de pensamientos negativos relacionados con lo que ha dicho Arturo que no he podido quitarme de la cabeza.

—¿Cuáles? —preguntó Diego.

—¿Cuáles qué?

—Quiero decir que, ¿qué pensamientos has tenido? —aclaró.

—¡Ah! —sonrió Hugo—. Bueno, me he visto solo para el resto de mi vida y sir muchas posibilidades de encontrar a nadie.

—Siempre me tendrás a mí.

Diego se acercó a Hugo afeminando sus gestos y ambos se echaron a reír.

—Mírame —continuó Diego, comportándose ya con normalidad—. ¿Crees que a

mí no me preocupan esas cosas?

Hugo no dijo nada.

—Pues claro que me preocupan. Pero muchas veces, cuando pienso que tal vez no haya nadie esperándome, o que quizá debería cambiar para poder encontrar a una chica, enseguida me digo que no, que no debo cambiar. Yo soy así y a quien no le guste, que no mire. —Hizo una pausa—. Nosotros somos tipos inteligentes. No somos extremadamente feos, incluso tenemos algún atractivo. Además, somos más originales y diferentes que el resto. De algo nos tiene que servir eso, ¿no?

Hugo siguió sin decir nada. No era que Diego no tuviera razón. Todo lo que había dicho era cierto de un modo u otro. Pero eso no lo consolaba demasiado.

—Ya sé que habías propuesto ver Star Trek —prosiguió Diego—, pero como veo que necesitas liberar tensiones... ¿qué prefieres, matar zombis o nazis?

A Hugo le asomó una sonrisa.

—¿Qué tal si son nazis zombis? —propuso.

—Eres todo un sibarita —contestó Diego y se fue a mirar el estante de los videojuegos—. Entonces, ¿*CoD: World at War*?

—*CoD: World at War*... Dejemos para más a tarde al capitán Kirk y al señor Spock.

Hugo abrió los ojos. Se habían dormido jugando a la Play. «Maldita sea», pensó. Estaba sentado en el sofá de su casa, pero ésta parecía diferente y empezó a mirar a su alrededor. En las paredes y los suelos se acumulaban los videojuegos y los DVD, igual que el polvo que los cubría. Su apartamento parecía mucho más viejo. Estaba oscuro, sucio y con muchos trastos. Miró a su izquierda, donde estaba Diego durmiendo, para preguntarle qué podía haber sucedido, pero al mirarlo lo vio arrugado y con el pelo blanco. Había envejecido igual que el piso. De hecho parecía un octogenario muy mal conservado. Entonces, llevado por el miedo, Hugo se miró sus propias manos. Las tenía arrugadas, callosas y artríticas.

—¡AAAAAH! —gritó Hugo, mientras despertaba de la pesadilla.

—¡AAAAAH! —gritó Diego.

—¡AAAAAH! —gritó Hugo de nuevo.

—¡AAAAAH! —gritó Diego.

—¡AAAAAH! —gritaron los dos a la vez.

—¿Por qué gritas? —chilló Hugo.

—¿Por qué gritas tú? —le respondió Diego a pleno pulmón.

—Yo he preguntado primero —siguió chillando Hugo.

—¡No lo sé! Me has despertado con tus gritos y mi instinto de supervivencia me ha llevado a imitarte. —Calló un segundo antes de volver a chillar— ¿Y tú?

Antes de que Hugo pudiera responder, se oyeron unos golpes desde el piso de



arriba. Era el vecino protestando por el ruido. De lejos se oyó «¡A callarse, coño!» y los dos miraron el reloj. Eran las tres de la madrugada de un domingo.

Ambos se miraron. Estaban asustados, con los nervios a flor de piel y la respiración acelerada sin saber por qué. Intentaron relajarse antes de seguir hablando.

—Pero ¿se puede saber qué te pasa?! —gritó Diego, recuperando el aliento.

—¡Chis! —dijo Hugo, con el dedo índice frente a los labios—. Que el de arriba es mi casero.

Entonces Diego se calló de golpe; pasaba demasiadas horas en aquella casa como para arriesgarse a perderla por unos gritos.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó entonces, susurrando.

—No te lo vas a creer. —Hugo hizo una pausa—. He soñado que era viejo y vivía contigo en este apartamento. Todo era igual, pero había más polvo y teníamos más arrugas.

—¿Y por eso has gritado?

—¡Coño! Era una pesadilla. Y normalmente se grita con las pesadillas.

Diego lo miró de modo interrogativo.

—Sí que te ha dado fuerte con lo de morir solo.

—Más de lo que creía —contestó Hugo, rascándose la cabeza.

Por unos segundos, los dos amigos se quedaron en silencio. No sabían qué decir, ninguno de los dos era un experto en cuestiones de corazón. Además, el destino de ambos era muy similar, por lo que sacarse de la cabeza la idea de que se iban a quedar solos el resto de su vida era imposible.

Diego se levantó y fue a la cocina a beber un poco de agua. Mientras, Hugo sacó el disco del videojuego de la consola, lo metió en la caja y lo dejó en la estantería. Y por un segundo se quedó quieto ante la colección de películas y videojuegos que había en ella. No los miraba, simplemente se había quedado en blanco. Del mismo modo que Diego, tras un breve trago de agua, se había quedado quieto en mitad de la cocina, sosteniendo la botella de agua.

—¿Hacemos algo para animarnos? —preguntó Hugo, parpadeando y regresando a la realidad tras unos segundos en el limbo.

—Sí —respondió Diego, afirmando con la cabeza.

Dejó la botella de agua en la nevera y se unió a su amigo en la búsqueda del juego perfecto para subir los ánimos de dos frikis con ganas de pasárselo bien sin necesidad de pensar demasiado.

Finalmente, Hugo señaló el lomo de un videojuego. Ambos se miraron y, tras afirmar repetidamente con la cabeza, lo cogieron y lo pusieron en la consola. Se sentaron a la vez en el sofá con sendos mandos en las manos.

—Cualquier videojuego de *Legó* es como un tónico revitalizante —comentó

Diego mientras se cargaba el disco.

—Pero esta vez no nos quedemos dormidos. —Hugo hizo una pausa para volverse a mirar a su compañero—. No quiero soñar que soy un muñeco amarillo y cabezón.

Ese comentario ahuyentó definitivamente la tristeza. Ambos se rieron y luego se concentraron en jugar.

Cuando llevaban jugando más de una hora, oyeron cómo se abría la puerta. Sin dejar de mirar la pantalla, Hugo y Diego aguzaron el oído para saber quién era. Aunque ya se lo podían suponer.

Por la puerta apareció Arturo. Su ropa, tan limpia al salir de casa, ahora tenía un tono gris y olía a alcohol a kilómetros. Su porte de galán erguido se había transformado en una espalda encorvada y un semblante completamente deprimido. Sin intentar aparentar nada, se acercó a sus dos amigos, pero antes de que pudiera decir nada Hugo apretó la pausa del juego y se volvió para hablar con él.

—Oye —empezó vacilante—, siento lo que te he dicho antes. Eres mi amigo y no debo decirte esas cosas.

Arturo abrió los ojos, que tenía entrecerrados, y, tras asimilar lo que le había dicho, respondió:

—Yo también. No soy nadie para darte lecciones —añadió, sonriendo levemente.

Hugo también sonrió y volvió a mirar la pantalla, dispuesto a seguir jugando.

—¿A qué jugáis? —preguntó Arturo.

—*Lego*, marca registrada, *El Señor de los Anillos* —respondió Diego.

—¿Puedo jugar yo también?

Hugo y Diego se volvieron sorprendidos a mirarlo. Algo le debía de haber pasado a Arturo aquella noche, porque hacía años que no jugaba con ellos. Había expulsado los videojuegos de su vida cuando decidió ser «mejor».

—Claro —respondió Diego, mientras Hugo y él le hacían sitio en medio del sofá.

Arturo se acercó y se sentó entre sus dos amigos.

—Gracias por... —empezó a decir.

—¡Joder, macho! —protestó Hugo—. Vaya tufó. ¿Te has tirado una destilería encima?

Diego puso cara de estar oliendo algo horrible, mientras agitaba las manos frente a él para apartar el hedor.

—Te dejamos jugar —dijo —, pero antes dúchate o cámbiate esa ropa.

Arturo sonrió. Esa noche había tenido una revelación. Muchas veces era más importante la amistad que el amor. Sin tener en cuenta las protestas de sus amigos, los cogió por los hombros y los abrazó. Después se levantó y fue a cambiarse.

—¡Por Dios! —exclamó Hugo—. Menudo pestazo.

—Y que lo digas. Ahora tendré que quemar esta camiseta. Con lo que me gusta —

se lamentó Diego.

Y se echaron a reír mientras retomaban el juego donde lo habían dejado, a la espera de que Arturo se uniera a ellos tras cambiarse y lavarse.

## Capítulo 5

### Valentina

Como cada lunes, Valentina fue a su tienda a las nueve y media. Después de la crisis de autocompasión del sábado, el domingo se levantó con más ganas de vivir y, tras recoger el helado derretido esparcido alrededor del sofá, se dedicó a ordenar, clasificar y tirar cosas, desde ropa a papeles viejos. Fue como un día de limpieza, pero personal.

No era la primera vez que se purificaba poniendo en orden su casa, ni tampoco la primera vez que lo hacía por culpa de Victoria. Aun así, interiormente ya la había perdonado y estaba dispuesta a firmar la paz.

Pero justo cuando llegó ante la puerta de *El estante*, le sorprendió ver que ya estaba colgado el letrero de «Abierto». A través de la puerta acristalada, vio a Victoria detrás del mostrador, luchando contra el peso de sus propios párpados.

—Buenos días —la saludó Valentina, entrando en la tienda.

—Hola —contestó Victoria, irguiéndose de golpe.

Valentina dejó sus cosas en el taller, feliz de ver que su amiga quería redimirse de los errores del sábado por la noche, y, al volver a la tienda, vio que Victoria dudaba, como si estuviera batallando consigo misma. Hasta que finalmente habló:

—No he sabido nada de ti desde el sábado por la noche. ¿Me perdonas?

—¿Cómo no te voy a perdonar? —respondió ella—. Además, si no te perdonara, igualmente tendría que aguantarte cada día.

—En serio que no fue mi culpa —prosiguió Victoria—. Yo pensaba que habían pagado aquellos dos pulpos.

—Ya te dije que no. —Valentina hizo una pausa—. Pero aparte de eso, ¿cómo te fue el sábado por la noche?

Victoria se alegró de que la hubiera perdonado y le permitiera contarle sus vivencias del fin de semana, como cada lunes.

—La verdad es que no muy bien. Tras quitarme de encima a los rusos, conocí a tres franceses, pero estaban muy salidos, y cuando colgué después de llamarte, quisieron que los acompañara a la habitación de su hotel para, como dijeron ellos, «demostrar lo que evidentemente era capaz de hacer». —Hizo una pausa—. Vamos, unos guarros.

—¿Y ya está? —rio Valentina—. ¿La gran Victoria no consiguió nada más?

—Se me pegó un tipo de aquí —añadió, recordando lo sucedido—. Un fantasma de tomo y lomo. Y a pesar de que era gracioso, era muy pesado y un poco narcisista.

Y entre eso y que yo no estaba de humor después de haber discutido contigo, le eché todo el cubata por encima.

—¡Ay, pobre!

—¿Pobre? Seguro que nunca lo habían despachado con un cubata de quince euros.

Ambas chicas se rieron. Valentina sabía que Victoria era una mujer de armas tomar y, a pesar de que podía ser muy seductora, era peligrosa cuando estaba de mal humor.

Cuando acabaron de reír, Valentina cambió de tema:

—Y con el dinero de Gabriel, ¿qué hacemos?

—Dirás con «nuestro» dinero —puntualizó Victoria—. Que el tío ya pagó.

—Bueno, sí —sonrió Valentina—. Pero igualmente, ¿qué podemos hacer?

—Jubilarnos —rio su amiga.

—En serio, ¿lo guardamos y seguimos igual? ¿Lo invertimos? ¿Tú no necesitas nada para el taller?

—A ver. —Victoria se puso seria—. Podríamos guardar una parte, por si acaso, y el resto yo lo invertiría en ampliar el mercado.

—¿Cómo?

—¿Cómo que cómo? —preguntó Victoria—. Valentina, por mucho que a ti te gusten estos libros viejos, y que los vendamos a precio de oro, muy poca gente los compra. ¿No te acuerdas de aquella pareja del sábado? Tal vez si hubiera habido alguna otra cosa en la tienda, habrían comprado más. —Hizo una pausa—. Yo apostaría también por novelas más recientes, o, como mínimo, escritas este siglo. Y aunque tuviéramos un rinconcito con algunas novedades, no pasaría nada.

—Vale —dijo Valentina dubitativa—, pero poco a poco; no quiero que esto se convierta en una librería normal y corriente.

—Tranquila, cariño —Victoria se levantó y le puso una mano en el hombro—. Mientras estés tú aquí, esto nunca será una librería normal y corriente.

Y dicho esto, se dirigió hacia su taller.

—Te dejo al mando —dijo, cerrando la puerta tras de sí.

Valentina sonrió. Sabía de sobra que Victoria iba a dormir un rato para recuperarse de la energía gastada para llegar antes que ella al trabajo. Suerte que era una de las mejores restauradoras de la ciudad, si no trabajar con ella sería horrible. Aparte de eso, sabía que su compañera tenía razón. Lo de Gabriel había sido un golpe de suerte, pero seguramente no se repetiría demasiadas veces.

Durante la hora siguiente, mientras Victoria «trabajaba» en su taller, Valentina atendió a un par de turistas culturales, que compraron un par de volúmenes no muy

valiosos, y se dedicó a mirar en internet páginas de compra-venta de libros viejos de todo tipo, desde tratados filosóficos bastante antiguos a novelas escritas y editadas a mediados de los noventa. No se podía creer que estuviera a punto de renunciar a su idea original para *El estante*, y dejar que éste se contaminara con cualquier libro. Aunque esos libros cualesquiera les pudieran dar beneficios. Incluso llegó a imaginarse una zona de libros de actualidad, desde la última novela de Dan Brown al libro juvenil y fantasioso más de moda.

Siguió divagando un buen rato, hasta que sus pensamientos se vieron interrumpidos por la aparición de Victoria.

—Hola de nuevo —dijo bostezando, sin preocuparse por disimular—, ¿ha venido otro Gabriel?

—No, hemos vendido algo, pero no como para retirarnos.

—Bueno —se encogió de hombros su amiga—. Voy al Starbucks, ¿quieres algo?

—¿No puedes ir a la cafetería de al lado? —protestó Valentina.

—Claro, pero ahora nos lo podemos permitir —contestó Victoria, guiñándole un ojo— ¿Quieres algo o no?

—Sí —respondió, mientras pensaba qué le apetecía—. Un té de menta.

—Oído, cocina. Vuelvo en un rato. Y no hagas locuras.

Victoria se fue calle abajo, en busca del Starbucks más cercano. Entre el ritmo al que caminaba, lo dormida que estaba y la cola de la tienda, Valentina sabía que tardaría como mínimo media hora, así que volvió a sus pensamientos.

Pero no pudo dedicarles mucho tiempo porque, al cabo de un instante de que Victoria desapareciera, una mujer de unos cincuenta años entró en la tienda cargando una caja de cartón, que debía de pesar bastante.

—Buenos días —saludó, mientras la dejaba cuidadosamente encima del mostrador.

—Buenos días —respondió Valentina—. ¿En qué la puedo ayudar?

La mujer se secó el sudor de la frente y se colocó bien la ropa. Tras un par de toques a su cabello, respondió:

—Verá, hace poco mi padre heredó las propiedades de un amigo, entre las que se encontraba esta caja. Está llena hasta arriba de libros infantiles, y como ni mi padre ni yo sabemos qué hacer con ellos quisiera saber si ustedes estarían interesados en comprarlos.

Valentina la miró. Estaba claro que la mujer quería sacárselos de encima, pero siendo libros Valentina pensó que probablemente la ayudaría.

—Bueno, primero debemos ver qué hay.

—Por supuesto —dijo la mujer.

Entre las dos abrieron la caja y empezaron a vaciar su contenido.

—Es todo lo mismo —comentó la mujer—, libros y más libros de éstos. Y yo no tengo dónde guardarlos.

—Debe disculparme —dijo Valentina—, pero esto son cómics.

—¿Cómo?

—Tebeos, tiras cómicas, o como quiera llamarlos.

—Ah, bueno, da igual. ¿Le interesa?

Era directa.

—No lo sé —dijo ella, intentando identificar algo de lo que había en la caja—. No nos dedicamos a comprar y vender cómics. Sobre todo nos centramos en novela clásica, filosofía, historia y cosas por el estilo.

La mujer, que quería sacarse aquello de encima a toda costa, pareció decepcionada.

—¡Bufff! —resopló—. Ya me disculpará, pero me he pateado media ciudad intentando venderlos y en todas partes me han dicho que no los quieren. Usted era mi última esperanza.

Valentina no sabía qué hacer. Por un lado, ella nunca había tocado ese tipo de literatura, si es que se podía llamar así, y no sabía por tanto qué valor tenía. No quería arriesgarse a llenarse de porquería. Pero por otro lado, la idea de Victoria de ampliar mercado le daba vueltas en la cabeza y había visto en internet que había un mercado bastante interesante de cómics. El problema en ambos casos era su total desconocimiento del tema.

—¿Por cuánto querría vender los de la caja?

La mujer alegró el semblante.

—No tengo ni idea. —Se notaba que normalmente no tenía que negociar.

—Por la cantidad de cómics que se ven —dijo Valentina—, debe de haber un centenar más o menos.

—Sí —respondió la otra—, por lo que yo he podido ver, sí.

—Pues bien, ¿qué le parece doscientos euros?

A la mujer se le iluminaron los ojos, pero intentó controlar su alegría.

—De acuerdo —contestó, tendiendo la mano por encima del mostrador para estrechar la de Valentina—, doscientos por caja.

—¿Por caja? —repitió ella.

—No se lo he dicho, perdone, hay treinta y tres cajas como ésta, llenas hasta arriba de cómics.

Qué astuta, en realidad sí sabía cómo negociar.

—¿Cómo? —exclamó Valentina, procesando la información.

—Entonces serán... —prosiguió la otra, con una sonrisa de oreja a oreja—, seis mil seiscientos euros, ¿no?

Valentina no sabía qué decir. Ahora sí que tendría que ampliar el negocio, aunque sólo fuera para recuperar la inversión.

Victoria pasó por la calle dels Arcs, siguió por Portal de l'Àngel y giró hacia la izquierda en la calle Canuda. Un poco más allá, vio que de la librería entraban y salían un par de hombres, cargados con cajas que bajaban de una camioneta aparcada enfrente, mientras Valentina los vigilaba desde la puerta, acompañada de una mujer.

Sin poderlo evitar, aceleró el paso. Conociendo a su amiga, seguro que había comprado toda una biblioteca especializada en libros de filosofía escritos en latín, o algo peor.

Cuando llegó, la camioneta estaba ya vacía y los dos hombres salían de la tienda tras dejar la última caja. Se despidieron de la desconocida y de Valentina, subieron a la furgoneta y arrancaron. Cuando Victoria llegó al lado de su amiga, sólo pudo oír que la mujer también se despedía y le daba las gracias.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Victoria un poco alarmada.

—Nada —dijo Valentina, sobresaltada al ver que la había pillado.

—¿Cómo que nada? ¿Y esa mujer? ¿Y esas cajas?

—¡Ah, eso! —Sonrió forzosamente—. ¿Recuerdas eso de abrírnos a nuevos mercados?

—Sí —respondió Victoria, temiéndose lo peor.

—Pues ya tenemos uno.

—¿Qué has hecho? —preguntó Victoria a gritos, mientras entraba a toda prisa en la tienda.

Valentina la siguió, pero manteniéndose a una distancia prudencial. Victoria se acercó a la caja que tenía más a mano y la abrió. Luego empezó a sacar un cómic tras otro, alterándose con cada uno que veía.

—Te digo que no hagas locuras —dijo, volviéndose hacia ella sosteniendo un cómic— y compras la jodida biblioteca de un friki.

—La señora... Yo creía que no sabía negociar... y cuando me he dado cuenta, había comprado todas las cajas.

—¿Cuánto has pagado por ellas? —preguntó Victoria, intentando mantener la compostura.

—Doscientos euros...

—Menos mal —la interrumpió Victoria.

—Por cada caja —terminó Valentina.

—¡¿Qué?!

—Doscientos euros por cada una.



—¿Cuántas cajas hay?! —quiso saber Victoria, mientras las contaba rápidamente —. ¿Quince? ¿Veinte?

—Treinta y tres.

Victoria iba a protestar, pero en lugar de eso aguantó la respiración intentando calmarse, aunque sólo logró ponerse roja como un pimiento. Valentina no se atrevía a decir nada. Quería evitar a toda costa la pregunta fatídica.

—Vale —dijo finalmente Victoria—, vale, vale, vale. Treinta y tres cajas a doscientos euros cada una son...

—Ya sabes que yo soy de letras. Los números no se me dan muy...

—Será mejor que calles —la cortó su amiga—. Seis mil seiscientos euros. Perc ¿en qué estabas pensando? ¡Eso es más de un millón de pelás!

Valentina no sabía qué decir. Simplemente se encogió de hombros, mientras Victoria seguía abriendo cajas.

—¿Y qué vamos a hacer con toda esta basura? No tenemos ni idea de cómics.

—Ya lo sé —se atrevió a decir Valentina—, pero la mujer pareció que sólo me estaba vendiendo una caja y al final me ha colado treinta y tres. Me ha dejado descolocada.

—Cuando me refería a ampliar mercado, no quería decir esto —se lamentó Victoria, sentándose en una de las cajas amontonadas en la tienda.

—Podemos venderlos, ¿no?

—Pero ¿a qué precio? —siguió lamentándose Victoria—. No sabemos si valen diez euros o diez céntimos.

—Podemos averiguarlo por internet; lo hemos hecho otras veces. —Valentina intentaba quitarle importancia al asunto.

—Pero si habrá un montón, y aún saldríamos perdiendo.

Valentina dejó de intentar encontrar soluciones. Se limitó a sentarse en otra caja, mirando cómo Victoria aún no acababa de creerse que se hubiera gastado ese dineral en lo que, a sus ojos, era basura. La vio coger un cómic cualquiera.

—Además, esto no se puede restaurar. Es un papel muy débil y de poca calidad.

Lo lanzó al suelo, junto con su estado de ánimo.

A pesar de que el dinero de Gabriel convertía aquella inversión en una nadería, ni Victoria ni Valentina tenían previsto ese gasto en algo tan inútil como una colección de cómics.

—Bueno —dijo al fin Victoria—, algo tenemos que hacer.

Se levantó, recogió los cómics que había esparcidos por el suelo y los metió en una caja.

—Vale —dijo Valentina—, intentemos apilar todas las cajas que podamos en el taller para que la tienda pueda seguir abierta.

Victoria asintió y cogió la primera caja, que pesaba como un muerto. Y una a una, las fueron metiendo bien apiladas en un rincón del taller para que Victoria pudiera trabajar.

Tras un buen rato, las dos estaban molidas y se sentaron tras el mostrador. Valentina miró a ver qué precio podía tener un cómic en internet. No era el mejor modo de valorarlos, pero era un principio. El problema fue que el precio de cada cómic, dependiendo de quién y dónde se vendiera, variaba muchísimo. Frustrada por el poco éxito de su breve investigación, miró a su amiga.

—¿Conoces a alguien que sepa algo de cómics?

—No. No conozco a nadie con esos gustos —contestó Victoria, riéndose.

—¿Y alguna tienda de segunda mano?

—¿No recuerdas el robo del mercado de San Antonio? Sabes que si nos presentamos allí con todo esto, lo acabaremos vendiendo por la mitad.

Valentina suspiró desanimada. De pronto, Victoria la cogió con fuerza por el brazo.

—Ya sé —dijo en tono triunfal—. Llevemos una caja a la tienda de cómics que hay en Portal de l'Àngel. ¿Cómo se llama?

—¿En Portal de l'Àngel hay una tienda de cómics?

—Sí, viniendo hacia aquí la he visto. Se llama... —reflexionó— ¿*Comicón*? Sí, eso, *Comicón*.

—Bueno, es una idea.

—¿Cómo que una idea? —replicó Victoria—. Tú la has liado, así que coges una de estas cajas y te la llevas pero ya mismo.

—¿Ahora? Tengo cosas que hacer y...

—Venga —insistió Victoria, señalando con el dedo la puerta del taller—. Ve a buscar una caja.

Valentina se levantó pesadamente y se fue al taller. Instantes después, abandonaba *El estante* con una pesada caja llena de cómics en dirección a la *Comicón*.

## Capítulo 6

### Hugo

La inesperada incorporación de Arturo al juego durante la madrugada del domingo, convirtió ese día en uno de los más entretenidos que Hugo podía recordar. Aquello se convirtió en un maratón de *frikismo* puro y duro. Apenas sin dormir, jugaron a la Play, vieron varias películas, cuyos diálogos se sabían de memoria, y comieron comida basura. Algo que no hacían desde que tenían quince años.

Después de eso, Hugo había olvidado, si no por completo casi, sus pequeños problemas. Así que, al llegar al trabajo el lunes, se sentía como si hubiera empezado una nueva vida.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Martín cuando Hugo cruzó el umbral de la *Comición*.

—Nada —sonrió él—, que ayer recordé lo que importa de verdad.

Martín no siguió preguntando. No hacía falta. Se podía ver perfectamente en la cara de Hugo que era mucho más feliz que dos días antes.

Tras dejar sus cosas en el almacén del sótano, Hugo regresó a la tienda. Ese lunes recibían una gran cantidad de *merchandising* de Thor. Con muy buena vista, Martín había encargado con tiempo de sobra todo lo que pudo sobre el héroe de Asgard, ya que a las pocas semanas estrenaban su nueva película. Algo, que sin duda, supondría beneficios para los que vendían ese tipo de productos a grandes y pequeños.

Cuando subió los últimos escalones que llevaban a la tienda, vio cómo Martín firmaba un albarán y tres hombres fornidos, a cuyo lado Hugo parecía un niño de doce años, empezaron a descargar cajas con el sello de Marvel estampado en ellas. Por un segundo, deseó no trabajar ahí ese día, ya que, además de tener que atender a todo tipo de clientes, le tocaría preparar el escaparate y la parte interior del mismo, donde habitualmente la tienda *Comición* mostraba sus novedades.

Una vez descargadas todas las cajas, que dejaron amontonadas de la peor manera posible, y de despedirse de los sudorosos transportistas, Martín fue directo a una de las más pequeñas, que estaba encima del mostrador, y la abrió como un niño abre un regalo la mañana de Reyes.

—¿Ya lo tenemos? —preguntó Hugo, acercándose a su jefe por detrás.

Martín no respondió. O no lo hizo con palabras. Muy ceremonialmente, cogió lo que había en la caja y poco a poco giró sobre sí mismo, levantando el brazo derecho.

En su mano, brillando bajo la poderosa luz led del techo, estaba el Mjolnir, el martillo de Thor, una edición exclusiva y de coleccionista que Martín perseguía desde que se estrenó la primera película de ese superhéroe.

Llevado por el entusiasmo, mientras su jefe reía de forma triunfal, Hugo empezó a caminar a su alrededor, intentando apreciar cada milímetro de aquel objeto mágico. Finalmente, como si le entregara la cosa más valiosa del mundo, Martín depositó el martillo en sus manos.

—Sí —dijo con firmeza—, ya lo tenemos.

Hugo sintió como si un impulso eléctrico lo recorriera entero.

—Hugo —prosiguió Martín—, tienes el grandísimo honor de ponerlo en su sitio.

Entonces Hugo sonrió y miró el estante que había a dos metros de altura detrás del mostrador. Era de cristal, muy sencillo, pero el lugar de honor de la tienda: allí se exhibían los gustos del vendedor.

Hugo se acercó y depositó el martillo junto con su soporte, en el lugar que le tenían reservado desde hacía un par de años. Una vez el martillo estuvo en su sitio, Martín aplaudió emocionado.

Cuando se es lector de cómics de superhéroes, siempre hay uno con el que te sientes más identificado, con el que no puedes evitar soñar y en el que te gustaría convertirte. En el caso de Martín, no era uno, sino cuatro, conocidos como Los Vengadores, es decir: Iron Man, el Capitán América, Hulk y Thor. Y en aquella estantería había las grandes piezas de coleccionista de su jefe. El artefacto pectoral de Iron Man, el escudo del Capitán América, los puños de Hulk y, finalmente, ahora, el martillo de Thor, todo ello acompañado por sus correspondientes certificados de autenticidad.

Hugo dio unos pasos atrás y contempló aquel magnífico estante.

—Por fin —dijo Martín, claramente emocionado.

Mientras Martín era un *marvelita* confeso, Hugo era un ávido lector del cómic franco-belga: Tintín, Astérix, Lucky Luke y Spirou eran sus favoritos. Pero cuando entró a trabajar allí, no pudo evitar contaminarse de los gustos de su jefe, y de ese modo se convirtió también él en un seguidor de Marvel.

Tras esos instantes en los que pareció que el mundo no tuviera otra razón de ser que aquel estante, Martín se recuperó y volvió a ser el jefe.

—Muy bien —dijo, carraspeando para aclararse la garganta—. Ya sabes lo que toca. Escaparate, zona promocional, y el resto al almacén.

Hugo respondió saludando como un soldado y se puso a trabajar.

Los transportistas, cuyo único defecto era que pocas veces preguntaban dónde querían que dejaran las cajas, obligaron a Hugo a cargar de nuevo con todas y a situarlas de manera que no impidieran el paso a los clientes. No querían perder

posibles ventas porque la gente no llegara a las estanterías.

Así que se vio haciendo todo el ejercicio que no había hecho en su vida. No era que estuviera desentrenado, pues siempre había tenido una forma física aceptable para lo poco que se movía, pero cargar cajas siempre era algo que le fastidiaba.

El rato fue pasando y, con el contenido de las cajas —muñecos, libros, martillos, cascos y, evidentemente, cómics de Thor—, Hugo preparó un escaparate digno de un dios. Allí estaban expuestos todos los productos que tenían. En la zona promocional dispuso los libros, los cómics y el *merchandising* más económico, mientras que el que sólo estaba al alcance de los bolsillos más llenos lo guardó en el almacén. Los clientes que estuvieran interesados en algo de mayor valor que lo que habían visto en el escaparate tan sólo tenían que preguntar y se les sacaba el producto deseado.

Hugo, cuyo gusto por el orden rozaba la manía, era el empleado perfecto para Martín. Sabía de cómics y de todo lo que los rodeaba, y además sentía pasión por ellos, algo que facilitaba su trabajo. En muchas ocasiones, Martín le había dicho que si quería buscar un trabajo con más futuro que no se cortara, pero la respuesta siempre había sido que aquél era el trabajo de su vida.

Con los años, el Hugo que entró a trabajar en *Comición* para costearse los estudios, se había convertido en la mano derecha de Martín, en alguien indispensable para la tienda. Martín cada vez estaba más seguro de que sería el socio perfecto. Así que, llevado por la emoción de la llegada del martillo de Thor, creyó que era el momento oportuno para ofrecerle a Hugo parte del negocio. Sin él, costaría mantener aquella tienda en pie.

En ese instante, Hugo estaba acabando de colocar unos muñecos en los estantes, así que, aprovechando que no había nadie en la tienda, Martín lo llamó.

—Hugo, ven.

—Un segundo —dijo el joven, mientras terminaba su tarea—. ¿Qué quieres? —preguntó luego, acercándose al mostrador.

—¿Cuánto hace que trabajas aquí? —Martín dudó falsamente—. ¿Cuatro, cinco años?

—Sí, cuatro años camino de cinco.

Martín, a pesar de que quería decírselo, no sabía cómo.

—De Los Vengadores, ¿qué dos personajes te gustan más?

—Hombre, pues... —Hugo reflexionó—, Iron Man seguro y..., probablemente, el Capitán América. ¿Por?

—Porque a mí me gustan más Thor y Hulk. —Martín hizo una pausa—. ¿Me entiendes?

Hugo lo miró. Era un chico listo. Seguro que llegaría a la conclusión acertada. Pero la expresión alegre con la que aquella mañana había llegado a la tienda se borró de su cara de golpe.

—¿No querrás... —no le salían las palabras—, echarme a la calle? Ya sé que cuesta vender, pero tenemos un local en un sitio increíble, hay turistas todo el año...

Se le quebró la voz.

—¡No, no! —gritó Martín—. No te asustes, no te voy a echar. Al contrario...

—¿Me vas a subir el sueldo? —susurró Hugo con un poco de miedo.

—Bueno, en cierto modo, sí.

—¿De qué cierto modo?

—Déjame hablar, joder —se alteró Martín—. Que me cuesta explicártelo y encima no callas.

—Vale, vale —dijo Hugo, mientras Martín lo miraba de reojo.

—Verás, en estos años que llevas trabajando aquí me has demostrado que eres el empleado modelo de, como mínimo, esta tienda. Pero como habrás podido notar, vamos un poco de culo en cuanto al trabajo. Así que había pensado contratar a otro empleado...

—Pero... —lo interrumpió Hugo.

—Calla —dijo Martín—. Pero no quiero que alguien nuevo esté a tu misma altura, y tampoco somos tanta gente como para ponerte de jefe de personal. Así que, teniendo en cuenta que tú eres el encargado de ordenarlo todo, que sabes dónde está cada cosa, además de lo que quieren los clientes —la abuela del sábado fue una prueba más que evidente—, mientras que yo me suelo encargar de la parte, digamos, más logística —papeleo, pedidos, etcétera, etcétera—, quería preguntarte —hizo una breve pausa— si quieres convertirte en mi socio.

Hugo abrió los ojos como platos. No sabía cómo tomarse aquello. Ante su asombro, Martín siguió hablando:

—Tal vez no al cincuenta por ciento, pero sí al treinta o al veinte. Depende de tu presupuesto.

—Déjame unos días para que lo piense... Pero, ¿qué estoy diciendo? Sí, qué coño, claro que sí —respondió Hugo—. Pero sí que me tendrás que dejar mirar el presupuesto de que dispongo para saber en cuánto puedo participar.

—No te preocupes por eso —dijo Martín—, ya lo mirarás. En la práctica, eres socio desde el momento en que yo no soy capaz de encontrar un cómic en esta maldita tienda.

Los dos rieron de esa verdad como un templo.

Tras esa breve pero importante conversación, ambos volvieron al trabajo. Mientras Martín repasaba papeles y facturas en la pequeña mesita que había detrás del mostrador, Hugo acababa con el escaparate y los estantes de la zona promocional. Y en ese momento, sintió algo que nunca antes había sentido. Se oyó la campanita de la puerta y entró una chica. Tal vez la más guapa que Hugo había visto en toda su vida. Fue como si el tiempo se detuviera. Su cabello ondulado y rubio irradiaba luz y calor, mientras que sus grandes ojos de color miel parecían buscar ayuda en aquel pequeño rincón de mundo.

Hugo sólo había visto chicas como aquélla en la tienda cuando acompañaban a sus parejas o a sus sobrinos a comprar algo que a ellas no les interesaba lo más mínimo.

Y cuando la oyó hablar, Hugo supo que se había enamorado. Acababa de tener un flechazo.

—Hola, buenos días —dijo con una preciosa voz aterciopelada, de aquellas con las que te quedas dormido incluso cuando te gritan.

Llevaba una caja que, a juzgar por su gesto, debía de pesar considerablemente. Sin dudar, Hugo se acercó y se la cogió, mientras ella movía los brazos para recuperar la circulación.

—Gracias —dijo.

—De nada —contestó Hugo, medio babeando por el cortocircuito cerebral que había sufrido desde su aparición.

Se encaminó al mostrador seguido por ella y depositó la caja encima.

—Quería saber si pueden ayudarme —empezó.

Hugo no dijo nada y Martín, que hacía rato que contemplaba la escena por encima de la montura de sus gafas, se levantó y fue a atender a la chica.

—Usted dirá.

—Verá, tengo una tienda no muy lejos de aquí. Vendemos libros antiguos y cosas por el estilo, pero esta mañana hemos comprado un stock de cómics. Esta caja está llena de cómics viejos y no tengo la más remota idea de qué valor tienen. Me gustaría saber si podrían ayudarme a tasarlos para ponerlos a la venta.

Martín miró a la chica y luego miró a Hugo, que seguía embobado contemplándola. Volvió a mirarla a ella y luego a él. Y por fin decidió qué hacer.

—De acuerdo —dijo finalmente—. Ahora mismo estoy un poco liado con las facturas, ya me entiende, pero aquí mi socio, la mitad de la tienda es suya, ¿sabe?, estará encantado de echarle una mano.

—¡Qué bien! —exclamó ella, visiblemente aliviada.

Hugo no dijo nada. Sólo seguía observándola atentamente.

—Hugo —dijo Martín.

No obtuvo respuesta. La chica empezó a mirar a Hugo de forma extraña.

—Disculpe —dijo Martín—, a veces le falla el sistema operativo. ¡HUGO!  
Éste pareció despertarse del sueño más agradable que había tenido nunca.

—La señorita necesita tu ayuda. Atiéndela. —Luego se dirigió a ella—: La deje en sus manos. Si vuelve a quedarse en blanco, chasquee los dedos frente a su nariz.

La chica rio, mientras que Hugo, que pilló la broma un poco tarde, no pudo evitar sonrojarse.

—Valentina, encantada de conocerle —dijo la chica, tendiendo la mano.

—Hugo —dijo él, y se la estrechó.

—Esto que te ha pasado, ¿te sucede con todos los clientes? —preguntó ella con picardía.

—No, sólo contigo.

Valentina no respondió y esperó que Hugo se diera cuenta de lo que acababa de decir. Y a pesar de que sólo hacía un momento que lo conocía, consiguió ruborizarlo y tomarle el pelo con tan sólo una pregunta.

Él se dio cuenta y tomó una actitud más decidida.

—Bueno —tosió para aclararse las ideas—, ¿en qué puedo ayudarte?

—Verás, como le he dicho a tu compañero, trabajo en una tienda cercana donde vendemos libros antiguos y cosas así. Esta mañana hemos comprado un stock de cómics. Tengo treinta y tres cajas como ésta llenas hasta arriba de cómics y no tengo la más remota idea de qué valor tienen...

—Y ahí entro yo —dijo Hugo, demostrando estar más atento que minutos antes—. Pues vamos a ver qué traes.

Abrió la caja y, cuando cogió el primer cómic, se le aceleró el corazón, las paredes de la tienda empezaron a dar vueltas y se desplomó inconsciente en el suelo, tras el mostrador, mientras oía un grito de alarma de Valentina.



## Capítulo 7

### Valentina

—¿Cómo que se ha desmayado? —preguntó Victoria, sorprendida.

—Pues ha perdido el conocimiento —explicó Valentina—. Ha sido sacar un cómic de la caja y desplomarse.

—Pero, ¿se ha desmayado por el cómic?

Valentina asintió con la cabeza.

—Menudo friki.

Suerte que Valentina no le había contado a su amiga que, al conocerla, Hugo se había quedado embobado mirándola. Si no, además de friki, lo habría tomado por un enfermo.

—Sí, un friki que cuando se ha recuperado me ha dicho que ese cómic en concreto puede valer alrededor de mil o dos mil euros.

—¿Cómo? ¿Esa basura imposible de restaurar dos mil euros? —Victoria la miró incrédula—. ¡Venga ya!

—¡Que sí! —insistió Valentina—. Es una edición muy rara de Tintín y por lo visto está muy bien conservado. Además —prosiguió—, por lo que ha podido ver...

—Después de recuperar el conocimiento —bromeó Victoria.

—... Podríamos tener ejemplares aún más valiosos, con un precio hasta diez o cien veces superior a éste.

Victoria la miró de reojo.

—Sigo sin creermelo que la gente pague auténticas fortunas por porquerías de éstas.

—Si nos las pagan a nosotras —Valentina sonrió—, yo no tengo inconveniente.

—Ya, pero, ¿cómo vamos a venderlo si no sabemos lo que hay en las cajas?

—Eso es lo mejor —dijo Valentina, emocionada—. Hemos quedado que los domingos nos veremos aquí para clasificar el contenido de las cajas.

—¿Los domingos? Yo no voy a venir ni de coña. Es el único día que puedo permitirme el lujo de despertarme con resaca. —Victoria calló un segundo, como si estuviera poniendo orden en sus pensamientos—. ¿Y cuánto le tendremos que pagar por los servicios? Si es que no pierde horas desmayándose.

—Nos ayudará en todo sin pedir nada a cambio.

—¿Seguro que luego no pedirá nada?

—Ya se lo he preguntado —contestó Valentina— y me ha dicho que no.

—Pues al final va a resultar que no sólo consigues dormir a los hombres... —Victoria se acercó y abrazó a su amiga—. Seguro que ha sido una presa fácil, pero tú

tranquila, que un día ya iremos de caza mayor.

—¿Qué? —preguntó Valentina, sin comprender nada de lo que le había dicho.

—¿No te has dado cuenta?

Ella dijo que no con la cabeza.

—¡¿NO?! —preguntó gritando Victoria—. A ver, cariño, lo que acabas de conseguir es conquistar un chico tan sólo con tu presencia. Por ser lo que eres.

—Yo creo que no. Simplemente ha sido educado y amable.

—¡Ya! Amable —dijo Victoria sarcásticamente—. Cuéntame cómo es.

—Parece simpático.

—Vamos, que es más feo que pegarle a un padre.

—No —replicó Valentina, sin darse cuenta de que había caído en la trampa de Victoria—. Es mono.

—O sea, que te gusta.

—No... Bueno... ¡No lo sé!

—A ver, yo cuando veo a un chico sé si me gusta o no. Y, por lo que dices, éste te gusta.

Valentina empezaba a ponerse nerviosa. Los temas amorosos siempre le habían resultado un poco complicados, y cuando Victoria se metía en medio, la cosa siempre acababa mal.

—Victoria, no lo sé. He ido por trabajo, el chico era... era eso, mono. Pero yo no he pensado en la posibilidad de que me gustara o no.

—Pues tranquila, que vas a tener tiempo de sobra. —Señaló con desgana hacia el taller, donde estaban las cajas llenas de cómics—. Tanto tiempo como te duren esas cajas.

Era verdad, pensó Valentina. Cuando había quedado con Hugo para clasificar los cómics no había pensado que estaría sola con él durante semanas, domingo tras domingo, sin que nadie los molestara.

—Por favor, Victoria, vente este domingo. —Era la única posibilidad de que aquello no se convirtiera en una cita.

—No, no, no, no, no. Yo los domingos no trabajo. Además, lo tienes bien pillado. Hoy te ha demostrado que es débil. Tú tienes el poder, por lo que no se va a atrever a insinuarte nada si tú no lo llevas por ese camino.

—Pero, ¿qué lo voy a llevar yo?

—Mujer, si al final resulta que es más mono de lo que cuentas —hizo una breve pausa para disfrutar del momento— yo creo que podría darte un buen revolcón.

—¡Victoria! —chilló Valentina.

Su amiga se rio por haberla puesto nerviosa, se levantó y se fue al taller a trabajar.

—Aquí te dejo, pero recuerda: no hagas locuras. Por hoy ya hemos ampliado demasiado el mercado.

Le guiñó un ojo y desapareció tras la puerta del taller. Pero no pudo evitar colgar un cartelito: «Revolcón en curso. No molestar».

Valentina se quedó tras el mostrador. Encima estaba la caja. Lo que había considerado sólo trabajo, según Victoria se había convertido en la excusa de un chico para ligar con ella. Y no era que Hugo fuera feo. Al contrario, tenía algo que la atraía. Pero los minutos que habían pasado juntos eran tan escasos y tan relacionados con el trabajo que no había pensado en él como una futura relación.

Victoria siempre le hacía la misma jugarreta. Cuando conocía a un hombre de la edad apropiada, le montaba el numerito de «Valentina quiere a..., Valentina quiere a...», como si fuera una niña pequeña, con la tonadilla y todo.

Por su parte, no había pensado por qué Hugo se había negado a recibir nada a cambio de ayudarla. Podía ser que realmente fuera amable y lo hiciera para sacarla del apuro. Pero, ¿y si Victoria tenía razón? ¿Y si Hugo el domingo se le echaba encima? Lo negó enseguida. Confiaba en la amabilidad demostrada por Hugo en la tienda de cómics. Además, de la manera en que se había quedado bloqueado al verla, dudaba mucho que tuviera el valor suficiente para intentar tomar la iniciativa. Por un segundo dudó.

Aunque un apasionado revolcón en el taller estaría muy pero que muy...

—¡NO, NO, NO! —gritó Valentina en voz alta, intentando quitarse esas ideas de la cabeza.

Victoria apareció corriendo por la puerta del taller.

—¿Qué pasa? —dijo, al ver a Valentina sentada donde la había dejado hacía un rato.

—¡Oh! Nada —intentó disimular.

Victoria se la quedó mirando. Sabía que la engañaba. Seguro que estaba soñando despierta y ahora quería olvidarse del sueño. Pero sin decir nada, desapareció de nuevo por la puerta del taller.

Al volverse a quedar sola, Valentina quiso evitar pensar en Hugo, así que cogió la caja de cómics y la dejó en el suelo, debajo del mostrador, y se puso a repasar los estantes. Muchas veces, los clientes cogían volúmenes y al devolverlos a las estanterías los colocaban mal y luego no había quien los encontrara. Así que, de vez en cuando, tenía que repasar todos los libros para hallar los que llamaba «fugados». Y un lunes entre la mañana y el mediodía era el momento idóneo.

Tras un buen rato repasando todos y cada uno de los lomos, ya tenía un buen

montoncito de libros apilados encima del mostrador a la espera de ser devueltos a su sitio. Valentina alargó de nuevo el brazo para coger un Descartes despistado y, junto con cuatro volúmenes más, lo llevó también al mostrador. En ese momento sonó el teléfono.

—*El estante de Jane Austen*, ¿en qué puedo ayudarle? —Su respuesta sonó un poco falsa, pero era el único modo de que se acordara de mencionar el nombre de la tienda al descolgar el teléfono.

—Victoria ya me ha contado lo de tu nueva conquista.

—¿Laura? ¿Cómo?

—Sí. Ya me ha dicho que es un bicho raro de esos a quienes les gustan los cómics y los videojuegos, pero... ¿como mínimo está bueno?

—¿Laura! —exclamó Valentina, indignada por que Victoria ya le hubiera pasado la información a su otra amiga.

Lo peor era que si Victoria era cotilla y un poco entrometida, Laura era mucho peor. Era azafata de vuelo y la mayor parte del tiempo no estaba en Barcelona, así que, cuando hablaba con sus amigas por teléfono, quería saberlo todo.

—Te equivocas. No hay ninguna «nueva conquista». Victoria te ha informado mal.

—¿No? —La voz de Laura sonó triste.

—No, simplemente hoy he conocido a un chico que me va a ayudar con algo del trabajo. Nada más. —Valentina quería dejar las cosas claras.

—Así que ahora has conocido a un chico. —Victoria estaba hablando desde la puerta del taller—. Hace un rato tan sólo era un asunto de trabajo.

—¡Ay, nuestra pequeña Valentina se está haciendo mayor! —dijo Laura al teléfono.

—No. —Valentina hizo una pausa—. Además, soy mayor que vosotras.

—Pero en tu corazón sigues siendo una niña —dijo Victoria, que se había acercado al mostrador—. Seguro que aún miras *La Bella y la Bestia*, como hace unos años...

—Con *Doritos* —añadió Laura desde el teléfono.

—O con helado de menta —concluyó Victoria.

Valentina se puso roja de vergüenza. Sus mejores amigas parecían haberse convertido en sus dos peores enemigas. Querían que confesara algo que no sabía ni que existiera. Apenas conocía a Hugo. ¿Cómo podía haberse enamorado de él con verlo una sola vez? Sin saber cómo pensaba, qué le gustaba y todas esas cosas que se supone que te enamoran de un chico.

La discusión entre las tres, ya que inocentemente Valentina había puesto a Laura

en manos libres, duró unos minutos, hasta que un chico entró por la puerta. Al ver el espectáculo, seguramente patético, que estaban montando, se detuvo unos segundos en el umbral, como si dudara de entrar.

—¿Hola?

Laura calló y Valentina y Victoria lo miraron con cara de sorpresa.

—Hola —dijo finalmente Valentina, que había visto en aquel pobre chico al salvador que le sacaría de encima a aquellas dos arpías—. Un segundo y estoy contigo.

Él se entretuvo un momento con los primeros libros que encontró.

—Laura, lo siento pero tenemos trabajo —añadió Valentina, y colgó sin esperar respuesta de su amiga—. Victoria, al taller ya.

—Vale, vale, sin prisas —respondió ésta, mientras se iba al fondo de la tienda.

—Hola —saludó de nuevo Valentina, saliendo de detrás del mostrador.

Antes de que tuviera que preguntar nada, el chico empezó a hablar.

—El sábado por la tarde vine con mi pareja y compramos un par de libros de Jane Austen.

Entonces Valentina se acordó de él. Era el chico que había sacrificado su compra en favor de su chica.

—Me gustaría saber si me podrías encontrar algún ejemplar raro, pero no excesivamente caro, de *Emma*, de Jane Austen.

Aquél sí que era un chico como Dios manda. Primero se sacrificaba y luego regresaba a por el gran regalo secreto para su novia.

—Claro —dijo Valentina—, ¿qué presupuesto tienes?

—Unos cien o ciento cincuenta euros.

Ella regresó tras el mostrador y sacó una hoja de papel, a la vez que encendía el ordenador.

—Verás, muchas veces depende de que lo que se quiere se pueda negociar con el vendedor, y también de la prisa que se tenga.

—En principio no tengo prisa. Muchas veces compro regalos y se los voy dando en las fechas que toca o cuando me apetece. —El chico parecía seguro, pero a la vez nervioso.

Valentina sonrió y pensó que qué lástima que tuviera pareja y que además fuera más joven que ella.

—Vale —dijo—. Apunto el libro que quieres y tu presupuesto y si me das tu número de teléfono te llamaré cuando tenga algo interesante.

Él se lo dio.

—Gracias, ya tengo ganas de regalárselo —añadió sonriendo.

Antes de que Valentina tuviera tiempo de responder, la expresión del chico

cambió; había visto algo debajo del mostrador.

—¿También vendéis cómics? —preguntó—. Como no los veo en las estanterías...

—Bueno... —La había pillado desprevenida—. Aún no los vendemos, pero dentro de poco tendremos una sección. ¿Te gustan? —preguntó.

El chico asintió y ella se agachó para coger la caja y ponerla encima del mostrador.

—A ver qué opinas de lo que tenemos aquí.

Valentina abrió la caja y él se quedó impresionado.

—¿Sabes lo que vale eso? —preguntó.

—Sí, lo sabemos, y por lo que veo tú también —dijo Valentina sonriendo.

Él se levantó y se dirigió a la puerta.

—Espera —dijo Valentina, llevada por un impulso—. Vi lo que hiciste el sábado.

—¿Qué? —preguntó él un poco descolocado.

—Vi que dejaste un libro que te gustaba, para poder comprarle dos a tu novia.

El chico sólo pudo sonreír avergonzado por haber sido pillado. Una vez más, Valentina envidió a su novia. Se fue hacia una estantería y cogió un volumen.

—Éste fue el que dejaste el otro día, ¿verdad?

—Sí —dijo él.

—Toma, es tuyo.

—¿En serio?

—Sí —respondió Valentina.

—Muchas gracias. Estoy haciendo la colección de Julio Verne y a veces cuesta encontrar algunos ejemplares.

Con el libro en las manos, se despidió de nuevo y se fue de la tienda con la promesa de volver cuando tuvieran el libro de Jane Austen o la sección de cómics preparada.

## Capítulo 8

### Hugo

—¿Cómo que te has desmayado? —preguntó Arturo, sorprendido.

—Pues eso, me he desmayado.

—¿Por la chica o por los cómics? —quiso saber Arturo.

—Por los cómics —respondió Hugo.

—Estás enfermo.

—Tú no sabes lo que vale ese cómic.

—Sorpréndeme —dijo Arturo sarcásticamente.

—Unos dos mil euros.

—Vale, no sólo tú estás enfermo —sentenció su amigo, antes de irse a la cocina a buscar algo de beber.

Mientras, sonó el timbre. Hugo se levantó, observó a través de la mirilla y le abrió a Diego.

—¿De verdad que has tenido en tus manos un Tintín del Medallón? —preguntó éste sin apenas respirar.

Hugo afirmó con la cabeza y Diego dio un salto, como las fans de Elvis Presley en sus conciertos.

—Lo que decía —comentó Arturo desde la cocina—. No sólo tú estás enfermo.

Diego entró al salón del apartamento y se sentó en el sofá, en el extremo izquierdo de siempre.

—¿Y cómo era? —preguntó Diego.

—Rubia, ojos castaños... —Hugo recordó el magnífico momento que había vivido al conocer a Valentina, y terminó la frase con un suspiro.

—La chica no, el cómic —aclaró Diego como si dijera una obviedad.

—¿El cómic? —repitió Arturo—. ¿De verdad te interesa saber cómo era un montón de papel, en lugar de saber cómo es la chica que ha robado el corazón de nuestro Hugo?

—Pues sí —respondió Diego—. Tengo más posibilidades de conocer a esa chica que de ver con mis propios ojos un Tintín del Medallón.

—Y no hay sólo eso —explicó Hugo, regresando de su ensoñación—. En la caja había más cómics, viejos cómics de diez y doce centavos de Superman, Batman y Marvel. Espero que el domingo encontremos algo que valga la pena.

—¿Habéis quedado el domingo? —preguntó Arturo, levantando las cejas de forma insinuante.

—Sí —dijo Hugo—. Hemos quedado este domingo para ver qué tiene, y si la cosa va bien, iremos quedando hasta que tenga todos los cómics tasados y clasificados.

—¡Muy bien chaval! —exclamó Arturo—. Pero no te confíes, que se trata de una carrera contrarreloj.

—¿Una carrera contrarreloj para qué?

—Para enamorarla, bobo. Mientras tengáis motivos para reuniros, tendrás posibilidades de que ella se quede prendada de ti.

—No creo que tenga ninguna posibilidad —replicó Hugo, que había estado pensando en eso desde que se había despedido de Valentina.

—¿Cómo que no? —exclamó Arturo—. Tú no te cortes, confía en ti y la conseguirás.

—Además, creo que es mayor que yo —siguió lamentándose Hugo—. Seguro que tiene un guapo y perfecto novio que la espera cada noche.

—Eso da igual. Debes ir a por ella; siempre puede dejarlo.

—Por mí seguro que no —sentenció Hugo, yendo hacia su cuarto, abatido.

Arturo y Diego lo miraron sorprendidos. A los ojos de ambos tenía motivos para alegrarse.

—Yo no sé de qué se queja —dijo Diego—. Durante no sé cuántos domingos estará rodeado de cómics de altísimo valor...

—Y con una chica que si es tan bonita como dice... —añadió Arturo.

—Aunque no se los pueda quedar, los tocará y los leerá...

—Aunque no sea la chica de su vida, tiene muchas probabilidades de vivir una noche de pasión desenfadada...

—Qué envidia —suspiró Diego.

—Qué envidia —suspiró Arturo.

Cuando Hugo cerró tras de sí la puerta de su habitación, pensó que todo lo que había vivido aquel día había sido un sueño. Muy bonito, pero en definitiva un sueño. ¿Por qué todas las cosas le habían pasado ese día? Primero el martillo de Thor, luego la propuesta de ser socio de Martín y, finalmente, Valentina. No pudo evitar suspirar mientras soñaba con un futuro a su lado. Cogerla de la mano, rodearla con sus brazos, oler el perfume de su cabello dorado. Pero sabía de sobra que tenía muy pocas probabilidades de tener siquiera una cita con ella, por mucho que Arturo dijera.

Pero en ese momento tenía que centrarse. Los números nunca habían sido su fuerte y ahora tenía que repasar sus fondos bancarios para saber si podía decirle que sí a Martín. Ése sí que era un hecho real. A pesar de no llegar a los treinta, podía convertirse en copropietario de una tienda con unos ingresos más que envidiables.



Sacó una carpeta del cajón superior de su escritorio y la abrió. A pesar del orden que tenía en sus estanterías y en la tienda, con el papeleo era un desastre. Suerte que Martín se encargaría de esa parte. Sacó un bloc de notas y se dispuso a hacer números.

Llevaba tal vez una hora con aquellos endiablados cálculos, oyendo los gritos de una competición de Wii en el salón, cuando se dio cuenta de que tenía un amigo matemático que pasaba la mayor parte de su tiempo en su casa. ¿De qué servía eso si cuando lo necesitaba no recurría a él?

Recogió todos los papeles y salió de la habitación. En el salón, Arturo y Diego estaban jugando una partida de boxeo en la consola, ambos sudando como cerdos. Aunque les había contado lo del desmayo y lo de Valentina, no había hecho mención a su futuro como empresario librero.

—Diego, necesito tu ayuda.

—No será para ligar, ¿verdad? —bromeó Arturo.

—No, no —aclaró Hugo—. Tengo que repasar mis cuentas para algo muy importante.

—¿El qué? —preguntó Diego sin dejar de jugar.

—Martín me ha ofrecido ser socio en la *Comición*.

Sus dos amigos dejaron de jugar de forma inmediata y, boquiabiertos, se acercaron a él para que les contara mejor la noticia.

—Esta mañana hemos recibido el martillo de Thor.

—¿Me dejaréis sostenerlo? —preguntó Diego suplicante.

—Vente un día y se lo preguntas a Martín —respondió Hugo, y después continuó—: A lo que íbamos. Después de lo del martillo, parecía como si Martín se hubiera puesto melancólico o algo por el estilo y me ha empezado a hablar de Los Vengadores. Que si quién me gusta más. Que si me gustaría tener alguno de los objetos. Me ha preguntado cuántos años hace que trabajo allí. Claro, yo me he acojonado, porque, tal como está el patio, como para que me eche. Y al final, cuando ya no sabía cómo decirlo con eufemismos, lo ha soltado: «¿Quieres convertirte en mi socio?».

—¿Así, tal cual? —preguntó Arturo, sorprendido.

—Sí.

—¿Y ya le has contestado? —preguntó Diego.

—A eso voy. Tengo que repasar los papeles del banco y llevo como una hora dándoles vueltas sin tener la más remota idea de lo que estoy haciendo. Y...

—Y quieres que yo les eche un ojo —dijo Diego con desgana.

—Eso.

—¿En serio? ¿Ahora?

Tras recordarle las horas que pasaba en aquella casa, el gasto en bebidas y comida, el uso de la Play y del sofá, Diego no opuso mucha más resistencia.

—Déjame terminar el combate y lo miro.

Al decir eso, Arturo y él se dieron cuenta de que habían dejado el combate a medias y los mandos encima del sofá. Durante un segundo que se hizo eterno se miraron a los ojos, retándose, y con una carrera a lo loco, los dos saltaron por encima de los cojines, cogieron los mandos y un directo a la mandíbula tumbó al personaje de Arturo.

Después de este espectacular final de combate, que fue aplaudido por Hugo, Diego le cogió la carpeta que llevaba debajo del brazo, se sentó a la mesa del comedor y, como había hecho en otras ocasiones, se aisló bajo una especie de cúpula invisible que lo separaba del resto del mundo y le permitía hacer sus números. En la vida cotidiana Diego tal vez no fuera muy listo, pero con los números ni Arturo ni Hugo habían visto a nadie tan eficaz.

Ellos dos se fueron a la terraza. No querían ponerse a jugar a la Play mientras su amigo le hacía un favor tan grande a Hugo.

Cogieron un par de refrescos y salieron fuera. Llevado por un sincero interés, sin ningún tipo de ganas de aleccionar o criticar a Hugo, Arturo sacó de nuevo el tema de Valentina.

—Ahora en serio —dijo abriendo su lata—. ¿De verdad te has quedado prendado de ella?

Hugo no sabía qué responder. En ese momento no tenía ganas de oír por enésima vez que debía tener cuidado. Así que simplemente se encogió de hombros.

—Vamos, no me jodas —dijo Arturo un poco exaltado—. Si me has dicho que casi se te caía la baba mientras la tenías delante.

—Sí. Bueno... —Hizo una pausa para intentar poner orden en sus ideas, pero sin éxito—. Es la primera vez que me pasa. Siempre que me ha gustado una chica, he podido hablar con ella sin miedo a parecer un idiota. En cambio, con Valentina me he tenido que esforzar para no seguir embobado.

—Has hecho tal esfuerzo que tu cerebro ha dicho basta y te has desmayado —dijo Arturo sonriendo, mientras le ponía una mano en el hombro.

Hugo lo miró de reojo. Sabía que no tenía que haber contado lo del desmayo.

—Quiero que me contestes en serio —dijo entonces Arturo—. Te juro que no voy a reírme ni nada por el estilo. ¿En serio te gusta?

Desde la noche del sábado anterior, a pesar de que Arturo seguía siendo el mismo fanfarrón de siempre, parecía como si hubiera cambiado en algo; ya no se lo veía tan

falso ni tan superior. Era una persona normal. A saber qué le habría sucedido. Ante esta nueva versión renovada de su amigo, Hugo no pudo evitar sincerarse.

—Mi cabeza me dice que debo conocerla antes —suspiró—, pero mi corazón me está gritando que estoy locamente enamorado de esa chica desde que la he visto.

Mientras Arturo reflexionaba, Hugo se apoyó en la barandilla del balcón y contempló las vistas, que, según él, eran de lo mejor que tenía el piso. Sobre todo las de la izquierda. Desde allí tenían una panorámica perfecta del Zoo de Barcelona y del Parc de la Ciutadella, dos lugares a los que siempre le gustaba ir cuando se aburría o no podía soportar más a Arturo.

Entonces, éste salió de su ensimismamiento y le pasó a Hugo un brazo por los hombros.

—No quiero darte consejos estúpidos. Tan sólo te recomiendo que si realmente te gusta vayas a por ella sin dudar. Nunca creas que es inalcanzable. Nunca pienses que está con otro. Tú ve a por ella. Simple y llanamente.

Hugo se sorprendió de nuevo. ¿No le quería dar un consejo Arturo? ¿De verdad estaba hablando en serio? No era una pose ni un numerito. Hugo lo miró preocupado.

—¿Crees que realmente tengo alguna posibilidad? —preguntó, sin tenerlo muy claro.

—Bueno —contestó Arturo—, no te he dicho eso. Pero tienes que convencerte de que sí para atreverte a ir a por ella.

Hugo se dio cuenta de que Arturo no le había dicho lo que de verdad creía, sino que, por primera vez en su vida, se había expresado como tenía que hacerlo un amigo.

Por suerte, antes de que Hugo cayera en un sentimentalismo barato con Arturo, algo de lo que seguro que se arrepentiría el resto de su vida, Diego apareció en el balcón.

—A ver, querido señor «voy a ser empresario» —dijo bromeando—. La verdad es que tienes un margen un poco estrecho para invertir, pero si quisieras participar en la *Comicón* podrías hacerlo.

—¿Y tú qué opinas? —preguntó Hugo, indeciso.

—¿Yo? —respondió Diego, señalándose el pecho.

—Sí, tú. Económicamente se supone que puedo hacerlo. Ahora me gustaría saber qué opináis los dos. No se lo puedo preguntar a nadie más.

—Pregúntaselo a Valentina —dijo Arturo, que había recuperado su tono de siempre, tras aquel rato de sinceridad.

—Muy gracioso —respondió sarcásticamente Hugo—. En serio, ¿qué opináis?

Los dos se miraron, pero fue Diego quien al final habló.

—A ver, si fuera yo el que hubiera recibido la oferta, teniendo en cuenta tus números, diría que sí a un veinticinco o un treinta por ciento de la propiedad. Aunque

existen riesgos.

—Eso es lo que pienso yo —comentó Arturo—. Ahora la tienda aguanta, pero... ¿y cuando Martín se jubile? ¿Crees que seguirá en el negocio o pasará de ti? ¿Podrás pagar el cien por cien de la empresa? Además, no tienes ni idea de negocios. El día que debas hacerte cargo de los papeles vas a flipar. Y puede que nosotros no estemos ahí para ayudarte.

—¿Estemos? —repitió Diego un poco amoscado.

—Bueno, tú eres su asesor económico y yo el sentimental. Nos repartimos el trabajo —remató Arturo, moviendo las manos entre él y Diego.

—Es que no sé qué hacer —dijo Hugo, mientras los otros dos empezaban a discutir sobre la importancia de cada uno de ellos.

Para Hugo, tener la posibilidad de ascender en la tienda y convertirse en socio era todo un éxito. Cuando estudió Bellas Artes, quería dedicarse al mundo del cómic. En realidad, aún lo quería, pero se encontró bloqueado por los filtros editoriales. Y fue a parar a aquella tienda, que buscaba un empleado que supiera del tema. Cuando firmó el contrato con Martín, nunca se habría imaginado que estaría allí tantos años, y que, además, no querría irse. Ahora, para colmo, Martín le ofrecía ser su socio. ¿Qué podía hacer?

Si decía que sí, quedaría atado a aquella tienda sin posibilidad de conseguir su sueño dorado, ya que tendría una enorme responsabilidad. Por el contrario, si decía que no, tal vez Martín se enfadara. Sin tener en cuenta que una oportunidad como ésa no era de las que se presentan todos los días.

—Mira, Hugo —dijo Diego, haciendo callar a Arturo—. Yo que tú le diría que sí con un veinticinco por ciento, y con la posibilidad de llegar al cincuenta cuando tu economía te lo permitiera. Porque si, además de tu sueldo, te llevas el veinticinco por ciento de los beneficios, esto tiene que ir a mejor.

Hugo reflexionó. No había pensado en que con eso su bolsillo se llenaría un poquito más, algo que siempre era de agradecer. Y como su éxito como dibujante era poco probable, dedujo que la mejor opción era aceptar la oferta de Martín.

—En eso sí estoy de acuerdo —dijo Arturo—. Pero vigila lo que firmas.

—Martín no es de los que engañan. Además, es mi amigo.

—Eso lo dices ahora —insistió Arturo—, pero cuando se trata de dinero, no hay amigos que valgan.

—No siempre —contestó Hugo.

—Sí, siempre —replicó Arturo.

—No.

—Sí.

—No.

—Sí.

—¡Basta! —gritó Diego—. Resolvamos esto como caballeros.

Hugo y Arturo se miraron.

—De acuerdo —dijeron al unísono.

—Muy bien —prosiguió Diego con actitud solemne—. ¿Qué prefieren los caballeros, boxeo, tenis, tiro con arco?

Hugo y Arturo se miraron, retándose falsamente.

—Boxeo —volvieron a decir al unísono.

Mientras se disponían para el combate, Hugo pensó que eso era lo bueno de los amigos, que siempre podíais discutir vuestras diferencias con una buena partida con la Wii.

## Capítulo 9

### Valentina

Sonó el despertador y, alargando perezosamente el brazo, Valentina lo cogió. Abrió los ojos con mucho esfuerzo.

—¿Por qué lo puse a las ocho, si hoy es domingo?

Por un instante, pensó que era como cualquier otro domingo de su vida. Esos domingos aburridos, sola en casa por la mañana; luego la visita habitual a sus padres a la hora de comer; y, a media tarde, el regreso a su grande, espacioso, espectacular y solitario apartamento, cuya única oportunidad de compañía era la de Cecilia.

Pero entonces se dio cuenta de que ese domingo era diferente. Había cancelado la comida con sus padres y tenía previsto pasar todo el día fuera de casa, concretamente en *El estante*, trabajando en el stock de cómics que había comprado.

Y en ese momento, su mente le susurró insinuante: «No estarás sola. Hugo, un chico, estará contigo».

Ese hecho, que ya conocía, pero que hasta entonces no había tenido en cuenta, la hizo levantarse de golpe. Tenía que arreglarse aunque sin parecer que se arreglaba. No quería que él creyera lo que no era. Bueno, ni ella tampoco quería creer lo que no era. Y menos después de las ideas que Laura y Victoria le habían metido en la cabeza.

Se acercó a su minicadena y le dio al *play*. Los altavoces instalados por toda la casa empezaron a sonar con una de las canciones que más motivaban a Valentina. Y así, sin dudarlo, se puso en marcha para hacer las cosas que tenía que hacer antes de ir a la tienda.

Con los compases funkies de mediados de los setenta de *Kung Fu Fighting*<sup>[1]</sup> de Carl Douglas, Valentina desayunó su peculiar combinación de cereales de chocolate directos de la bolsa y un par de vasos de zumo de naranja. Y como si supiera que necesitaba ritmo para seguir adelante, puso todas las canciones de Abba que había en el reproductor. Cuando quiso darse cuenta, ya estaba con los últimos retoques de maquillaje. Entonces se miró al espejo, mientras de fondo sonaba *Does your mother know?*<sup>[2]</sup>

—¿En serio te quieres maquillar? —se preguntó en voz alta.

Volvió a mirarse. La ropa la había escogido bien: algo informal, unos vaqueros, una camisa y una zapatillas, pero se había maquillado como cada día. Seguro que si iba sin maquillar, a Hugo se le pasarían todas las ganas de creer en algo que no era. Así que se desmaquilló por completo, dejando ver su tono natural de piel y aquel montón de odiosas pequitas en las mejillas y encima de la nariz.

—Si así le gusto, debería tomármelo en serio —siguió hablando consigo misma, mientras contemplaba su cara limpia.

Pero enseguida cortó la idea, porque si realmente sucedía aquello... Y ahí dejó el pensamiento. Era un día de trabajo como cualquier otro, acabó diciéndose.

Cogió la cazadora de piel marrón que colgaba del perchero de la entrada y salió. Habían quedado a las diez en la tienda. Tenían todo el día por delante para clasificar y valorar los cómics que había en las cajas.

Salió de su portal de la calle Mallorca y se dirigió a la Rambla de Catalunya. Esa calle, que la mayoría de tardes estaba llena hasta los topes, los domingos por la mañana se convertía en el lugar perfecto para aclarar las ideas. Además, el tiempo caluroso de finales de verano había sido reemplazado por el agradable aire fresco, ese que no te obliga a ir tapado de pies a cabeza, de principios de otoño.

Normalmente, para llegar a su trabajo, Valentina prefería ir por Portal de l'Àngel. Decía que era por el ambiente matutino de esa zona, pero en realidad era porque pasaba por delante de una pastelería increíble, donde se compraba una buena coca de crema. Pero ese domingo no lo hizo. No quería encontrarse con Hugo y tener que recorrer los últimos metros hasta la tienda con él. Antes de que él llegara quería controlar su territorio para evitar ponerse nerviosa. Y todo eso por culpa de sus amigas, que le habían hecho creer que ese domingo sería muy interesante.

Así que bajó por la Rambla hasta Canuda, pasó por delante de una librería de viejo en la que había trabajado brevemente un verano, y siguió calle adelante hasta llegar a su local. Vista desde fuera, *El estante de Jane Austen* parecía una galería de arte más que una librería. Subió la persiana, abrió la puerta y entró.

Luego, por un segundo no supo qué hacer. ¿Qué tenía que preparar? No lo sabía. Así que simplemente fue repasando cosas que creyó necesarias. De detrás del mostrador sacó una libreta tamaño folio y un par de lápices. Tendrían que apuntar el título de todos los cómics que hubiera en las cajas, así como su valor.

Con el cuaderno bajo el brazo, se fue hacia el taller. La noche anterior se había marchado antes, pues le tocaba cerrar a Victoria, y le había pedido a su amiga que ordenara el taller —que habitualmente estaba hecho un desastre— para que pudieran trabajar allí el domingo.

Como única respuesta recibió un «Ya, trabajar», dicho en tono sarcástico. Pero ahora, al abrir la puerta del taller, se quedó de piedra. Victoria le había hecho caso. Había dejado el taller impecable. La gran mesa del centro, así como gran parte de la repisa que rodeaba el cuarto y todo el suelo estaban despejados.

Dejó la libreta encima de la mesa y miró las cajas de los cómics. Por un momento se sintió agotada por el trabajo que aún le quedaba por hacer, pero el tintineo de la campanilla de la puerta la espabiló de golpe.

—¿Hola? —dijo una voz masculina—. ¿Hay alguien?

Valentina salió del taller tan deprisa como pudo. Justo en la entrada, ante el mostrador, estaba Hugo. Iba sin afeitarse, con unas gruesas gafas de pasta negra, una camiseta con un martillo estampado en el pecho y unos vaqueros.

—Buenos días —saludó al verla.

Por un instante, Valentina se temió lo peor. Había percibido que, una vez más, Hugo se había quedado medio embobado al verla, pero de repente sacudió la cabeza y volvió a su estado normal.

—¿Qué tal? —contestó ella. Una pregunta de cortesía que podía acarrear muchos problemas si no se sabía de qué hablar. Pero igualmente Valentina la formuló.

Por suerte, la única respuesta de Hugo fue encogerse de hombros y esbozar una sonrisa, demostrando que él tampoco sabía qué decir.

—Vamos al taller. Ahí es donde tengo todas las cajas.

—Yo que tú primero cerrarías la puerta.

Ya empezaba a ponerse nerviosa. Había planeado sus actos, pero como siempre se olvidaba de detalles como éste. Acelerando el paso, se acercó a la entrada, bajó la persiana hasta la mitad y cerró la puerta con llave.

—Ya no nos podrán molestar —dijo y un instante después se percató de que esa frase se podía interpretar de muchas maneras.

Hugo, que había captado al vuelo la versión mal intencionada de la frase, volvió a sonreír. Su sonrisa tenía algo que, cada vez que Valentina la veía, le aceleraba el corazón. No era de diversión, ni tampoco un gesto sensual, sino algo sincero y tierno.

—Sígueme —le dijo—. Te voy a enseñar dónde vamos a trabajar.

Los dos fueron hasta el final de la tienda y cruzaron la puerta del taller.

—Ahí están las cajas.

Por la cara que puso él, Valentina se dio cuenta de que no sabía cómo reaccionar. A pesar de que le había dicho que había treinta y tres cajas, estaba claro que esa cantidad en un pequeño taller como aquél impresionaba.

—Bueno —dijo Hugo finalmente, frotándose las manos—. Vamos a ver qué tienes aquí.

Valentina se acercó a la primera caja, que quedaba a una altura cómoda para ver su contenido, y justo cuando iba a abrirla, se detuvo y miró a Hugo.

—Prométeme que esta vez no te vas a desmayar.

—Tranquila —contestó él medio sonrojándose—. Ahora ya sé lo que me espera.

—¿Seguro? —insistió ella.

—Seguro —asintió él con fuerza.

Valentina se hizo a un lado y Hugo se acercó para abrir la caja. Metió la mano y sacó un cómic.



Sin decir nada, puso los ojos en blanco y las piernas le temblaron. Valentina se asustó, así que se acercó para sostenerlo.

—¡Bu! —gritó él bromeando, cuando la tenía a menos de un palmo.

Por instinto, ella le dio un par de golpes en el pecho.

—¡Eh, no me pegues! —Hizo una pausa—. Aún no nos conocemos tanto.

—Pues no me gastes estas bromas —dijo ella, acabando de quitarse el susto de encima—. No me gustan.

—Lo siento, no lo haré más. A menos que encontremos algo por lo que valga la pena desmayarse. —Hizo una nueva pausa—. Algo así como tu sonrisa.

Ahora fue ella la que se sonrojó. Se la había devuelto bien. Además, no fue un piropo forzado; al contrario, Hugo lo había metido en la conversación como si nada. Tras el comentario, se quedó quieta un instante, dejándose llevar de nuevo por sus pensamientos... Y por las ideas malignas de Victoria y Laura. No, no y no. Aquello había sido sólo un fallo.

—¿Trabajamos? —propuso Hugo, al ver que su comentario había dejado a su compañera fuera de juego.

Ella asintió con la cabeza y cogió la caja que estaba abierta, la depositó en la mesa y se apartó para que Hugo pudiera ver su contenido. Él se acercó y empezó a sacar cómics. Uno tras otro, los iba amontonando a ambos lados de la caja. Sacó como un centenar. Cuando terminó, quitó la caja de encima de la mesa y miró a Valentina, que no se había perdido detalle de lo que hacía.

—Bien —dijo él—. Sólo con lo que hay en esta caja se puede ver que la colección es bastante variada. Hay desde superhéroes americanos, pasando por el cómic franco-belga y, sorprendentemente, bastante cómic independiente.

—¿Y eso es importante? —preguntó Valentina.

—En principio, sí. De esa forma tienes mucho más mercado. La gente que compra antigüedades de Marvel o DC no son los mismos que persiguen números antiguos de la revista Spirou o Pilote.

—Perdona —dijo ella un poco perdida—. ¿Marvel? ¿DC? ¿Spi... qué?

Hugo sonrió. Bueno, en realidad se le escapó una carcajada ante la ignorancia patente de su nueva amiga.

—¿Tanto libro viejo y no conoces nada de la cultura popular? —preguntó.

Ella negó con la cabeza. Era la primera vez en muchos años que descubría que no sabía de algo.

—No pasa nada —dijo Hugo sin dejar de sonreír—. Con la que se nos viene encima, acabarás siendo una experta.

Ella rio.

—A lo que íbamos. Con esta variedad, lo mejor que podemos hacer es intentar

clasificarlos caja por caja y ver lo que hay, antes de intentar valorarlos.

—De acuerdo —dijo Valentina—. ¿Cómo lo hacemos?

Hugo contempló los cómics amontonados encima de la mesa, pensando cómo podía organizarlos.

—Acércate. Mira —dijo, cogiendo un cómic—. Éste es DareDevil, un superhéroe de Marvel.

—Ya —dijo ella no muy convencida.

—Una vez reconoces a los personajes, tienes que buscar el logo de la editorial.

—Señaló la «M» con la palabra Marvel escrita debajo.

Sin decir nada más, empezó a ordenar los cómics que había sacado de la primera caja. Iba haciendo montoncitos y cada vez que cogía algo que le parecía interesante, se volvía hacia Valentina y le explicaba a grandes rasgos quién o qué era aquel cómic, le hablaba de su autor y le decía a qué estilo pertenecía e incluso el año de creación.

La pasión que sentía por los cómics era palpable. Los trataba con cuidado, no porque no fueran suyos, sino porque se notaba que era lo que hacía habitualmente. Además, no podía evitar hojearlos y en diversas ocasiones exclamaba:

—¡Toma ya! Un *Amazing Spiderman*.

O:

—Nunca había tenido uno de estos en las manos. Siempre los había visto en escaneados digitales.

Y otras cosas por el estilo.

Sin sospecharlo, Valentina se vio reflejada en él. Ella hacía exactamente lo mismo cuando paseaba por los puestos de libros de viejo de la orilla del Sena, o en las librerías de Portobello Road, o en cualquier tienda donde vendieran libros antiguos.

Cuando Hugo los hubo clasificado todos, y pareció que se sentía cómodo con el orden que había escogido, se volvió hacia Valentina.

—Bueno —dijo—. Una caja menos.

Ambos rieron.

—¿Te atreves tú sola? —preguntó luego educadamente.

—No sé si... —dudó ella.

—Sí, mujer —exclamó él y, dirigiéndose al montón de cajas, cogió una al azar—. Lo mejor que podemos hacer es que tú te enfrentes a esta caja, la abras y veas lo que hay dentro. Al fin y al cabo son tuyos.

Soltó una carcajada al dejarla justo delante de Valentina.

—Pero si no tengo ni idea —protestó ella.

—Nadie nace aprendido —replicó él, guiñándole un ojo—. A por ellos.

Valentina abrió la caja, cogió el primer cómic y lo miró detenidamente. Luego

observó los montoncitos que Hugo había hecho.

—Batman. DC —susurró él, como chivándole la respuesta de un examen—. Va ahí —remató, señalándole un montoncito.

Ella lo puso donde le había dicho y miró de nuevo el interior de la caja. Como no tenía la más remota idea, probaba a averiguar a qué montoncito pertenecía el que tenía en la mano, y él le acababa señalando dónde tocaba.

Y así, con un cómic tras otro, el tiempo fue pasando. Mientras Hugo había tardado apenas media hora en ordenar los cómics de la primera caja, Valentina invirtió cerca de un par de horas en la segunda. Al terminar estaba completamente agotada. Hacía años que su cerebro no tenía que hacer un esfuerzo tan grande.

—Ya irás mejorando —la animó Hugo al verla—. Si yo tuviera que ordenar lo que tienes ahí fuera, tardaría siglos sólo para clasificarlos por el color de las tapas.

El comentario había sido realmente ingenioso y había animado de nuevo a Valentina. Hugo miró su reloj, un objeto que había intrigado a Valentina, porque no parecía un reloj cualquiera.

—Son casi las... —empezó a decir él, pero se calló cuando ella, llevada por su instinto curioso, le cogió la muñeca y miró el reloj de cerca.

—¡Qué gracioso! —exclamó Valentina—. Es Goofy y sus brazos son las manecillas.

—Veo que el tema Disney sí lo controlas —comentó Hugo.

—Sí, tengo montones de películas de dibujos en... —Se calló de repente.

Aunque no pretendía impresionar a Hugo, tampoco quería parecerle una chica de las que ven películas para niños. Pero antes de que pudiera decir nada para cambiar de tema, él dijo:

—No te avergüences, estás hablando con un chico que colecciona cómics, figuritas de héroes de acción y que se pasa los domingos jugando a los videojuegos. Para mí, conocer a una chica que mira películas Disney no es nada malo. Al contrario, me gusta.

Ella sonrió, pero a la vez se dio cuenta de que Hugo había dicho: «Me gusta». No podía ser cierto. Ahora cómo saldría de aquello. ¿Era posible que Hugo le encontrara algún defecto? Al parecer no.

Valentina quiso volver a la conversación de los cómics, pero no sabía cómo. Levantándose de golpe, quitó la caja vacía de encima de la mesa y cogió otra, pero los nervios le jugaron una mala pasada y la caja se le escapó de las manos. Por suerte, Hugo pudo atraparla al vuelo, a la vez que le cogía las manos.

—Cuidado —dijo él.

Ese había sido un momento muy cursi, pero el contacto de las manos de Hugo en las suyas la había tranquilizado y devuelto a la realidad.

—Ésta la clasificaremos juntos —propuso él, mientras dejaba la caja encima de la mesa.

—De acuerdo.

Y se pusieron manos a la obra.

Cuando quisieron darse cuenta, ya era la hora de comer.

—Madre mía —exclamó Valentina—. Ya pasan de las dos.

—¿Vamos a comer algo? —preguntó Hugo.

—¿Juntos?

—No, tú en una mesa y yo en otra —respondió él en tono sarcástico.

Valentina cayó en la cuenta de la pregunta tan idiota que había hecho. Además, no tenía de qué asustarse. Eran, por decirlo de algún modo, compañeros de trabajo. No podía pasar nada, ¿no?

Cogieron sus cosas y salieron del taller hablando animadamente de lo que podría haber en las cajas que quedaban, qué valor tendrían o quién debía de haber sido su antiguo propietario. Salieron y cerraron la puerta. Cuando dejaron atrás *El estante*, Valentina sólo podía pensar una cosa: ya no habría más domingos solitarios.

## Capítulo 10

### Hugo

Cuando Hugo salió de su habitación, se encontró a Arturo tumbado boca arriba en el sofá, durmiendo de cualquier manera y roncando con fuerza. Se sirvió sus cereales con leche matutinos, toda una tradición desde hacía años, y, entre cucharada y cucharada, cogió un vaso, lo llenó con agua del grifo y se dirigió al sofá. Y con todo el placer del mundo, vació el contenido en la cara de Arturo.

—¡AAAHHH! —gritó éste, a la vez que se levantaba, cogiéndose la cabeza con las manos.

—No grites —dijo Hugo—, ¿no ves que tienes resaca?

—Ya. Por eso me has empapado, ¿no?

—Eso ayuda —se rio Hugo, mientras volvía a sus cereales.

Contemplar a Arturo resacoso era una de las cosas más divertidas de los domingos por la mañana. Según él, ése era el precio que tenía que pagar para ligar con decenas de chicas, pero ninguna de esas chicas lo acompañaba en el sofá.

—¿Qué coño haces tan temprano? —le preguntó a Hugo con los ojos entrecerrados, intentando mirar su reloj de pulsera.

—¿No te acuerdas? —replicó éste, sin esperar respuesta—. Voy a trabajar con Valentina.

—¿Cuántas semanas hace que sales con ella?

—Éste es el quinto domingo y no salgo con ella.

—Ya, por eso llevas la cuenta de los días que la ves —dijo Arturo, lo más sarcástico que pudo.

Hugo terminó de desayunar y metió el bol de cereales en el lavavajillas, pero cuando se dirigía al baño, antes de que Arturo lo ocupara durante horas para quitarse la resaca a base de duchas, su amigo lo detuvo con una pregunta.

—¿Por qué no la invitas a salir?

Hugo se quedó descolocado.

—Hace semanas que la ves cada domingo para trabajar. Pasáis toda la mañana juntos, vais a comer y otras cosas que no me cuentas...

—No hay otras cosas —aclaró Hugo, nervioso.

Claro que había «otras cosas». No se podía estar todo el día con una chica tan guapa y simpática como Valentina sin pensar en esas otras cosas, pero no se lo iba a explicar a Arturo.

—Bueno, da igual. Invítala a cenar y así os veis fuera de lo habitual. Y podrás ver

si ella siente algo por ti o simplemente te aguanta para que la ayudes con los cómics.

—No sé —dijo Hugo—, no creo que sea apropiado. Trabajamos juntos.

—Claro —respondió Arturo—. ¡Gallina, gallina, galli...!

Pero la resaca lo venció de nuevo y tuvo que dejar de mofarse.

—Anda, sigue durmiendo —dijo Hugo, retomando su camino al baño.

—Hazme caso —le dijo Arturo, mientras volvía a tumbarse en el sofá—. Invítala a salir. No tienes nada que perder.

Cuando salió del baño, Hugo oyó los ronquidos de Arturo, que ya se había dormido de nuevo. Fue a su habitación, se puso una de sus camisetas, procurando que no fuera ninguna de las que Valentina ya había visto, y salió del piso haciendo el mínimo ruido posible para que Arturo pudiera seguir durmiendo.

El aire fresco de la calle ya se notaba completamente otoñal —ese aire frío que te cala hasta los huesos, y más si vives cerca del mar—. A Hugo le encantaba su piso. No tenía vistas al mar, pero siempre podía subir a la azotea y verlo desde allí. En todo caso, podía llegarse en cinco minutos a la playa o al rompeolas, algo que no hacía desde hacía tiempo. Desde que trabajaba con Valentina no había vuelto a matar las horas en uno de sus lugares favoritos de Barcelona.

Era consciente de que no salía con Valentina, pero el hecho de verla y estar junto a ella era como un tónico revitalizante que lo ayudaba a pasar una semana más. Tal vez Arturo tuviera razón. Podía invitarla a cenar. Ya se lo pensaría.

Como cada día, cogió el metro en la Vila Olímpica y se bajó dos paradas después, en Urquinaona. Disfrutando de la ciudad solitaria de primera hora de la mañana de un domingo del mes de octubre, paseó hasta la tienda de Valentina. A cada paso que daba, su corazón se aceleraba un poquito más. Durante la semana, trabajaban muy cerca el uno del otro, pero Hugo no veía normal hacerle una visita. Tenía miedo de que Valentina se asustara o lo encontrara pesado, así que esperaba a los domingos para verla.

Entró en la calle Canuda en dirección a *El estante* y, cuando ya tenía la tienda a la vista, observó que Valentina batallaba para abrir la persiana, sobre todo porque sostenía dos vasos de café para llevar y el bolso se le resbalaba. Hugo aceleró el paso.

—¿Te puedo ayudar? —preguntó educadamente, mirándola con sorna.

—¡Ay! —gritó ella, mientras se le caía el bolso, soltaba la persiana y, por pura casualidad, conseguía sujetar los vasos—. Te dije que no me asustaras así.

—Vale —rio él—. Entonces me espero aquí quieto a que abras.

—Ayúdame, anda.

Hugo le cogió los cafés y ella consiguió abrir la persiana y la puerta.

—Cualquiera diría que lo haces cada mañana —se mofó él.

—Muy gracioso. Pasa adentro, que hace frío.

Desde el interior, Valentina bajó un poco la persiana y cerró la puerta. Se quitó el bolso y la chaqueta y los dejó encima del mostrador, como siempre hacía, pero luego, en lugar de cogerle a Hugo uno de los cafés, se apoyó en el mostrador y se estiró para atrapar algo que había debajo.

—Tengo una cosita para ti —dijo.

Por un segundo, Hugo soñó que era ella, pero se quitó la imagen de la mente enseguida. Valentina se incorporó de nuevo con un paquete en la mano.

—Toma —dijo, mientras le cogía uno de los vasos.

—¿Qué es? —preguntó él sorprendido.

—Tú ábrelo y lo verás —respondió ella.

Hugo le dio el otro vaso y, sin quitarse la chaqueta, abrió el paquete. Una vez quitó el papel vio algo que no esperaba.

—Pero si es el *Journey Into Mystery* número ochenta y tres...

—La primera aparición de Thor —lo interrumpió ella—. Como hace semanas que hablas del estreno de Thor, pensé que te gustaría tenerlo.

—No... No —dijo él tartamudeando—. No puedo aceptarlo. ¿No sabes lo que vale?

—Unos dos mil quinientos euros. Lo sé.

—Es demasiado valioso, no puedo.

—Claro que puedes. Con lo que me estás ayudando, te mereces algo a cambio.

—Pero podrías regalarme algo que no tuviera valor; éste es de los más caros que tienes. Y lo sabes.

En esas semanas, Valentina se había convertido en toda una experta en cómics y Hugo sólo quedaba con ella para ayudarla con la cantidad ingente de cómics que tenía, no porque sola no pudiera hacerlo.

—Hugo —dijo, cogiéndole las manos—, acéptalo. Tengo muchos más. No me vendrá de un par de miles. Es un regalo sincero.

—Lo siento, es demasiado. Además, el regalo ya lo he tenido compartiendo estos domingos contigo.

Ella sonrió, dejó los vasos de café en el mostrador y le cogió el cómic.

—Vale —dijo él tranquilizándose, pero la calma le duró poco.

Valentina sacó el cómic de su bolsa protectora y le arrancó la cubierta.

—Toma —dijo, dándole el cuadernillo de las páginas—, ahora ya no tiene valor.

—Pero ¿qué has hecho? —exclamó él, alarmado, contemplando el cómic sin tapas que le ofrecía Valentina.

—Le he quitado todo el valor. Así en realidad te regalo basura.

Hugo sonrió. El gesto de Valentina lo había dejado descolocado, pero le había dado un baño de realidad.

—Yo me quedo con la cubierta a modo de recibo —dijo ella, doblando y metiéndose el pedazo de papel estampado en el bolsillo.

Por unos instantes, Hugo se quedó quieto ante el mostrador, con la chaqueta puesta y el interior del cómic en las manos, mientras Valentina abría la puerta del taller.

—Gra... Gracias —dijo, asimilando por fin que el valor de aquel cómic no era el monetario, sino el sentimental.

Era el primer regalo que recibía de una chica.

—Venga —exclamó ella—, vamos a trabajar, que Victoria me tiene loca con cómo tenemos el taller. Apenas puede hacer nada aquí —dijo riendo.

Hugo se aclaró las ideas y dejó el cómic sobre el mostrador, con la chaqueta encima, y fue tras Valentina. Quería aprovechar cada segundo que estuviera con ella.

Cuando entró en el taller vio que ya se disponía a abrir otra caja y vaciarla. ¿Debía proponerle salir en ese momento o mejor lo dejaba para otro día? Pero entonces se fijó en que había muchas menos cajas por abrir.

—¿Has avanzado tú sola la tarea? —preguntó, nervioso al ver que el pretexto para verla estaba llegando a su fin.

—No, bueno, un poco —le respondió ella—, pero igualmente quiero que lo repases antes de seguir. No quisiera equivocarme.

Hugo respiró hondo. Les quedaban como mínimo un par de semanas más de trabajo, así que aún tenía tiempo para atreverse a invitarla a salir. De momento iba a trabajar y a disfrutar de su compañía.

—Pues vamos a ver qué has hecho —dijo finalmente, acercándose a los montones de cómics apilados en la mesa del taller.

Verdaderamente, Valentina había aprendido muy rápido. Todo estaba bien clasificado y etiquetado. Lo único que faltaba era valorar los ejemplares antes de ponerlos a la venta.

Hugo sentía una sincera curiosidad por saber quién habría sido el propietario de aquellos cómics. Tenía auténticas joyas. Durante los días en que habían abierto una caja tras otra, Valentina y él habían encontrado el primer número de Superman y Batman, gran parte de la serie original de *Amazing Spiderman*, dos ejemplares de cada Tintín editado en castellano por Casterman en los años cincuenta, y la colección completa de Gaston Lagaffe, incluido el número cero, que era casi imposible de encontrar. Todo ello tenía un valor que superaba con creces el que había pagado Valentina por todas las cajas. Y al margen de que le hubiera regalado el primer número de Thor, Hugo soñaba con hacerse con algunos de aquellos raros ejemplares



para su colección privada.

Allí había cómics por valor de más de un par de millones de euros, algo casi inimaginable para él.

Estuvieron trabajando sin cesar durante toda la mañana y, como cada domingo, la hora de comer se les pasó y salieron corriendo a picar cualquier cosa ya después de las tres de la tarde.

Comieron en un McDonald's cercano; sabían que no era la mejor comida del mundo, pero los dos se volvían locos por las hamburguesas a un euro. Luego regresaron a la tienda y dejaron sus cosas en el mostrador y se sentaron un rato en el taller. Al hacerlo, Hugo no pudo evitar fijarse de nuevo en el cómic despedazado de Thor.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó intrigado.

—¿Lo del cómic? —dijo ella sonriendo—. Tengo tantos que me da igual, y prefería agradecerte tu ayuda obligándote a aceptar el cómic que vendérselo a cualquier friki adicto a Thor.

—De nuevo gracias —contestó él, sonriendo también.

Y de repente pensó que no tenía nada que perder proponiéndole salir.

—Valentina —dijo—, quiero preguntarte una cosa.

—Dime.

—Pero no sé cómo decírtelo —prosiguió él—. No tengo mucha práctica en hacer estas cosas.

—Bueno, si no lo intentas, nunca sabré qué me quieres preguntar.

Él sonrió nervioso.

—Bueno... Verás... Quería saber... —No dejaba de dudar.

—Vamos, Hugo, tú puedes —se mofó ella, mientras él perdía fuelle.

Se miraron durante unos segundos que parecieron días y Hugo se perdió en los grandes y hermosos ojos color miel de Valentina.

—¿Te apetecería salir a cenar conmigo algún día? —preguntó finalmente casi de corrido.

—Vale.

—Ya sé que seguramente dirás que no, pero quería intentarlo... —continuó él, obcecado.

—He dicho que vale —insistió ella.

—Además, trabajamos juntos. No sé si sería apropiado... —Hugo seguía a su bola.

—Hugo —lo llamó Valentina, pero al ver que no hacía caso, gritó—: ¡HUGO!

Él por fin la escuchó.

—Que te he dicho que sí.

—¿Ah, sí? —se sorprendió—. ¿En serio?

—Sí. —Valentina dudó, pero finalmente le preguntó—: ¿Por qué te sorprende que haya dicho que sí?

—Ninguna chica me había dicho antes que sí cuando las invitaba a cenar.

—¡Qué tierno! —dijo ella, sonriendo.

Para su sorpresa, Valentina no dijo nada más. Tan sólo se levantó y rodeó la mesa. A Hugo le empezaron a sudar las manos y el corazón se le puso a cien. Pero lo que hizo ella no lo calmó en absoluto.

Se acercó a él e hizo girar la silla en la que estaba sentado, le separó las piernas y se situó delante, de pie, a pocos milímetros de su cuerpo. Hugo la miraba desde abajo, mientras ella le devolvía la mirada con ternura. Y, sin pedir permiso, lo cogió por la nuca y le dio un beso en los labios que hizo que él sintiera el calor del cuerpo de Valentina a través de su boca.

—¿Qu—qué haces? —preguntó, separándose, agradecido y perplejo.

—Lo que los dos llevamos pensando hace semanas —sentenció ella sin soltarlo—. ¿No te ha gustado?

—Al contrario. Pero, ¿y si...?

Valentina no dejó que terminara la pregunta. Había vuelto a pegar sus labios a los suyos y buscaba con ansia lo que fuera que hubiera en su boca, mientras le rodeaba el cuello con los brazos. Hugo se entregó a ese apasionado abrazo.

—¿Crees que me preocupan los «y si»? —preguntó ella con una sonrisa pícaro.

Hugo negó con la cabeza. Llegados a ese punto, ya no le importaba absolutamente nada. Sólo Valentina.

—Si lo prefieres, podemos hacer como si esto no hubiera sucedido nunca —propuso ella.

Sin poder hilar más de dos pensamientos, Hugo asintió, esperando a que Valentina continuara, pero ella no añadió nada más. La mirada enamorada y a la vez lasciva de Hugo le había servido de respuesta, así que, sin más, volvió a juntarle las piernas y se sentó a horcajadas sobre él.

A esa distancia, Hugo pudo ver que la piel blanca de la chica se había tornado de un tono rosado intenso. Estaba más que acalorada, igual que él... ¡como para no estarlo!

Valentina empezó a rebuscar entre la camiseta y la camisa de Hugo y, sin que él supiera exactamente cómo, le quitó ambas prendas, dejándole el pecho al descubierto. Antes de que él pudiera reaccionar, ella también se quitó la ropa, dejando a la vista un sencillo sujetador negro que encerraba unos sugerentes pechos. Al verlos, Hugo no

pudo evitar sorprenderse, ya que a simple vista no parecía que estuviera tan bien dotada.

Llevado por un arrebato, no pudo seguir manteniéndose pasivo y pasó al ataque hundiendo la cara en aquel generoso escote, mientras Valentina le agarraba con fuerza el cabello, echándole la cabeza hacia atrás y, con una maliciosa mirada, le decía:

—No, no.

Lo dijo acercando mucho los labios, como si estuviera a punto de darle otro de sus besos. Hugo no pudo controlarse y, sintiendo cómo bajo sus pantalones había algo más que la cartera y las llaves, la cogió por las nalgas y la levantó, haciendo que soltara un grito de sorpresa.

Mientras ella le iba besando los labios, las mejillas, la mandíbula o el cuello, Hugo hizo espacio sobre la mesa de trabajo y la tumbó encima. Mientras Valentina se quitaba el sujetador apresuradamente, Hugo, igual que había hecho ella, le desabrochó los pantalones sin pedir permiso y se los sacó, llevándose por el camino la ropa interior.

La sonrisa que le regaló Valentina cuando él se hundió entre sus piernas, fue una imagen que se le quedaría grabada en la memoria, sobre todo porque sus generosos pechos se bamboleaban cada vez que ella se sacudía de placer.

Tras varios minutos en los que ninguno dijo nada, el uno porque estaba demasiado ocupado y la otra porque no le importaba, Valentina apartó a Hugo.

—Basta —dijo, sentándose desnuda al borde de la mesa del taller.

Mientras él no sabía qué hacer después de que lo hubiera parado en seco, las delicadas manos de ella le desabrocharon los pantalones y le bajaron la ropa interior.

—Ahora sigue —le ordenó, volviéndose a tumbar en la mesa.

Hugo se acercó a ella y, aprovechando todo lo que le había hecho hasta entonces, entró sin llamar a la puerta y empezó a moverse acompasadamente, siguiendo los dos el mismo ritmo, hasta que un pensamiento le cruzó la mente.

—¿Has cerrado la puerta como siempre? —preguntó sin detenerse.

—Sí, pero ¿crees que este es buen momento para darte cuenta?

—Yo lo decía por si Victoria venía y...

Valentina soltó una dulce carcajada en la que había entremezcladas un sinfín de sensaciones y contestó:

—A estas alturas ya poco me importa Victoria —mintió. No quería ni imaginarse lo que diría su amiga si los pillara así, pero en ese momento tenía otras cosas más importantes en la cabeza.

Dando el asunto por concluido, Hugo y Valentina siguieron moviéndose, fundiéndose el uno en el otro como hacía semanas que ambos estaban imaginando.

Sin embargo, una duda surgió en la cabeza de Hugo... ¿Aquello significaba algo c

era sólo una cosa del momento?

## Capítulo 11

### Valentina

Valentina no quiso hablar del tema con Victoria. Ésta sabía que ese viernes había quedado con Hugo, pero no le había querido dar más información. Cada vez que tenía una cita a la que Victoria no iba, su amiga acababa en su piso, preguntándole cómo debía vestirse, y eso era algo insoportable. Habitualmente, Victoria se vestía para provocar, pero Valentina no quería dejar a Hugo sin aliento; le gustaría hablar con él. Ya lo dejaría sin aliento en otro momento.

Aprovechando que no tenían clientes y que Valentina quería prepararse con tiempo antes de quedar con Hugo, cerraron *El estante* a mediodía. Y fue entonces cuando Valentina cometió un error garrafal.

—Bueno —dijo Victoria sonriente—, ya me contarás cómo ha ido la cita.

—Sí, claro.

Valentina estaba bajando la persiana y apenas le prestaba atención.

—¿Ya sabes lo que te vas a poner?

—No, aún tengo que pensarlo —respondió Valentina, y justo un instante después se percató de que había metido la pata hasta el fondo.

—¿A pocas horas de la cita y aún no sabes qué te vas a poner? —exclamó Victoria, escandalizada.

Valentina no sabía cómo había podido ser tan tonta. Tan sólo tenía que haber dicho un sí rotundo y firme, y a continuación mencionar cualquier conjunto provocativo que recordara tener. Pero en lugar de eso había dicho que no.

—¿Necesitas mi ayuda? —preguntó Victoria.

Valentina afirmó con la cabeza, consciente de que ya no había marcha atrás.

—En ese caso —prosiguió su amiga—, ve a comer y a las cuatro estaré en tu casa para echarle una mano.

En el lenguaje de Victoria, ese «echarle una mano» quería decir escoger ella lo que Valentina iba a ponerse.

Ésta volvió a asentir con la cabeza y se despidió de su amiga, que se fue a buscar el metro toda emocionada por la sesión de moda de la tarde.

Mientras comía, Valentina rezó para que Victoria tuviera un imprevisto que le impidiera ir a su casa. Cualquier cosa, desde que se hubiera roto una pierna a que se le hubiera quemado el piso. Enseguida pensó que eso mejor que no. Si no, la tendría que aguantar día y noche en su casa hasta que pudiera tener otra vivienda.

A cada minuto que pasaba veía más cerca las cuatro horas de insufrible pase de

modelos. Y si Victoria le dijera a veces que algo le sentaba bien aún lo podría soportar, pero sus críticas eran constantes.

Para calmar los nervios, Valentina cogió el libro que tenía a medias, una edición muy nueva de *Emma*, que leía por enésima vez, pero casi sin advertirlo el timbre del portal sonó. Se levantó con toda la pereza del mundo, rezando para que sólo fuera publicidad. Sin embargo, antes de que pudiera responder al interfono, el timbre sonó de nuevo.

—¿Quién es? —preguntó desganada.

—Nosotras. —La voz de una Victoria emocionada resonó por el telefonillo.

Sin decir nada más, Valentina le abrió la puerta y segundos más tarde su amiga ya estaba en el rellano.

—Hola, guapa.

—Hola, Victoria —respondió ella enfurruñada—. ¿Por qué has dicho «nosotras»? Antes de que Victoria respondiera, una voz salió del móvil de ésta.

—Hola, Valentina. —Era Laura—. A pesar de estar a miles de kilómetros, no quería perderme este momento —dijo entre risillas.

—Qué bien —contestó ella con falso entusiasmo.

No era la primera vez que Laura la aconsejaba por teléfono y su presencia a distancia significaba que Victoria demostraría todo su potencial para describir los vestidos que se pusiera Valentina, intentando que Laura comprendiera por qué no debía ponérselos.

Entraron en la casa y Valentina cerró la puerta. A continuación, se dirigieron a su dormitorio. Era el lugar de reunión perfecto. Grande, con vestidor y una cama en la que Victoria podía tumbarse mientras no dejaba de criticar a Valentina.

En cuanto entró en la habitación, Victoria se quitó los zapatos y la chaqueta y los tiró en un rincón del suelo, para después sentarse en la cama apoyando la espalda en el cabecero y dejando el móvil con Laura en la línea a su lado.

—¿Sabes adónde te va a llevar? —preguntó Victoria.

—No. Hemos quedado a las ocho en la entrada del metro de la plaza de Catalunya —respondió Valentina.

—Si no te ha dicho nada —prosiguió Victoria—, seguro que es una sorpresa.

—Un sitio elegante —puntualizó Laura.

—Un sitio donde pasar una agradable velada hablando de vosotros —prosiguió Victoria.

—Me parece a mí que no —respondió Valentina—. Lo conozco y no es de esa clase de chicos.

—¿Ah, no? ¿Y cuánto lo conoces? —preguntó Victoria con toda la mala intención.

Evitando mirar directamente a su amiga a los ojos, Valentina no pudo evitar

pensar «Más de lo crees», recordando lo que había sucedido hacía apenas unos días.

—¿Y qué clase de chico es? —preguntó Laura en tono sarcástico.

—No quiere impresionarme —respondió Valentina, agradeciendo el cambio de tema.

—Todos los chicos quieren impresionar en su primera cita —afirmó Victoria con decisión.

—Éste no —insistió Valentina—. Si apenas tuvo valor para preguntarme si quería salir con él, ¿cómo va a llevarme a un sitio de alto copete, donde tenga que fingir algo que no es?

—Eso da igual —dijo Victoria—. Sea donde sea, tú tienes que ir arreglada para hacer que se caiga de culo.

—Eso no me hace falta. —Valentina recordó a Hugo desmayándose cuando lo conoció.

—Vayas donde vayas, seguro que necesitas un vestido corto y un buen par de tacones.

—A menos que me lleve al cine, por ejemplo.

—No te va a llevar al cine. —Victoria ya estaba cansada de tanta conversación—. Hazme caso.

Valentina prefirió no decir que tenía cierta idea de adónde podía llevarla Hugo, y un vestido corto y unos tacones de aguja no eran lo más apropiado. Pero dejó que Victoria le dijera lo que debía ponerse, pensando que ella luego haría lo que quisiera.

—Un vestido corto es demasiado arriesgado —opinó Laura.

—Un vestido corto en una cita nunca es arriesgado. Así seguro que controlas la situación.

—A no ser que tenga que subir una escalera —comentó Valentina.

—Vale —dijo Victoria en tono condescendiente—. ¿Tú qué te pondrías?

Valentina se fue a su vestidor y, al cabo de unos minutos, apareció vestida como casi todos los días que había visto a Hugo.

—Vamos, no me jodas —dijo Victoria, que, cuando se trataba de moda, no controlaba su vocabulario—. ¿Vas a trabajar o qué?

—No, pero sé que él va a ir como cualquier día.

—Claro, y yo los domingos me levanto temprano para ver amanecer —dijo Victoria sarcásticamente.

Sin previo aviso, se levantó y metió a Valentina en el vestidor a empujones.

—¿Chicas? —llamó Laura; se habían dejado el teléfono en la cama.

—¡Ahora vamos! —gritó Victoria desde el vestidor—. La estoy arreglando como Dios manda.

Minutos después, Valentina salió de allí embutida en un vestido rojo chillón que

no recordaba que tuviera, y con unos zapatos de tacón de más de quince centímetros a conjunto, que su madre le había comprado en el último viaje que había hecho a Nueva York.

—¿Cómo quieres que vaya con esto? —preguntó, mientras se miraba en el enorme espejo que tenía en la pared de la habitación.

—¿Tan mal le queda? —preguntó Laura.

—¿Recuerdas a Amanda en la fiesta de fin de curso? —dijo Valentina.

—Sí —respondió Laura.

—Pues igual, pero sin serlo realmente.

—¡Quítate eso inmediatamente! —chilló Laura.

Valentina regresó al vestidor, mientras Victoria hablaba con Laura.

—Bueno, ahora como mínimo ya sabemos qué no debe ponerse.

—Ya sabes que los extremos nunca han sido buenos —opinó Laura.

Valentina regresó con unas manoletinias, unos pantalones ajustados que dejaban ver todas sus formas y una camiseta blanca.

—¿Vas de básicos Zara? —preguntó Victoria entre carcajadas.

—¿Qué lleva? —Laura estaba completamente perdida.

—Laura, cariño —dijo Victoria—, ya que tienes un móvil de última generación, ¿qué te parecería instalarte Skype o algo por el estilo? Así no haría falta que yo te lo explicara.

—Si apenas sé cómo funciona este cacharro —protestó Laura a miles de kilómetros.

—Unas manoletinias, unos vaqueros ajustados y una camiseta blanca básica.

—Pero, ¿en qué estás pensando? —le regañó Laura—. Debes llevar falda.

—Y manoletinias ni se te ocurra.

—Vale, vale —respondió Valentina, regresando al vestidor.

No era la primera vez que vivía una situación como aquélla, pero en esta ocasión estaba rozando el absurdo. Por primera vez en mucho tiempo, Valentina había quedado con un chico que no era un cerebro de mosquito que le hubiera proporcionado Victoria, sino alguien que ella había encontrado por su cuenta, al que no había conocido en una fiesta ni en nada por el estilo, y, lo más importante, ya sabía muy bien cómo era antes de la primera cita.

Como le había demostrado en numerosas ocasiones, Hugo no era el típico chico que lleva a su pareja a cenar y después a tomar unas copas. Seguramente había planeado algo especial, pero cada vez que ella les insinuaba eso a sus amigas, las dos le advertían de que el término «especial» siempre significaba muy elegante. Algo sobre lo que Victoria no admitía réplica.

Tras algunas pruebas más, y harta de que su amiga la criticara, Valentina regresó a



su habitación con la ropa que llevaba habitualmente por casa.

—Eso seguro que no —bromeó Victoria.

—Chicas —dijo Valentina—, en serio. Os agradezco todo esto, pero realmente me estáis atosigando. Hugo es un chico normal y seguro que no hará nada para impresionarme. Simplemente será él mismo.

—Un friki que no sabe ni cómo pedirle salir a una chica —replicó Victoria.

—¿En serio no sabía qué decirte? —preguntó Laura.

—Sí —respondió Valentina rápidamente, mientras recordaba cómo ella sí había sabido qué decirle... o hacerle.

—Qué mono —dijo Laura.

—Bueno, vale —intervino Victoria—. Supongamos que tu chico «normal-que-no-quiere-impresionarte» hace lo que tú crees que hará. En ese caso no tienes problemas para ir vestida como siempre.

—Exacto.

—Pero —siguió Victoria—, ¿y si por una de esas casualidades del destino quiere impresionarte y, demostrándote que es algo más que un friki y que puede ser todo un caballero, te lleva a un lugar elegante y tú te presentas hecha una piltrafa?

Por primera vez esa tarde, Valentina no pudo dejar de darle la razón. Ella no tenía demasiadas dudas de adónde la iba a llevar Hugo, e incluso le apetecía, pero podía ser que Victoria tuviera razón. Mejor intentar buscar un término medio entre lo normal que quería ella y lo despampanante que le recomendaban sus amigas.

—Vale —aceptó finalmente—, vamos al vestidor e intentemos llegar a un acuerdo. Prefiero no fastidiarla en la primera cita.

—¿Ah, no? —preguntó Victoria—. Así que realmente ese chico te gusta y no le estás haciendo un favor.

—Sí... Bueno, no... Bueno, todavía no lo sé —contestó ella, dudando—. Dejarme que tenga una cita con él fuera del trabajo y ya veré.

—¡Uy, uy, uy, que Valentina se nos está enamorando! —exclamó Victoria para provocarla.

Laura rio por el teléfono.

—Te digo que no lo sé —dijo Valentina muy seria—. De momento vamos a ver qué me pongo.

No quería entrar en detalles sobre ese tema, porque sabía perfectamente que su astuta amiga Victoria acabaría por sonsacarle lo que ella intentaba mantener, no en secreto, pero sí en la intimidad.

Finalmente, tras muchas negociaciones, acordaron un conjunto arreglado pero

deportivo, que tanto si el lugar de la cita era elegante como si no, no desentonaría. Valentina había conseguido llevar los vaqueros ajustados que quería y una camiseta blanca, pero sus amigas la habían forzado a añadir unos tacones de infarto —el que te daba si tropezabas y veías la caída que te esperaba—, y una americana azul marino, que, a pesar de ser de estilo deportivo, aportaba cierto toque elegante al conjunto.

Cuando faltaba apenas una hora para su cita con Hugo, Valentina fue a ducharse. Al salir del cuarto de baño, Victoria la esperaba con tal cantidad de maquillaje que parecía que quisiera pintar una pared.

—Venga, ven aquí, que te maquillo.

—Eso ni por asomo —dijo Valentina—. Una cosa es la ropa y otra el maquillaje, que hay días que tú te pasas mucho.

—Nunca he oído quejas en ese sentido —contestó Victoria en tono altivo.

—Eso porque no me preguntas a mí —dijo Valentina, mientras se oían las risas de Laura al otro lado del teléfono—. Además, todos estos domingos he podido comprobar que Hugo se queda embobado conmigo tanto si llevo maquillaje como si no, así que no me hace falta.

Victoria siguió insistiendo un rato, hasta que Valentina le dijo que no muy en serio, accediendo solamente a ponerse algo de rímel en las pestañas y a pintarse un poco los labios. Nada más. Y con el conjunto escogido, salió de su apartamento acompañada por sus amigas, una en persona y la otra al teléfono, que no se separaron de ella hasta que llegaron a la Gran Vía.

—Que tengas suerte y, sobre todo, haz que se desmaye de nuevo —dijo Victoria, como si en vez de a una cita fuera a una batalla.

—Pásalo bien —dijo Laura por teléfono.

—Mañana ya os diré cómo ha ido —respondió Valentina, cruzando la calle y despidiéndose con la mano.

Sabía caminar con tacones, pero no le gustaba; no sabía cómo se había podido dejar convencer por Victoria para acabar con esas pintas. Si ella estaba en lo cierto, Hugo no la llevaría a un sitio elegante, sino que haría algo diferente, algo que una chica cualquiera no aceptaría pero que ella esperaba desde que le había propuesto salir a cenar.

Bajó el tramo final de la Rambla de Catalunya mucho más lentamente de lo habitual. Había quedado en la entrada del metro de la plaza de Catalunya, donde se daba cita todo el mundo a todas horas. Así que Valentina ya estaba mentalizándose para buscar a un chico de pelo oscuro, con gafas, cazadora y camisa de cuadros entre la gente. Cuando de repente alguien se acercó a ella.

—Hola.

—¿Quién...? —se sorprendió Valentina—. ¡Hugo! ¿Qué haces aquí?

—He llegado a la boca del metro y he visto tanta gente que he subido por la Rambla de Catalunya —dijo él en tono modesto—. Como siempre dices que bajas por la Rambla de Catalunya llueva, truene o haga sol...

Valentina no sabía qué decir. Hugo le había ahorrado el calvario de meterse en la aglomeración de gente y, sin proponérselo, había sido todo un caballero.

—Por cierto —añadió él—, veo que has crecido.

Valentina sonrió por el comentario relacionado con sus tacones, pero antes de que pudiera decir nada él siguió hablando:

—Toma —dijo, dándole una bolsa de plástico con el logo de la tienda de cómics en la que trabajaba—. La necesitarás.

Ella cogió la bolsa y miró dentro. Había una camiseta con el enorme martillo de Thor estampado.

—¿Me la tengo que poner? —preguntó Valentina—. Con los tacones no queda muy bien.

—Sigue mirando —dijo Hugo, con aquella sonrisa suya.

En el fondo de la bolsa había un paquete envuelto con papel de regalo de la misma tienda. Valentina lo cogió y lo abrió. Eran unas zapatillas de color morado de la marca *Converse*, y un par de calcetines a rayas.

—He supuesto que las necesitarías —añadió Hugo, mirándole los pies.

—Muchas gracias. Bajando hacia aquí pensaba cómo podría soportar una noche con esto.

Se apartó para sentarse en un banco y cambiarse el calzado.

—Espero que sean de tu número —comentó él un poco temeroso, sosteniéndole el bolso.

Valentina acabó de atarse los cordones, se levantó y le acarició la mejilla.

—Claro que sí —dijo—. Pero, ¿cómo...?

—¿Se me ha ocurrido comprártelas? —acabó la frase Hugo—. ¡Uy, si yo te contara! Desde que dije que tenía una cita, Arturo ha insistido tanto en que vendrías con tacones —porque, según él, todas las chicas van con tacones— que he preferido no jugármela y me he avanzado a... tus tacones —añadió con una sonrisa.

Valentina se la devolvió.

—¿Y la camiseta? —preguntó, todavía sorprendida por los inesperados obsequios.

—Ya te he dicho que la necesitarás.

—¿Adónde me llevas? —preguntó ella.

—Primero a cenar y luego al estreno de *Thor: El mundo oscuro*. Tengo pases

para el estreno —explicó todo emocionado, mostrándole dos entradas.

## Capítulo 12

### Hugo

Esa noche, después de despedirse de Valentina, Hugo se fue a su casa. Estaba tranquilo y relajado, se sentía satisfecho. La cita, en su opinión, había sido un éxito. Después de cenar en un restaurante tranquilo, que no era nada del otro mundo pero en el que se servía una comida que quitaba el hipo, habían ido al cine y él tuvo la agradable certeza de que Valentina se lo había pasado genial. Al salir de la sala, estaba emocionada como si hubiera descubierto un mundo nuevo.

—¿Y hay más películas de Thor? —preguntó entusiasmada.

—Sí —dijo Hugo, contento—. De Thor, de Iron Man, del Capitán América, de Hulk y de Los Vengadores.

—Las tienes, ¿verdad?

—¿Por? ¿Quieres verlas?

—Hombre, pues sí.

Dicho eso, se cogió de su brazo y él le empezó a dar detalles de las películas, pero sin explicarle el final. En lugar de volver al centro en metro, como hacía buen tiempo, habían bajado a pie hasta casa de ella. Al llegar al portal, Valentina se detuvo.

—¿Quieres subir? —preguntó.

Hugo dudó. Era tarde y no quería parecer pesado, así que:

—No lo sé... —dijo—, creo que es demasiado tarde y...

Al oír su respuesta, Valentina se acercó a él y le dio uno de aquellos besos que, al cabo de horas, todavía sentía en los labios, como si fueran de hierro candente.

Sin esperar a que corrigiera su respuesta, Valentina abrió el portal y, cogiéndolo de la mano, tiró de él hacia dentro.

A pesar de que le gustaba subir por la escalera, esa vez pulsó el botón para llamar el ascensor y, mientras bajaba, se abalanzó sobre Hugo, que la recibió con los brazos abiertos. Empezó a besarle el cuello, mientras él la cogía con fuerza por la espalda, bajando suavemente las manos hasta sus nalgas, que agarró con fuerza.

Cuando la campanilla del ascensor los avisó de que había llegado a la planta baja, ninguno de los dos le prestó atención; estaban abrazados, intentando acariciarse entre una maraña de incómoda ropa.

—¡El ascensor! —exclamó Valentina—. Vamos a mi casa...

Metió a Hugo dentro y, de un empujón, lo estampó contra la pared del fondo de tal forma que el aparato se tambaleó, pero a ninguno de los dos le importaba. Estaban

ocupados en asuntos más importantes. Las ardientes manos de Hugo ya habían encontrado la forma de meterse bajo la ropa de Valentina y le acariciaban la piel de los muslos con fiereza.

Por su parte, ella luchaba para encontrar la forma de acariciar otras partes más sensibles de Hugo, mientras él se dejaba hacer y la besaba apasionadamente.

Una fuerte sacudida que casi les hizo perder el equilibrio los avisó de que habían llegado. Sin soltarse, recorrieron los pocos metros hasta la puerta de Valentina y, mientras ésta buscaba nerviosa las llaves en su bolso, él no dudó en abrazarla por detrás, cogiéndole con fuerza los pechos, a la vez que pegaba contra sus nalgas lo que ella tan ansiosamente había buscado en el ascensor.

En cuanto cerró la puerta tras ellos, Valentina empezó a quitarle la ropa y, en apenas unos segundos, el cuerpo desnudo de Hugo se veía iluminado por la claridad que entraba por las ventanas, mientras ella lo observaba, vestida de pies a cabeza.

No pudo evitar empezar a besarlo más allá del cuello y, finalmente, se arrodilló frente a él para buscar lo que se le había resistido en el ascensor.

Él se dejaba querer —quién no lo habría hecho—, pero enseguida sintió la necesidad de ocupar sus manos con algo, así que la cogió por los brazos, la levantó y empezó a desnudarla prenda a prenda, mientras Valentina intentaba seguir con lo que estaba haciendo.

Sin saber cómo, se vio llevando sólo las zapatillas que le había regalado él, arrodillada en mitad del suelo de su comedor, cogiendo a Hugo por los muslos y dejándose llevar, mientras él le agarraba la rubia melena con fuerza.

Cuando se sintió satisfecho, Hugo la levantó de golpe y la apoyó de frente contra el respaldo del sofá, acercándose a ella por detrás. Al cabo de unos segundos, Valentina sintió complacida cómo sus cuerpos se unían milímetro a milímetro, cómo encajaban a la perfección, una vez tras otra, siguiendo un ritmo propio.

A pesar del ímpetu de sus movimientos, las manos de él eran tiernas con todas las partes de su cuerpo, acariciando cada centímetro como si fuera la última vez.

Poco a poco, Valentina fue controlando la situación, ralentizando los movimientos de Hugo hasta que éste paró.

—¿Te hago daño? —preguntó preocupado.

Aunque ella negó con la cabeza, lo apartó y se encaró a él con una mirada lasciva.

—No, pero en mi habitación estaremos más cómodos —dijo, cogiéndolo de la mano y llevándoselo hacia su cuarto, donde volvieron a abrazarse de todas las formas imaginables y posibles.

Tras un buen rato, ambos se sintieron más que satisfechos y, sin soltarse, se tumbaron en la cama y se regalaron largos besos.

—Tengo que irme. Mañana trabajo —dijo Hugo entristecido.

—Sabes que puedes quedarte a dormir, ¿verdad?

—Sí, pero no quiero ni imaginarme lo pesados que se pondrían Arturo y Diego si esta noche no aparezco por casa —explicó con una expresión de hastío.

Valentina sonrió.

—Además, no quiero tener que contarles con detalle lo que acaba de suceder —añadió él, antes de empezar a disculparse de mil maneras.

—Tranquilo, te entiendo. Tengo dos amigas que son iguales —contestó Valentina.

Con pesar, Hugo se separó de ella y empezó a vestirse mientras Valentina se arrebujaba entre las sábanas de su cama.

Cuando él estuvo vestido, fue a despedirse de ella en la cama, pero Valentina se abalanzó sobre él desnuda y dejó que las manos de Hugo disfrutaran una vez más de su piel. Antes de despedirse de él, le dio un profundo y apasionado beso.

Al salir a la calle, Hugo estaba tranquilo y relajado. Valentina era como un bálsamo. Aunque tenía ganas de caminar para asimilar todo lo que acaba de suceder, era demasiado tarde para cruzar media Barcelona a pie. Así que cogió el metro en la plaza Urquinaona y en unos pocos minutos se plantó frente a su portería.

Sabía que Diego lo estaría esperando, pues tenían prevista una sesión de Star Wars para el día siguiente: doce horas de ciencia ficción. Lo que no sabía era si encontraría a Arturo. Normalmente, éste salía todas las noches, aunque estaba tan emocionado por la cita de Hugo que bien podía haberse quedado en casa a esperarlo.

Como siempre, Hugo sacó las llaves mucho antes de llegar a su portería. No tenía prisa. Estaba disfrutando de ese momento mágico que había vivido. Seguramente había tenido la cita perfecta. Además, sabía que el domingo siguiente volvería a ver a Valentina en el trabajo, de modo que podría intentar tener otra cita y algo más.

—Pasito a pasito —se dijo a sí mismo.

No quería lanzar las campanas al vuelo, pero tenía unas ganas irrefrenables de hacerlo.

Al llegar a su casa, vio que como mínimo Diego estaba allí, ya que lo saludó desde el balcón antes de desaparecer en el interior del apartamento. Abrió el portal y, cuando iba a coger el ascensor, optó por subir por la escalera; tenía energía suficiente para hacerlo a pie. Peldaño tras peldaño llegó hasta el tercero, y cuando se disponía a abrir oyó aplausos dentro. Eran Arturo y Diego.

—¡Bravo! —gritó Diego.

—Lo has conseguido, chaval —dijo Arturo, acercándose a él mientras lo cogía por los hombros para hacerlo entrar en casa—. ¿Ya has pinchado?

—¿Pinchado? —repitió Hugo sin entenderlo.

—Pinchar, tomar un café... Dilo como quieras —respondió Arturo.

—No —dijo Hugo—. Era demasiado tarde para tomar café.

—Menudo idiota. ¿No sabes lo que significa tomar café?

—¿Tiene otro significado aparte del...? ¡Aaahhh!

Hugo por fin había comprendido y Arturo insistió.

—Entonces qué. ¿Has tenido suerte?

—No —respondió Hugo rápidamente para evitar dar explicaciones. Claro que en realidad había hecho algo más que tomar un café.

—¿No? ¿Tan seguro estás de volverla a ver?

—Bueno, sí. El domingo la veré.

—Éste es mi chico —dijo Arturo, dándole unas palmaditas en la espalda.

Sus dos amigos obligaron a Hugo a ir hasta el sofá para que les contara cómo había ido la cita.

—Ahora que lo pienso —dijo Arturo—, ¿has ido vestido así?

—Claro.

—¿Cómo que claro? ¿Adónde la has llevado?

—Bueno, hemos ido a cenar...

—¿A qué restaurante? —lo interrumpió Arturo.

—Un italiano de Via Laietana. ¿Qué pasa? —añadió, al ver la cara de asco de Arturo.

—No me jodas, Hugo. ¿A un italiano? Mira que hay restaurantes en Barcelona. — Arturo se calmó y siguió preguntando—: ¿Y después?

—Al cine.

—Vaya cagada, amigo mío. ¡Que no tenéis quince años!

—Como mínimo habréis ido a ver una película para chicas, ¿no? —intervino Diego.

—Pues no.

En el apartamento se hizo un silencio sepulcral. Arturo se frotaba las sienes y Diego iba atando cabos.

—No me digas que la has llevado a ver esa película que habíamos quedado en ver juntos —dijo finalmente.

—Pues sí. Pero volveré a ir contigo —se disculpó Hugo.

—¿Qué película es? —preguntó Arturo, asustado. Cualquier película que pudieran ir a ver sus dos amigos era muy peligrosa.

Hugo respondió susurrando.

—¿Qué? —preguntó Arturo.

—*Thor: El mundo oscuro* —dijo Diego.

—¿Cómo?! ¿Has llevado a una chica a ver *Thor*?



—*Thor: El mundo oscuro* —aclaró Diego.

—Eso da igual. ¿En serio, Hugo? ¿En serio la has llevado a ver *Thor*? —preguntó Arturo, alarmado.

—Pero si le ha gustado...

—A las chicas no les gusta *Thor* —aclaró Arturo—, ¿no lo entiendes? Te lo ha hecho creer para que no te sintieras mal por cagarla.

—Valentina no hace esas cosas —respondió Hugo, sin saber qué pensar.

«¿Existe el sexo por compasión?», se preguntó.

—Todas las chicas lo hacen —dijo Arturo.

Diego todavía seguía a lo suyo.

—Dijimos que la iríamos a ver juntos.

—¡Calla friki, que esto es grave! —soltó Arturo preocupado—. Al menos habrás pagado tú, ¿no? —preguntó.

—Hombre, claro —respondió Hugo.

—Bueno, algo es algo.

Se produjo otro momento de silencio. Diego estaba enfurruñado por la traición de su compañero, mientras que Arturo, de pie, no hacía más que dar vueltas para intentar encontrar una solución.

—Pero, ¿qué te ha pasado por la cabeza para invitarla a ver *Thor*? —preguntó Arturo, intentando comprender a su amigo.

—No sé... Tenía las entradas para el estreno. Hacía semanas que estábamos trabajando con los cómics... Supongo que quise que viera que los cómics no son sólo de papel y que resultan más divertidos de lo que ella creía.

—Eso sólo les gusta a los niños y a los frikis como vosotros. La tendrías que haber llevado a un restaurante elegante y luego a un local tranquilo donde poder intimar.

—¿Por qué? —replicó Hugo—. ¿Porque todo el mundo lo hace? ¿Porque es lo que harías tú?

—No, porque de ese modo tuyo no la impresionarás.

—¿Cómo quieres que la impresione si la primera vez que me vio me desmayé?

Diego soltó una carcajada. Ya se había olvidado de la traición de Hugo y, además, sabía que igualmente iría con él a ver la película. Arturo, que hasta entonces había estado serio y preocupado por los errores de su amigo, no pudo reprimir tampoco una sonrisa.

—Vale, de acuerdo. Pensemos en positivo —dijo—. Estando las cosas así, siempre puedes ir a mejor.

Hugo, que realmente no sabía qué pensar, lo miró y dijo:

—¿Tú qué me recomiendas?

—Veamos. Juegas con la ventaja de que aún la verás los domingos. Así que, por un lado, te puedes disculpar...

—Algo que no haré —contestó Hugo—. Creo que lo ha pasado bien y que para ella no he cometido ningún error.

—...Y por el otro —prosiguió Arturo como si no lo hubiera oído—, en la próxima cita puedes demostrarle que eres un auténtico *gentleman*.

—¿Cómo?

—Para empezar, te vistes como Dios manda y luego la llevas a un restaurante con estilo. No hace falta que sea muy caro, simplemente para que vea que conoces la ciudad...

—No estoy ligando con una turista, te lo recuerdo —lo interrumpió Hugo.

—Bueno, pues para que vea que sabes comer con clase. Y para terminar, la llevas a un sitio donde podáis tener un rinconcito apartado y podáis hablar de vuestras cosas. Ni de cómics, ni de películas, ni de videojuegos, sino de vuestras cosas.

—Es decir, que la dejes hablar a ella —dijo Diego cachondeándose de los consejos de Arturo.

—Tú calla, que lo más cerca que estás de una chica es cuando alguna se equivoca y se sienta a tu lado en el metro.

Diego se levantó y se fue a la cocina.

—Yo ya te diré adónde tienes que ir y lo que tienes que decir —concluyó Arturo.

Tras la conversación, Arturo le dio a Hugo un par de tarjetas. Una era la de un restaurante en el Passeig de Gràcia, y la otra, la de una sala de fiestas en la Diagonal. Dos lugares que, a priori, Hugo no pisaría ni en sueños; pero, después de lo que sus amigos le habían dicho, sobre todo Arturo, ya no sabía qué pensar.

A él le había parecido que Valentina lo pasaba muy bien durante la cena y en el cine. ¿Aquella chica de la que se había enamorado era capaz de hacerle creer que le había gustado una cosa cuando en realidad no había sido así? ¿Tan fría y superficial era?

Por otra parte, si Arturo estaba en lo cierto y la cita había resultado un fiasco, por mucho que trabajara con ella los domingos se negaría a tener otra cita con él y se habrían acabado las tardes apasionadas en el taller de la librería. Le daría largas o algo así.

¿Tan grave era llevar a una chica a ver una película de superhéroes? Hugo ya no sabía qué pensar.

Desanimado por sus supuestos errores, se fue a su habitación, se tumbó en la cama y empezó a jugar con su móvil. No podía creer que Valentina le mintiera, y menos

cuando parecía que le había agradecido de corazón las zapatillas, la camiseta y todo lo demás. Tal vez Arturo tuviera razón y lo mejor fuera disculparse. Con el móvil en la mano, esa idea cada vez se iba haciendo más nítida, hasta que por fin se decidió a llamarla.

Pero, ¿debería hacerlo? No quería parecer un pesado ni un calzonazos. Se levantó de golpe y regresó al comedor, donde Arturo y Diego tenían una discusión sobre qué actor había sido el mejor Batman.

—Te digo que Christian Bale —afirmaba Arturo.

—Te lo parece porque es el más serio —replicaba Diego, negando con la cabeza—, pero sin duda el mejor fue Michael Keaton.

—No te niego que de los antiguos el mejor fuera Michael Keaton, pero de todos sin duda Bale —insistía Arturo.

Ninguno vio acercarse a Hugo; estaban tan enfrascados en la conversación que era imposible que se dieran cuenta de que estaba allí, así que tuvo que intervenir:

—El mejor fue Adam West —dijo firmemente.

Sus dos amigos callaron, se volvieron y lo miraron. Había conseguido lo que quería.

—Hugo —empezó Diego—, sabes que con estas cosas no se juega.

—Lo siento, pero tenía que hacerlos callar. —Hizo una pausa y añadió—: ¿Os parece bien que la llame para disculparme?

Arturo se levantó de un salto y fue hacia él, y, antes de que Hugo pudiera reaccionar, le cogió el móvil.

—¿Estás loco?! Ni se te ocurra.

—¿Por?

—Pues porque así parecerás un inseguro, un calzonazos, un pesado...

—Vamos —lo interrumpió Diego—, lo que vendría a ser un idiota.

—Eso —afirmó Arturo.

—Pero tú me has dicho que me disculpe.

—Ya, pero tienes que hacerlo con estilo y no por teléfono.

—¿Por qué? —preguntó Hugo.

—Verás, querido amigo —dijo Arturo, pasándole un brazo por el hombro y llevándolo a dar una vuelta por el comedor—. A las mujeres les gusta que los hombres hagan las cosas de forma elegante y con clase. Para disculparte no vale una llamada, ni siquiera cara a cara el domingo cuando la veas. Debes hacerlo cuando vuelvas a quedar con ella.

—¿Ah, sí?

—Sí. Antes de llevarla a cenar, le dices que lo de *Thor* fue un pequeño error y que no volverá a pasar nunca. La cena en sí misma será la mejor disculpa, pero no

estaría de más que tú también se lo dijeras para que comprenda que has reparado en tu equivocación.

—Ya entiendo.

—Eso espero —respondió Arturo—. Porque de esa disculpa depende tu futuro con ella.

—¿En serio?

—Claro. ¿No ves que si pasas por alto un error ella siempre se acordará de él?

—Y te lo restregará —intervino Diego.

—Y lo utilizará como excusa para no verte más —remató Arturo.

Hugo tragó saliva. No podía arriesgarse a eso. Sin soltarlo, Arturo lo llevó hasta su cuarto.

—Ahora descansa, intenta olvidar lo que ha pasado y mañana será otro día.

Hugo entró en su habitación y su amigo cerró la puerta tras él. La verdad era que no sabía cómo iba a descansar después de todo lo que le habían dicho. Y él que creía que dormiría plácidamente pensando en Valentina y en el beso que le había dado al despedirse, y en todo lo que había sucedido antes de eso.

Ella no podía estar fingiendo, a no ser que fuera una actriz buenísima. Sus actos eran sinceros; por lo tanto, no habría cometido tantos errores cuando se había despedido así de él. Si lo había pasado mal, no tendría que haberlo invitado a... tomar café, ¿no?

Poco a poco, Hugo se fue aclarando las ideas. En primer lugar creía que Valentina era sincera, y en eso, de momento, no cambiaría de opinión. Por lo que su cita había sido buena. En segundo lugar, tal vez Arturo tuviera un poco de razón. Era su amigo desde hacía años, de manera que le haría caso y variaría un poco el estilo de la siguiente cita. Y en tercer lugar, decidió que de momento no iba a disculparse. Vería cómo iba la segunda cita y cuál era la reacción de Valentina, y actuaría en consecuencia.

Si ella lo pasaba mejor, sabía que debía cambiar; si iba peor, mejor que siguiera siendo él mismo. Y si el resultado de la cita era más o menos similar, sabría que Valentina lo querría fuera como fuese.

## Capítulo 13

### Valentina

Cuando Valentina entró por la puerta de *El estante* ese sábado por la mañana, Victoria ya estaba allí. Esa vez su amiga no había llegado antes para disculparse por algo, sino para que le contara todos los detalles de la cita, a pesar de que ya la había llamado la noche anterior. En cuanto Valentina puso un pie en la tienda, Victoria le salió al encuentro.

—¿Ves cómo yo tenía razón con los tacones? —dijo toda orgullosa.

Algo que no le había contado Valentina era que Hugo, demostrando conocerla más de lo que ella creía, le había regalado unas zapatillas para que se sintiera más cómoda. Quería que sus amigas creyeran que parte del éxito de la cita había sido gracias a ellas y a sus consejos de moda.

—Yo no te dije que no tuvieras razón, simplemente que tal vez no eran muy adecuados —comentó Valentina, mientras dejaba sus cosas.

—¿Y lo fueron o no?

Aunque le había dicho que la cita había sido un éxito, y que tenía intención de seguir viendo a Hugo, no le había contado cómo fueron las cosas. Temía que si comentaba que la había llevado al cine a ver una película de superhéroes, Victoria se presentara esa misma noche en su casa exigiendo explicaciones. Pero le había prometido que se lo contaría todo cuando la viera...

Bueno, todo, todo exactamente no, pero sí lo suficiente. Por eso Victoria había ido al trabajo tan temprano, porque era cotilla por naturaleza.

—Pues no mucho.

—¿Cómo? Pero, ¿se puede saber adónde te llevó ese inútil? —preguntó Victoria, saliéndose de sus casillas.

—Al cine.

—Al cine. ¿Es que tiene quince años?

—No. Victoria, tranquilízate.

Valentina sabía de sobra que Hugo no tenía quince años. Se lo había demostrado con creces.

—¿Cómo me voy a tranquilizar? Y encima tú pretendes volverlo a ver. ¿Qué haréis, ir a la feria a comer azúcar hilado y manzanas de caramelo?

—Victoria —dijo Valentina muy seria—, lo pasé muy bien y Hugo me gusta mucho.

—¿Por qué te gusta este imberbe mental?

—Primero, no le llames así; y segundo, porque es como...

—Por favor —la interrumpió Victoria en tono suplicante—, no me digas que es como un niño.

—Exacto. Es como un niño grande. Disfruta con todo lo que hace y no se avergüenza de ello.

—Es un friki.

—¿Y qué, Victoria? Eso da igual. Es divertido, sincero y además vive, disfruta de cada segundo.

—Leyendo cómics y jugando a videojuegos.

—¿Y qué más da? Lo hace con pasión. Lo tendrías que haber visto estos domingos. Ni siquiera se daba cuenta de que estaba trabajando. Para él era como un juego, algo con lo que pasárselo bien.

—¿Y?

—Y que cuando está conmigo lo hace igual.

—¿Juega contigo?

—No, lo vive todo con pasión. Cuando está conmigo, es como si no hubiera nadie más a su alrededor.

—Hablando de pasión —dijo Victoria cambiando de tono—, ¿ya habéis jugado?

Valentina tragó saliva. Debía ir con cuidado o explicaría más cosas de las que quería, así que no contestó. Además, la mayoría de conversaciones con Victoria sobre el amor acababan siempre igual. Tenía una obsesión con el sexo y no la ocultaba.

—¿Tantos días solos y no habéis hecho nada? Sabes que me cuesta creerlo... —siguió insistiendo Victoria.

—Yo no soy como tú —mintió Valentina, ya que con Hugo no se había reprimido; ni siquiera se lo había planteado.

—Oye, que yo soy liberal, no una puta.

Al oírla decir eso, Valentina prefirió dejar de lado ese escabroso tema e intentar que su amiga se centrara en otras cosas.

—Me llevó a cenar a un italiano de aquí cerca, en Via Laietana.

—Repito, es un imberbe mental.

—No seas mala, Victoria.

—Pero, ¿qué se cree, que está saliendo con su primera chica?

—Me parece que no sólo lo cree.

—¿En serio?

—Yo lo encuentro muy tierno. Hacía años que un chico no me llevaba al cine en una cita.

—Porque hace años que dejaste el instituto —contestó Victoria carcajeándose.

En vista de que era imposible que dejara de criticar a Hugo, Valentina procuró

cambiar de tema y proteger así la idea que ella tenía de Hugo. Sin duda no era el típico hombre perfecto. No era fuerte, no era valiente —aunque tampoco lo había podido demostrar— y no parecía interesante. Parecía ser como Valentina lo había visto desde un principio: un niño grande, agradable, tierno y divertido, para pasar con él buenos ratos. Buenos ratos de toda clase.

Aunque Victoria se empeñara en decir que era un inmaduro, no era tonto. Además, podía tener una conversación con él —algo que Valentina agradecía con toda el alma —, pues aparte de cómics leía muchas más cosas. Asimismo, había estudiado Bellas Artes en la universidad, y, más allá del de superhéroes, le gustaba el cine en general. Así que los temas de conversación no se agotaban. Y, para rematar, no le daba vergüenza hablar de sus gustos, algo que había llevado a Valentina a abrirse de par en par y, por ejemplo, contarle su gran afición por los clásicos de Disney.

—Oye, hablando de otra cosa...

—¿Quieres dejar ya el tema de tu cita para quinceañeros? —preguntó su amiga con sorna.

—Sí —respondió Valentina en el mismo tono —, la verdad es que sí.

—De acuerdo —Victoria levantó las palmas de las manos—. Eres tú la que se va a arruinar la vida con un inmaduro.

—Basta —dijo Valentina, enfadada—. Hablemos de otras cosas.

—Dime.

—A ver —empezó ella, ordenando sus ideas—. Ya estamos acabando con los cómics.

—¡Por fin! —exclamó Victoria.

—Están casi todos clasificados, y muchos de ellos tienen incluso un precio asignado —explicó Valentina, pasando por alto el comentario de Victoria—. Deberíamos ir pensando dónde ponerlos.

—En la basura —bromeó su amiga.

—Tú sigue con el pitorreo a costa de eso. ¿No ves que si los vendemos tendremos unos beneficios parecidos a los que obtuvimos con Gabriel?

Victoria no respondió, simplemente la miró con cara de incredulidad.

—Por eso, creo que deberíamos intentar ponerlos en algún sitio donde llamen la atención.

—De acuerdo —respondió Victoria en tono conciliador—. Pero dado que el stock es grande, deberíamos hacer una criba.

—¿Una criba?

—Sí —dijo su amiga—. Verás, escogemos un rincón donde ponerlos y los más llamativos, o los que a nosotras nos parezcan más llamativos, los exhibimos allí. El resto, como los tienes registrados, sólo haría falta tenerlos en un catálogo de portadas

por si alguien pregunta por ellos. Así, aunque no los tengamos a la vista, la gente los podrá ver.

Valentina no dijo nada. Se había quedado impresionada.

—Por otro lado —continuó Victoria—, los más valiosos los podemos colocar de momento en las vitrinas, a buen recaudo. Ya que ahora, después de la compra de Gabriel, no tenemos nada que guardar en ellas.

—¿Y dónde metemos los libros que no nos quepan?

—Una vez escogida la zona donde irán los cómics, como tú te sabes todo lo que tenemos en la librería, será tan fácil como ordenarlos de nuevo, moverlos de sitio o guardarlos como los cómics y tener ambos catálogos siempre a mano.

A Valentina se le estaba ocurriendo una idea que a cada segundo que pasaba le parecía más brillante.

—¿Y si —empezó, levantando el índice de la mano derecha— ponemos los catálogos en un atril o algo parecido? Así todo el mundo los tendría a la vista y sólo deberían pedirnos lo que quisieran.

No era la primera vez que les pasaba eso, que en un momento de lucidez ambas amigas pensaban como una sola y se les ocurrían ideas increíbles para su negocio. La primera ocasión en que coincidieron fue cuando estaban decidiendo el nombre de la tienda, y la segunda, al ponerse a definir el concepto de la tienda en sí. Y ahora, años después, habían conseguido solventar un problema de venta al público en cuestión de pocos minutos. Cuando querían eran las mejores.

—Lo que deberíamos hacer de momento —prosiguió Valentina— es publicitar que pronto pondremos a la venta un gran número de cómics clásicos en perfecto estado.

—Así la gente empezará a tenernos en cuenta y, cuando los tengamos listos, ya habrá quien esté esperando en la puerta dispuesto a gastarse miles de euros —dijo Victoria, riéndose de forma malvada mientras se frotaba las manos.

—No flipes —contestó Valentina—. También puede suceder que nosotras tengamos algo que vender pero que no haya nadie que quiera comprarlo.

—Es verdad.

—Recuerda el tiempo que tuvimos el Galileo a la venta. Hasta que apareció Gabriel, no hubo quien lo comprara.

Victoria suspiró.

—Gabriel —dijo—. Qué pena que esté casado.

—Victoria, eres incorregible.

—Y tú una cursi.

Ambas se echaron a reír y en ese momento oyeron la campanilla de la puerta. Como si lo hubieran convocado al mencionarlo, su cliente mágico, el que las había



salvado de una posible quiebra, su hado madriño, estaba allí frente a ellas: Gabriel en persona.

—Hola —lo saludó Victoria en tono insinuante, intentando una vez más que se fijara en ella.

—Ahora mismo estábamos hablando de ti —dijo Valentina.

—Espero que bien —bromeó Gabriel, con su marcado acento americano.

—Sí, sí. Claro —dijo Valentina riendo.

Durante un segundo, pareció que él se preparara la frase que estaba a punto de decir. A pesar de su carácter directo y fascinante, era un hombre que, por lo que habían visto, medía muy bien sus palabras, y más cuando hablaba en castellano.

—Hoy no tenía intención de pasarme por aquí, pero he bajado al centro a hacer unas compras y no he podido evitar venir a visitaros para ver cómo tenéis mi colección de Jane Austen.

Valentina sintió que el mundo se hundía bajo sus pies. Con todo lo de Hugo y los cómics, se había olvidado por completo de su encargo. Y en ese caso no podía pedirle explicaciones a nadie más que a sí misma. ¿Cómo podía decirle a su principal cliente que no había mirado nada de su pedido en un mes?

La cara de espanto de Valentina debía de ser más que evidente, porque tanto Gabriel como Victoria se la quedaron mirando sorprendidos. Por suerte, Victoria reaccionó lo bastante rápido y evitó que Gabriel se alarmara.

—Verás —empezó a decir—, cuando realizamos este tipo de encargos preferimos llevarlos con discreción hasta que tenemos toda la colección completa.

Mentira cochina, ya que nunca habían realizado un encargo como ése.

—¡Aaahhh! —respondió Gabriel, comprensivo.

—Por de pronto —añadió Victoria como si le hiciera un favor—, te podemos asegurar que vamos por buen camino.

—¡Excelente! —respondió él alegremente.

Tras una breve charla de cortesía, a la que se unió Valentina ya recuperada de su sobresalto, y en la que, según Victoria, se habló demasiado de la mujer de Gabriel, se despidieron cordialmente de su cliente, que prometió avisarlas la próxima vez que fuera a visitar *El estante*.

—Pero, ¿qué tienes en la cabeza para olvidarte de un encargo? —Victoria se encaró con Valentina. Hizo una pausa, pero no dejó hablar a su amiga—. Y no un encargo cualquiera, sino un encargo como ése, y además de Gabriel.

—No sé —dijo ella, aturdida.

—Claro que lo sabes.

—¿Ah, sí?

—Sí —sentenció Victoria—. Tienes a un hombre que parece un niño y un montón

de basura apilada en el taller.

Victoria por fin había estallado. Hacía semanas que no podía trabajar en condiciones debido a los montones de cómics clasificados que había por todas partes, y que, a pesar de que estaban ordenados, ocupaban demasiado espacio.

Además, Valentina se había olvidado de una de las responsabilidades de la tienda: buscar libros. Y, para colmo, el motivo por el que su amiga había perdido el norte era un hombre que, según Victoria, ni siquiera era un hombre de verdad.

—Lo siento, Victoria —intentó disculparse Valentina—. Me han pasado demasiadas cosas en pocos días y estoy un poco despistada. Ya sabes que mis relaciones sociales son muy tristes, y si ahora se animan pues no sé cómo compaginarlas con el resto de mi vida.

—Valentina... —respondió, apretando los puños y aguantando la respiración y las ganas de gritarle a su compañera.

Acto seguido, se fue al taller, cogió sus cosas y se marchó de la tienda sin decir nada. Valentina salió tras ella.

—¡Victoria, espera! —gritó en mitad de la calle, pero al ver que la gente la miraba, terminó la frase susurrando—: Lo siento.

Completamente desanimada por esa discusión con su mejor amiga, Valentina regresó a la tienda, bajó la persiana hasta la mitad, cerró la puerta por dentro y colgó el cartel de «cerrado» a pesar de que sólo era media mañana. Únicamente podía hacer una cosa mientras esperaba a que Victoria regresara: intentar ordenar el taller y comenzar a escoger los cómics que pondrían a la vista de sus clientes.

En las últimas semanas, aquella cantidad ingente de novelas gráficas había sido como un bálsamo para sus nervios. ¿O era la presencia de Hugo? ¿Y si lo llamara? No, mejor que no. Lo había pasado muy bien con él, pero aún no tenían una relación tan clara como para que lo convirtiera en un hombro sobre el que llorar. Mejor que llamara a Laura.

Fue a buscar el móvil y la llamó. Por suerte o por desgracia, el teléfono de su amiga no daba señal. Con suerte, estaría volando por la otra punta del mundo, sin saber que sus dos amigas se habían peleado. Con menos suerte, estaría hablando con Victoria.

La última alternativa eran sus padres. Pero nunca les había contado sus problemas con sus amigas. Eran sus padres, no sus confesores.

Con el teléfono en la mano, empezó a revisar sus contactos en busca de alguien con quien hablar y desahogarse. Casi sin darse cuenta, apretó el botón de llamada al pasar por tercera vez por encima de la «H», y se llevó el teléfono a la oreja.

—«Digamelón». —Hugo era un niño grande, no podía evitarlo.

—Melón —respondió ella con voz triste.

Triste por haber discutido con su mejor amiga y por no haber podido controlarse y haberlo llamado a él, ya que eso quería decir que no tenía mucha más gente a la que recurrir.

—¿Qué te pasa? —preguntó Hugo, sorprendido por su tono de voz.

—Nada —respondió Valentina.

—Esa voz no es de «nada» —dijo él sonriendo—. ¿Qué te ha pasado?

Valentina no podía aguantar más.

—He discutido con Victoria —dijo finalmente.

—No pasa nada —respondió Hugo, riendo—. Yo discuto con mis amigos día sí y día también. Pero siempre lo arreglamos con una partida de Play.

Valentina sonrió, pero no dijo nada.

—Aún estás ahí, ¿verdad? —preguntó preocupado.

—Sí, tranquilo.

—Haremos una cosa —propuso Hugo con voz decidida—. Esta noche te paso a buscar por tu casa y nos vamos a cenar.

—Has mejorado mucho respecto a la otra vez —bromeó Valentina, recuperando el buen humor.

—Sí —contestó él avergonzado—. ¿Qué te parece?

—Te esperaré —dijo Valentina.

—Y arréglate, que hoy no te voy a llevar al cine.

—De acuerdo —respondió ella.

Se despidieron y colgaron.

Llamar a Hugo la había animado y, además, tenía una nueva cita con él. Pero, ¿qué quería decir con lo de «arréglate»?

## Capítulo 14

### Hugo

Tras el viernes, cuando había tenido la primera cita con Valentina, aquél estaba siendo un sábado raro. Los clientes andaban despistados y el día había estado lleno de absurdos. Desde una mujer mayor que había entrado a comprar una novela romántica pensando que era una librería general, a un niño, de apenas doce años, que había querido comprar toda la colección de cómics eróticos de Druuna. Pero a Hugo le daba igual, ya que por la mañana Valentina lo había llamado en busca de consuelo después de una discusión con su mejor amiga, y no había podido dejar de pensar en ella en todo el día, tuviera el cliente que tuviera delante. A pesar de lo que dijera Arturo, la cita anterior no había ido tan mal, si no, no le habría llamado, ¿no? Pero lo más importante de todo era que, en un arranque de valentía, Hugo le había pedido que volvieran a salir esa misma noche, y ella había aceptado.

Por un segundo dudó si llevarla de nuevo al cine, pero finalmente le recomendó que se «arreglara», aunque para él siempre iba perfecta. Quería comprobar si Arturo tenía o no razón. El problema era que él también tendría que arreglarse.

Tras despedirse de Martín, alrededor de las siete de la tarde, Hugo se fue a su casa. Porque su jefe casi lo echó al saber que esa noche tenía una cita con Valentina, si no el muy inútil habría estado trabajando hasta las ocho y media.

Cuando llegó a casa, Arturo estaba jugando solo con la Play.

—¿A qué juegas? —le preguntó.

—A nada —contestó su amigo, pausando el juego de golpe—. Bueno, a algo que tenías por aquí encima.

—¿El qué?

Arturo murmuró algo casi ininteligible y Hugo se acercó a la pantalla.

—¡No puede ser! —exclamó, buscando algo entre los juegos y los papeles esparcidos encima de la mesilla del saloncito—. Te has comprado un juego.

—¡No! —negó Arturo.

—Claro que sí. —Hugo encontró lo que buscaba—. Te has comprado *The Last of Us*.

—Bueno —reconoció Arturo al ser descubierto—, lo he visto y estaba de oferta.

—Éste no está de oferta, pedazo de trolero. Es demasiado nuevo —dijo Hugo sonriendo, mientras le enseñaba la reluciente caja del videojuego.

—Bueno, he pasado por una tienda y no he podido evitarlo.

—¿Desde cuándo no te comprabas un juego?

—Ya no me acuerdo. —Hizo una pausa—. Ya casi me había olvidado del placer de comprarlo, de desprecintarlo, de ese característico olor del manual y de ponerlo en la Play. Qué placer tan auténtico.

Se dejó caer en el sofá de nuevo.

Hugo dejó sus cosas y, aprovechando que su amigo estaba redescubriendo su faceta más friki, le soltó lo de la nueva cita con Valentina.

—Esta noche vuelvo a salir con Valentina.

—Ah, vale... ¡¿Qué?! —exclamó Arturo, incorporándose de nuevo.

—Lo que oyes. Vuelvo a salir con ella. Hemos quedado en que la iré a buscar a su casa a eso de las nueve.

—¿No pretenderás llevarla de nuevo a ver *Thor*? —preguntó Arturo bromeando.

—No. Tengo mesa reservada en el restaurante que me recomendaste y después iremos al club que me dijiste. Eso era lo que querías que hiciera, ¿verdad?

—Sí, sí.

Hugo se fue a su habitación y dejó a su amigo con la palabra en la boca. Ahora debía enfrentarse a la peor parte de aquella cita. Cómo vestirse. Se acercó a su armario y lo abrió de par en par. Además de una amplia colección de camisas a cuadros y camisetas estampadas, no tenía más que un par de vaqueros, unos pantalones cortos y unas zapatillas con puntera. Y no quería recurrir al traje de los desparejados, es decir, el que se ponía para ir a las BBC, más conocidas por todos como bodas, bautizos y comuniones. En esas fiestas sociales a las que se veía obligado o lo obligaban a asistir, Hugo siempre acaba sentado a la mesa de los desparejados. Familiares lejanos, compromisos indeseables y solteros, y, sorprendentemente, él formaba parte de los tres grupos. Por suerte, hacía tiempo que había abandonado esa faceta de su pobre vida social y el odiado traje de los desparejados había terminado en un rincón del armario.

Desafortunadamente, cuando había invitado a Valentina a cenar y a arreglarse, no había tenido en cuenta el detalle de qué se iba a poner. Y ahora, a falta de un par de horas, debía conseguir estar presentable para ir a buscar a su hermosa acompañante. Así que sólo tenía una salida... pedirle ayuda a Arturo.

Salió de su habitación para ir a buscarlo, y se sorprendió al verlo jugar de forma compulsiva y completamente abstraído de la realidad con su nuevo videojuego. Se acercó sin hacer ruido y, cuando estuvo lo bastante cerca, gritó prácticamente en su oído:

—¡Arturo!

Éste se sobresaltó, se volvió de repente y perdió por completo la concentración, algo que lo llevó a ser derribado virtualmente.

—¡Mierda, Hugo! —exclamó desconsolado—. Me han matado por tu culpa.

Ahora tengo que repetir desde el punto de control.

—Es que estás en muy baja forma —bromeó él.

—Muy gracioso.

Arturo se sentó de nuevo en el sofá y descansó un segundo antes de volver a luchar contra sus enemigos, momento que Hugo aprovechó para pedirle ayuda.

—Oye, Arturo, tengo que pedirte un favor.

—Sabes que la mejor forma de hacerlo no es que me maten, ¿verdad? —preguntó sarcásticamente.

Hugo rio. Hacía tiempo que no veía a Arturo tal como era en realidad: alguien tan friki como él o como Diego.

—Necesito que me ayudes a saber qué debo ponerme esta noche.

Una sonrisa maliciosa apareció en la cara de Arturo y por un segundo Hugo se temió lo peor.

—¿Y qué recibiré a cambio?

—No lo sé —contestó Hugo.

—Seguro que Valentina tiene una amiga guapa para mí.

Hugo pensó que su amigo sería la herramienta perfecta para que Valentina se vengara de Victoria. Pero no, no sería tan malo.

—Tú me ayudas y... —hizo una pausa dramática— yo no le digo a Diego que te has comprado un videojuego.

A Arturo se le fue el gesto malicioso de la cara en un segundo. Había tenido largas conversaciones con Diego sobre el precio de los videojuegos y sobre lo inútil que era gastar dinero en ellos, y ahora él se compraba uno; Diego se lo iba a merendar.

—De acuerdo —dijo Arturo—, pero si Valentina y tú llegáis a algo, intentarás que me presente a una amiga, ¿de acuerdo?

—Hecho —respondió Hugo.

—Vamos a mi habitación, seguro que tengo algo que te valga.

Normalmente, por no decir nunca, ninguno entraba en la habitación del otro. Por tanto, el cuarto de Arturo era territorio desconocido para Hugo.

Al abrir la puerta, un hedor se le metió en la nariz y lo hizo llorar.

—Lo hueles, ¿verdad? —dijo Arturo, orgulloso—. Es mi último perfume. Vuelve locas a las chicas. ¿Querrás un poco?

—No —dijo Hugo, tosiendo y pensando que quería impresionar a Valentina, no hacer que muriera intoxicada. Aunque mezclado con el olor de ese perfume, había el de cincuenta más, sin tener en cuenta un pestazo a sucio inaguantable.

—Tú te lo pierdes.

Arturo abrió los armarios y todo tipo de ropa apareció ante sus ojos. Trajes,

camisas de seda, vaqueros, jerséis. Todo apelotonado de cualquier manera y completamente desordenado. A Hugo casi le da un infarto.

—Puede que una camisa de color pálido y unos pantalones negros. —Arturo pensó un momento, mirando a su amigo—. No, no. Tiene que ser algo impresionante.

Al cabo de un segundo, le dio un par de prendas.

—Pruébatelas, a ver qué tal te sientan.

Hugo miró de reojo lo que le daba y por un segundo pensó que no podía haber nada más hortera y llamativo. Pero hizo caso a su amigo y se lo probó. Dejando de lado que la ropa le iba larga y estrecha, el conjunto era horrible. Una camisa de seda rosa y unos vaqueros hechos trizas.

—Pero si están rotos —dijo.

—¿Cómo que están rotos? ¿No sabes distinguir unos D&G cuando los ves? —preguntó Arturo sin acabarlo de comprender.

—Lo siento, Arturo, no es mi estilo. Además, me van estrechos.

Justo en ese momento, Hugo giró un poco para ver cómo le quedaba la camisa y un botón de ésta salió disparado contra la pared del fondo. Ante eso, Arturo sólo pudo dar una respuesta:

—Vale. Vamos a ver qué tienes tú.

Hugo se quitó la ropa prestada rápidamente y se puso de nuevo su camiseta y sus vaqueros, que, a pesar de ser mucho menos caros que los de Arturo, estaban de una pieza.

Antes de que pudiera regresar a su habitación, oyó cómo Arturo comentaba al entrar en ella.

—Joder, qué limpio y ordenado está esto. —Hizo una pausa—. ¿Y a qué huele?

—A limpio —respondió Hugo, cuyo único problema de limpieza era el polvo.

Sin hacer caso de su respuesta, Arturo miró el contenido del armario.

—¿Sólo tienes esto?

—No, bueno, sí.

—Pues lo tienes claro, chaval —respondió gracioso Arturo.

—¿Por?

—Pues porque este vestuario no hay por dónde cogerlo.

Empezó a mover las camisas colgadas para ver bien cómo eran.

—Cuadros, cuadros, cuadros y más cuadros. ¿No tienes camisas lisas?

—No.

—¿A rayas?

—No.

—¿Que no sean de cuadros?

—No —dijo Hugo—. Bueno, en realidad sí. Tengo una de flores amarilla...

—Mejor déjalo.

Arturo empezó a buscar y a rebuscar, pero estaba claro que no tenía mucho dónde escoger.

—¿Zapatillas nuevas?

—Sí, pero no las usaré hasta que las que llevo sean para tirar.

—¿Vaqueros nuevos?

—Sí, pero no los usaré hasta que...

—Vale, vale.

Estiró el brazo y sacó una camisa de cuadros negros muy pequeños sobre fondo blanco.

—Te pondrás esta camisa y los vaqueros y las zapatillas nuevas. Y encima... ¿Qué se pondrá encima? —se preguntó a sí mismo.

Entonces vio el traje gris que colgaba de un extremo del perchero.

—¿Tienes un traje? ¿Te va bien?

—Sí y sí.

—Pues te pondrás la americana.

—¿Y la camiseta?

—¿Tienes alguna que no sea estampada ni friki?

—No —respondió Hugo, sonriendo.

—Pues te pondrás la camisa tal cual —sentenció Arturo—. Venga, vístete.

Hugo obedeció y se cambió de ropa. Segundos después parecía él pero en su versión más elegante. Arturo lo miró. Seguía siendo Hugo, pero daba otra impresión.

—Perfecto. Vas hecho un pincel. —Arturo reflexionó sobre sus palabras—. O al menos hecho una brocha.

Hugo se fue a mirar al espejo del cuarto de baño. La verdad era que no se sentía muy cómodo, pero tenía que darle la razón a Arturo: daba otra impresión.

—Gracias, tío —dijo finalmente Hugo—. La verdad es que cuando no me vistic como siempre, no sé por dónde empezar.

—De nada. Para algo están los amigos —dijo Arturo. Y, mientras se alejaba del cuarto de baño, añadió—: Y ahora, si me lo permites, voy a seguir jugando antes de que llegue Diego y tenga que dejarlo.

Hugo se fue a su habitación, se desvistió de nuevo y miró el reloj. Eran las ocho, tenía el tiempo justo para ducharse, volverse a vestir, coger el metro, ir andando hasta la calle Mallorca y recoger a Valentina.

A las nueve menos cuarto ya estaba caminando por la Rambla de Catalunya, feliz por tener una nueva cita con Valentina. Y a pesar de tratarse de una que no era de su



estilo, era otra posibilidad para verla. Giró por la calle Mallorca y, tras pasar por delante de unos cuantos portales, se detuvo, respiró hondo y pulsó el botón del ático.

—¿Quién es? —preguntó la voz de Valentina.

—Soy Hugo.

La puerta del portal se abrió. Entró, cogió el ascensor y en pocos segundos estaba en la puerta de su apartamento, donde ella lo estaba esperando con un vestido azul muy ajustado que dejaba ver su cuerpo perfecto. Hugo sólo pudo reaccionar con el acostumbrado embobamiento que se apoderaba de él cada vez que la veía.

—Veo que te gusta —dijo Valentina.

—Claro —respondió él—. ¿Ya estás lista?

—Sí —contestó, cogiendo una chaqueta y cerrando la puerta.

—¿Cómo es que no me has esperado en la calle? —preguntó inocentemente Hugo, cuando se encontraban en el ascensor.

—Pues porque no quería que decenas de tíos babosos hicieran lo mismo que has hecho tú.

—Lo siento —dijo él—. No lo volveré a hacer.

Valentina le acarició la cara y le dio uno de sus besos para después decirle:

—En tu caso es distinto —dijo tranquilamente—. Me gusta que me mires.

Hugo se sonrojó mientras le ofrecía la mano, que ella cogió como si fuera algo que hiciera cada día.

La segunda cita estaba en marcha.

## Capítulo 15

### Valentina

Valentina se despidió de Hugo con un beso en la comisura de los labios, de una forma un tanto triste. A pesar de no ser un beso tan apasionado como los que le había dado antes, desprendía un sutil aroma de ternura. Podía estar enfadada con él, pero sabía que había una explicación y, sobre todo, seguía atrayéndola.

Se separaron en la esquina de la calle Mallorca con la Rambla de Catalunya. Hubiera querido invitarlo a tomar algo, pero Victoria la estaba esperando en casa y, después de lo sucedido, era mejor no meter el dedo en la llaga con la presencia de su amiga.

Horas antes, la repentina cita había llevado a Valentina a llamar a su mejor amiga y, tras un par de disculpas por ambas partes, Victoria había regresado a la tienda como siempre. Y, como acostumbraba a pasar, se había puesto a fisgonear sobre la segunda cita de Hugo y Valentina.

—Así que te ha llamado para invitarte a salir de nuevo, ¿eh?

—Bueno, lo he llamado yo.

—¿Tú? ¿Te has vuelto loca? —exclamó Victoria—. Se va a creer que estás desesperada.

—Pero no lo he llamado para volver a salir.

—Da igual, lo has vuelto a llamar. ¿En qué pensabas?

—Es que como había discutido contigo y Laura no respondía, no he podido llamar a nadie más para buscar consuelo.

—Es decir, que ahora es tu hombro sobre el que llorar. —Victoria aplaudió sarcásticamente—. Bravo, ahora se creará que estás coladita por él.

—Pero es que lo estoy.

—Ya, pero aún no se lo puedes decir. Debes vigilar tus movimientos.

—Victoria —dijo Valentina, sorprendida—, que esto no es una partida de ajedrez.

—Pero sí es una guerra. Una guerra de sexos.

—¡Por Dios, Victoria! Estamos tonteando, no hay ninguna guerra ni nada por el estilo.

—Bueno, dejémoslo, que si no vamos a volver a enfadarnos. —Hizo una pausa—. Vale, lo has llamado, ¿y después?

—Pues tras decirle que habíamos discutido, me ha invitado a salir otra vez. Sir

más. —Valentina se encogió de hombros.

—¿Y ya está? —preguntó Victoria, sorprendida por la falta de información.

—Bueno, me ha dicho que me arreglara.

Una sonrisa fue apareciendo poco a poco en la cara de Victoria, que había comprendido lo que quería Hugo.

—Quiere redimirse de la primera cita.

—¿Redimirse, por qué? Si todo fue muy bien —exclamó Valentina.

—Pues él no es de la misma opinión. Porque ya verás cómo te llevará a un sitio elegante, incluso él irá elegante.

—Él no es de ese tipo de chicos —dijo finalmente Valentina.

Pero a pesar de sus continuas negativas, resultó que Victoria tenía razón y Hugo la llevó a un restaurante bastante caro del Passeig de Gràcia. Y Victoria no sólo acertó en ese detalle, sino también en la ropa que llevaría Hugo. La verdad era que no parecía el mismo que la había llevado a ver una película de superhéroes.

Había sido igual de amable que siempre, aunque parecía que se controlaba. En ningún momento mencionó los cómics y el trabajo que les quedaba por hacer, y lo más sorprendente fue que cada vez que Valentina quería hablar del tema él conseguía irse por las ramas al preguntarle por cosas de su vida. Algo que la hizo sentir un tanto incómoda.

Y la incomodidad no terminó ahí, porque después de la cena cogieron un taxi que los llevó a un club donde Hugo había reservado una mesa en un rinconcito muy íntimo. El problema y el motivo por el cual Valentina evitaba esos lugares era la música, cuyo elevado volumen apenas permitía entenderse, así que la conversación insulsa que tuvieron durante la cena derivó en una serie de gestos y sonrisas de un extremo a otro de la mesa.

En esa situación, cualquier otro chico hubiera intentado aprovecharse y seguramente ella lo habría dejado, pero Hugo parecía no comprender para qué servían los reservados, o bien parecía haberlo olvidado. Además, a pesar de ser todo idea suya, estaba claro que estaba igual o más incómodo que ella, ya que de vez en cuando hacía gestos para indicar que el ruido le molestaba.

Parecía que siguiera unas directrices, como si alguien le hubiera dicho qué hacer o qué decir. Así que, a medida que pasaban las horas, Valentina recordó que Hugo le había comentado que su compañero de piso era un fanfarrón que siempre le daba lecciones baratas sobre las relaciones amorosas. ¿No sería que ahora le estaba haciendo caso? Y si así era, ¿por qué lo hacía?

Mientras se lo preguntaba, lanzándole miradas de reojo, Valentina no pudo evitar empezar a ponerse nerviosa. No le importaba que Hugo no fuera «como los otros chicos». Al contrario, era precisamente lo que le había gustado de él, ya que

consideraba que ella tampoco era «como las otras chicas». Así que aquel cambio en su manera de ser la estaba exasperando un poco... Bueno, bastante. Si quería ser como los demás, que lo fuera, pero que no se comportara como un... un... ¡aburrido! ¡Eso! Hugo se estaba comportando como un aburrido. «Cuando sé de sobra que no lo es», pensó en un intento por calmarse.

Decidida a resolver aquella incómoda situación, Valentina se levantó.

—Voy un momento al baño y ahora vuelvo —le dijo a Hugo, mientras él asentía nervioso.

Mientras se dirigía a los servicios, Valentina pensó cómo podía hacerlo. Probablemente Hugo había hecho caso a algún tío demasiado listo, uno de esos a los que ella había intentado evitar a lo largo de toda su vida; alguien que le estaría dando unos «magníficos» consejos a su amigo Hugo.

En realidad, no tenía ganas de ir al baño, pero el paseo le sirvió para airearse y desconectar de la tensa situación en la que se había visto involucrada desde que él la había ido a buscar. Se lavó las manos con agua fría para quitarse un poco el calor que sentía a causa de los nervios y por el miedo a estropear lo que fuera que tuviera con Hugo.

Se secó las manos y, decidida a que se marcharan de allí y a preguntarle por qué llevaba toda la noche comportándose de aquella manera, salió del baño y se encaminó de nuevo hacia el reservado.

Pero, para su sorpresa, cuando llegó descubrió que el sitio había perdido el nombre de reservado, porque Hugo ya no estaba solo. A su lado había una despampanante mujer de sinuosas curvas, embutida en un minúsculo vestido que dejaba poco o nada a la imaginación. Tenía un brazo sobre los hombros de él, mientras le hablaba al oído.

A pesar de que hubiera podido espantar enseguida a aquel moscón, que en muchos aspectos le recordaba a Victoria, se quedó perpleja y sin saber qué hacer cuando descubrió que Hugo se dejaba querer. Sonreía a cada palabra que la chica le decía y hablaba con ella de forma distendida.

—Hola, ¿me he perdido algo? —preguntó Valentina para hacerse notar.

—¡Valentina...! —exclamó Hugo al verla.

La joven no se inmutó. Se limitó a sonreírle con malicia, como si supiera perfectamente lo que estaba haciendo o lo que pretendía hacer.

«Es peor que Victoria, mucho peor que ella», pensó Valentina, sintiendo cómo poco a poco le hervía la sangre bajo la piel.

—Cuando te canses de ser un imbécil, estaré fuera —soltó de repente, antes de salir escopetada del local y de agradecer el aire fresco de la calle.

Estaba enfadada con Hugo, pero no sabía por qué. No sabía si era porque parecía

estar ligando con otra mujer durante una cita con ella o porque con aquella joven se comportaba más relajadamente que con ella.

Furiosa, le dio una patada a un montoncito de hojas secas que tenía delante y las hizo volar a un metro del suelo.

—Valentina... —dijo Hugo detrás de ella. Al darse la vuelta vio que estaba muy pálido y con unas gotas de sudor en la frente. Parecía mareado.

—Siento que...

—Pues no parecía que lo sintieras demasiado cuando esa... —Valentina pensó la palabra adecuada y, para no ser demasiado grosera, dijo—: ... lagarta te susurraba al oído.

—Pero...

—Ni pero, ni nada —lo interrumpió ella—. Llevas toda la noche irreconocible. Apenas has abierto la boca y cuando yo quería hablar desviabas la conversación hacia temas típicos y tópicos. ¿Se puede saber qué te pasa?

—Me he agobiado —dijo él bajando la cabeza—. El ruido, el calor y el alcohol me han mareado.

—Pues habrá sido justo después de venirme a buscar, porque llevas toda la noche muy raro.

—Me sentía incómodo con el tipo de restaurante y la discoteca o lo que fuera eso...

—Si te sientes incómodo en esos sitios, ¿por qué me has invitado?

Hugo no respondió. Siguió cabizbajo, como si quisiera ocultar algo.

Valentina fue a hablar, pero vio que él se tambaleaba y se apoyaba en una farola cercana.

—¿Estás bien? —preguntó preocupada, pero sin dejar de estar enfadada.

—Más o menos —contestó Hugo, encogiéndose de hombros—. Te pido un taxi y yo bajaré a pie...

—Sí, el aire fresco te conviene —le espetó molesta, pero sin poder evitar preocuparse por él, ya que algo le decía que había algo más detrás de su extraño comportamiento—. Bajaremos juntos —dijo, a la vez que lo cogía por la cintura por miedo a que se desmayara.

—De verdad, no importa. Puedo solo.

—No digas tonterías —le espetó.

—Gracias —contestó Hugo lánguidamente—. Lo siento. Sé que no queda muy bien que una chica sostenga a su...

Valentina esperó a que completara la frase, pero él se calló. Fue ella la que añadió:

—Es más corriente al revés, pero no importa. Vamos —añadió con cierta

frialdad.

Caminaron en silencio, excepto alguna palabra que intercambiaban cuando Valentina le preguntaba cómo se encontraba. Y así llegaron a la calle Mallorca. La noche era agradable y parecía que él se moría de ganas por decirle algo, pero siguió controlándose absurdamente.

«¿Qué chico se muestra como es al cien por cien en la primera cita y en la segunda se convierte en un desconocido?», se preguntó Valentina. Si Victoria hubiera estado allí, le habría dicho que un imbécil. Pero Hugo no era un imbécil, o, como mínimo, no se lo había parecido en todos los días que habían pasado juntos.

Tras despedirse de él, Valentina se fue a su casa. Hubiera querido que Hugo se sincerara con ella y puede que algo más, pero la presencia de Victoria en su casa no lo permitía.

El centenar de metros que la separaban de su portal los recorrió lo más lentamente posible. No tenía ganas de explicarle todo aquello a Victoria y menos sabiendo que ésta no pararía de decirle que se equivocaba y que su supuesto príncipe azul era igual que todos los demás, de un color gris apagado. Y que si no hubiera sido por su repentina aparición en la discoteca, la buscona se habría liado con él allí mismo.

Al pensar eso, Valentina optó por callarse por completo esa parte de lo sucedido. No quería que Victoria se encarnizara con Hugo, pues sospechaba que, tras sus actos, estaban las estúpidas ideas de sus amigos, aún más estúpidos.

—¿Tenía razón? —preguntó Victoria, justo en el momento en que Valentina cruzaba el umbral de su puerta.

—En parte —respondió ella sin ganas.

—¿Cómo que en parte?

—Ha hecho lo que tú habías dicho que haría —explicó Valentina sin rodeos. No tenía ganas de estar horas debatiendo con Victoria—, pero como si no lo quisiera hacer.

Por la cara de su amiga, Valentina vio que no la había comprendido.

—Yo he estado incómoda. No me ha gustado ese tipo de cita, pero era evidente que él estaba más incómodo que yo.

—Eso eran los nervios.

—No eran los nervios. Se controlaba, y en el club lo ha pasado fatal.

—Parece como si te hubieras aburrido —dijo Victoria.

—Es que me he aburrido. Hugo es divertido y entretenido, pero hoy era como si se prohibiera hablar de temas que, supuestamente, no me gustan.

—No te acabo de entender.

—Yo tampoco. No sé, ha sido raro. Era él, pero no actuaba como él. Y cuando intentaba comportarse de otra forma, parecía que lo hiciera obligado.

Victoria no estaba entendiendo nada, pero no quiso profundizar en el asunto porque era evidente que Valentina tampoco sabía muy bien lo que había pasado. Así que decidió cambiar de tema.

—¿Qué le ha parecido tu modelito? —preguntó.

—Se ha quedado embobado.

—¿Lo ves? Te he dicho que funcionaría.

—Pero si Hugo se emboba cada vez que me ve. El vestido no tiene nada que ver.

«Sobre todo porque ya sabe lo que hay debajo», añadió para sus adentros.

—¿Cómo?

La indignación de Victoria era comprensible, ya que, después de cerrar *El estante*, habían pasado un buen rato escogiendo lo que se iba a poner. Y del mismo modo que en la ocasión anterior, Laura estaba presente mediante móvil. Habían jugado al mismo juego de constantes críticas por parte de Victoria para explicarle a Laura cómo le sentaba un vestido u otro, pero esa vez Valentina había sido derrotada.

—Te ha dicho que te arregles —le había recordado Laura.

—Ya, pero no quiero hacer el ridículo.

—No lo vas a hacer —dijo Victoria—. Hazme caso y ponte provocativa.

—¿Y si me pongo vaqueros?

—Que no, pesada, ponte ese vestido —dijo señalando un montón de ropa que había encima de la cama.

Valentina cogió uno que sabía que no era el que decía Victoria, pero por probar no perdía nada.

—No, ése no, que no me chupo el dedo. El azul.

El azul era demasiado extremado, por encima de la rodilla, muy ajustado y dejando muy poco a la imaginación. Y a pesar de ello, Hugo se había impresionado del mismo modo que siempre.

—Está visto que el muchacho no tiene gusto —dijo Victoria, tras aceptar que Hugo no se había impresionado más de lo habitual al ver a Valentina aquella noche.

—Sí lo tiene —protestó ella—. ¡No veas dónde me ha llevado!

—Es verdad —dijo Victoria, recordando que no sabía dónde habían cenado—. ¿Adónde habéis ido?

—Primero me ha llevado a cenar a *La Llàntia*.

—¡No me jodas!

—No, no te jodo.

—Pero le habrá costado una fortuna.

—Supongo —contestó Valentina encogiéndose de hombros—, pero ha sido él

quien me ha querido llevar.

—¿Y qué tal se come? —preguntó Victoria, hambrienta.

—Pues bastante bien, pero la verdad es que exageran un poco en el precio. La comida estaba riquísima, pero los platos eran minúsculos. Y no es que yo coma mucho. Prefiero no saber qué le han cobrado por ellos. —Hizo una pausa—. El italiano estaba mejor.

Ambas rieron. Victoria no estaba de acuerdo en un italiano para una primera cita, pero sí compartía el gusto por el tipo de comida.

—Además, teníamos una mesa preciosa. Veíamos todo el Passeig de Gràcia hasta la plaza de Catalunya mientras cenábamos.

—¡Ooohhh! —exclamó Victoria, medio en serio, medio en broma—. ¿Y luego?

—Bueno... Luego les ha hecho pedir un taxi a los del restaurante y al salir teníamos esperándonos uno de esos clásicos. No me preguntes cómo lo ha conseguido. Con él hemos ido al *Àcid*.

—Cómo se los ha gastado esta noche.

—Allí tenía un reservado para los dos. «Aunque por un momento he creído que acabaríamos siendo tres», añadió para sus adentros.

—¿Un reservado? Éste se ha dejado el sueldo de un año.

Valentina sonrió. Ella pensaba lo mismo.

—Pero hasta que no hemos salido no ha vuelto a ser el mismo.

—¿Se ha desmayado de nuevo? —preguntó Victoria.

—No —respondió Valentina—, pero casi. Lo ha pasado fatal allí dentro.

—¿Le has hecho subir la temperatura?

«¡Ojalá! Así se hubiera olvidado de comportarse como un tipo cualquiera y habría sido el mismo de siempre... No como cuando le reía las gracias a aquel moscón. ¿Por qué se habrá comportado así con ella y conmigo no?», pensó. Pero al ver que Victoria la observaba esperando una respuesta, dejó su monólogo interior para otro momento.

—No —respondió rápidamente—. Además, parecía aburrido y abstraído, y miraba el reloj constantemente, como si no viera la hora de irse de allí.

—Eso es lo de menos —dijo Victoria—. Él se ha esforzado para que tú lo pasaras bien.

—Ya —dijo Valentina con voz disgustada—, pero no lo ha logrado. Me lo pasé mejor el otro día...

—¿Qué? —la interrumpió Victoria.

—Pues que me gustó más la primera cita. Era algo normal y divertido. Lo de hoy ha estado bien, pero ha sido como cualquier cita con cualquier otro chico.

—A ver —dijo Victoria, intentando poner en orden sus ideas—, ¿me estás diciendo que vais a cenar a *La Llàntia*, después pasáis la noche en un reservado del



*Àcid* y te gustó más ir a un italiano y al cine? Tú estás loca.

—No, pero entonces él fue sincero. Esta vez ha sido como ir con cualquier otro.

—Te ha llevado a dos de los sitios más caros y selectos de Barcelona. ¿Qué más quieres?

—Que sea como es en realidad.

—Tal vez sea así.

—No Victoria, no. Hugo es un adolescente crecido, un niño grande o como quieras llamarlo.

—Como ya te dije, un imberbe mental.

—Pero a mí me da igual. Me gusta tal como es. No tiene que demostrarme nada para que yo lo quiera.

Victoria miró a su amiga. Estaba claro que estaba enamorada, pero lo que no comprendía Valentina era que un hombre como Hugo le arruinaría la vida. No maduraría nunca. Siempre estaría pensando en cómics y videojuegos, y dejaría las cosas importantes para más tarde. Ella se merecía algo mejor.

Valentina suspiró. Era como si hubiera expulsado algún virus de su interior. Parecía que hubiera recuperado el ánimo, aunque sólo fuera un poquito.

—Ya sé lo que voy a hacer —dijo firmemente—. Mañana por la mañana lo llamaré y le diré que quiero verle.

—¿Vas a romper con él?

—No —contestó defraudándola—. Le diré lo que tenía que haberle dicho hoy cuando estábamos en la puerta del restaurante.

—¿El qué? —preguntó Victoria, asustada.

—Que me gusta tal como es. Que se deje de tonterías y que lo de hoy sólo ha sido un fallo.

—¿Un fallo? Pero si se ha lucido.

—Para ti tal vez sí, pero para mí hoy la ha cagado de forma antológica. Y sé que lo ha hecho porque ha seguido los consejos de su amigo.

—Es decir, ¿que tiene un amigo que se las gasta así? —preguntó Victoria, pensando en otra cosa—. Cuando ya estés saliendo con tu príncipe azul de doce años de edad mental, le dices que me presente a su amigo.

Valentina no la había escuchado, determinada como estaba a aclarar las cosas con Hugo y a que volviera la sinceridad absoluta con que se habían conocido.

—Mira, da igual —prosiguió Valentina—. Lo voy a llamar ahora.

—¿Ahora? —repitió Victoria sorprendida.

—Sí. ¿Dónde tengo el maldito móvil? —dijo ella, empezando a buscar su teléfono.

—Valentina, relájate y espera hasta mañana. —Pero su amiga no le hacía caso—.

Valentina, ¿me oyes? —Seguía sin escucharla—. ¡Valentina!

—¿Qué? —respondió con desgana, dejando de buscar su teléfono.

—Digo que te relajes y que esperes hasta mañana. No vas a perder a ese chico. Duerme y mañana podrás hablar con él más tranquila.

Lo que Victoria pretendía era que, con esas horas de descanso, Valentina se relajara y a la mañana siguiente se le hubieran pasado las ganas de hablar con Hugo.

—¿Seguro? —preguntó ésta, indecisa.

—Seguro. Hazme caso. Duerme y mañana ya será otro día.

—¿En serio?

—Sí, ya verás cómo consultarlo con la almohada te irá bien.

—Vale —respondió Valentina.

No es que Victoria fuera mala amiga y no quisiera que Valentina fuera feliz con el chico que le gustaba. Simplemente creía que se merecía algo más que un niño grande.

## Capítulo 16

### Hugo

Cuando Hugo entró en su apartamento, sus dos amigos estaban esperando que les contara cómo le había ido con Valentina. Pero entre que aún estaba mareado y la decepción de ver cómo ella se le escapaba por aquella mujer que se le había pegado como una lapa, cuando Arturo y Diego le preguntaron él sólo pudo responder:

—No muy bien.

Y al mismo ritmo lento con que había entrado en la casa, cruzó el comedor y se fue a su habitación. No tenía ganas de hablar con nadie. Tenía el ánimo por el suelo y no podía quitarse de la cabeza la cara de Valentina, que, a pesar del beso de despedida, toda la noche había dado señales de que no lo estaba pasando tan bien como en la primera cita.

¿Por qué le habría hecho caso a Arturo? Todo lo que había ganado siendo él mismo, lo había perdido comportándose como todo el mundo espera que se comporte un hombre en una cita. Además, la aparición de aquella mujer que se pensaba que era un soltero ricachón había provocado el enfado de Valentina, aunque lo que pasó en realidad fue que Hugo no supo cómo sacarse de encima a aquella pesada. ¡Qué desastre!

Había probado a decirle que estaba con otra chica, que se equivocaba, que no tenía tanto dinero como parecía, pero sólo conseguía que ella se le fuera acercando más, como si en realidad se estuviera haciendo el estrecho. ¿Qué podía hacer? Pues había aguantado el tipo como había podido y le había reído las gracias. Con la mala suerte de que Valentina hubiera aparecido en el peor momento. Y entre el desastre de la cita y aquel colofón ya no le valía ningún tipo de excusa.

Se derrumbó en la cama, se quitó la ropa casi sin levantarse y se puso el pijama, que consistía en una camiseta vieja y unos pantalones cortos de deporte. Se metió bajo las sábanas e hizo todo lo posible para quedarse dormido cuanto antes para así evitar darle vueltas al fiasco de aquella noche.

«Mañana será otro día.»

Pero la mañana siguiente fue como cualquier otro domingo. Las horas de sueño no lo habían hecho recuperarse del desastre de la noche anterior. Además, como habían salido juntos por la noche, había quedado con Valentina que ese domingo no se verían. Así los dos podrían descansar. Hugo siguió sin ganas de hablar sobre el tema,

y mucho menos con Arturo que seguro que le insistiría en que era él quien había cometido algún error porque la cita era perfecta.

Así que, desde primera hora de la mañana hasta la noche, estuvo en el comedor jugando a la Play, sin motivarse en el juego, haciéndolo sólo de forma mecánica. Podría haber hecho cualquier otra cosa y habría actuado con la misma falta de entusiasmo.

Por su parte, Arturo, al ver cómo había vuelto a casa la noche anterior, prefirió no decirle nada y dejarlo tranquilo. No lo molestó, no jugó con él, incluso se fue a visitar a sus padres para no estar por medio. Igual que Diego, cuya habitual visita de los domingos a casa de sus amigos había sido sospechosamente eludida por una comida familiar. Qué bien iba la familia cuando no se quería estar con los amigos.

A pesar de que intentaba centrarse en el juego, la mente de Hugo volvía una y otra vez a Valentina. ¿Qué podía hacer para recuperarla? No quería perderla por el error de una noche, y más después de haberlo provocado la extrema confianza en su amigo y la tonta aparición de una buscona. Todo el día le rondó la pregunta por la cabeza: ¿Qué podía hacer? ¿Qué podía hacer? ¿Qué podía hacer?

Y la respuesta, como siempre pasa con las buenas soluciones, no se le apareció hasta que estuvo tumbado de nuevo en la cama, a punto de dormirse. Debía ser impulsivo, debía ser él mismo, debía comportarse como se había comportado desde el primer día que había conocido a Valentina y contarle la verdad.

Cuando Arturo salió de su habitación, chocó de bruces con Hugo.

—Buenos días —dijo éste todo animado.

—Hola —respondió Arturo, sin entender dónde había dejado su amigo la depresión.

—Me voy a trabajar, que tengo que hablar con Martín.

Dicho esto, Hugo salió pitando del apartamento y dejó a un Arturo recién levantado sin saber qué diablos había pasado.

En la calle, Hugo se sacó el móvil del bolsillo y llamó a Valentina. Durante la noche, había decidido que hablaría con ella y le diría la verdad sobre lo sucedido la noche del sábado. Así que el primer paso era quedar con ella.

—El móvil al que llama está apagado o fuera de cobertura —fue la respuesta que recibió de la voz robótica.

—Mierda.

Volvió a probar. Tal vez Valentina tuviera el móvil en algún rincón de la tienda.

—El móvil al que llama está apagado o fuera de cobertura —repitió la voz robótica.

Hugo estaba en la entrada de la estación de metro y, a pesar de la revelación nocturna que había tenido, ahora le fallaba el primer paso. Volvió a probar.

—El móvil al que llama está apagado o fuera de cobertura.

Así pues, tomó otra decisión: iría a la tienda, donde seguro que la encontraría. Allí se podría disculpar y darle las explicaciones correspondientes en persona.

Las tres paradas que debía recorrer para llegar a Urquinaona, y que normalmente no le permitían ni pensar, en esa ocasión le parecieron las más largas de su vida. Tenía prisa. Debía hablar con Martín sin falta. Cuando salió del metro, echó a andar deprisa por la Via Laietana, como si le fuera la vida en ello. Giró por la calle Comtal y después empezó a bajar por Portal de l'Àngel. Pero cuando llegó a la altura de la calle Canuda se lo pensó mejor. ¿Y si fuera directamente a la tienda de Valentina? Por unos segundos se detuvo. No sabía qué hacer. Decidió que iría a decirle a Martín que tenía que hacer unos recados.

—Hola, Martín —saludó Hugo, decidido—. Tengo que hablar contigo.

—¿Ya te has decidido? —preguntó su jefe.

—No, sí, ¿sobre qué?

—Sobre lo de ser socios.

Se le había ido de la cabeza. Con todo lo de Valentina, se había olvidado de la oferta de Martín.

—Lo siento, jefe —se disculpó—. Tengo la cabeza en otros asuntos.

—¿En otros asuntos llamados Valentina? —preguntó Martín con malicia.

—Sí —respondió Hugo avergonzándose.

—No pasa nada. ¿Qué querías?

—Verás —empezó él—, el sábado la cagué un poco con Valentina y hoy quisiera hablar con ella...

—Llámalas —lo interrumpió Martín.

—Ya lo he hecho y no contesta. Por eso te quería preguntar si te importa que vuelva dentro de un rato. Iré a buscarla a su tienda y lo aclararé todo.

—Por supuesto —respondió Martín, dándole unas palmadas en el hombro—. Ve y no la dejes escapar.

Martín apenas había terminado la frase y Hugo ya se había ido, agradecido por la comprensión. Era como si Valentina estuviera a punto de escapársele de las manos. Así que corrió para llegar a la tienda.

En pocos minutos se plantó en la puerta. Dentro sólo se veía a una chica de la misma edad que Valentina, pero con una cara de sobrada que asustaba. Debía de ser Victoria.

Sin siquiera saludar, Hugo entró en la tienda directo hacia el taller. Si Victoria estaba en el mostrador, Valentina tenía que estar en la trastienda. Por eso no tenía

cobertura. Abrió la puerta, pero lo vio completamente vacío, a excepción de todos los trastos habituales.

—¿Adónde vas, lanzado? —le dijo la chica.

Hugo regresó sobre sus pasos y fue hacia el mostrador, antes de que ella pudiera salir de detrás de él.

—¿Dónde está? —preguntó nervioso.

—¿Quién? ¿Elvis, Papá Noel, el Papa?

—Valentina.

La chica se calló de golpe y lo miró de arriba abajo.

—Tú debes de ser Hugo, ¿no?

—Sí. ¿Dónde está? Tengo que hablar con ella.

—Tranquilo, Romeo —dijo ella, cuyos comentarios sarcásticos parecían no tener fin—. Yo soy Victoria.

—Vale. Pero, ¿dónde está?

—Tu palomita ha volado.

—¿Se ha ido con otro? —preguntó mientras el suelo se hundía bajo sus pies.

—No, pero se ha ido.

—¿Adónde?

—Con sus padres.

—¿Cómo?

—Lo que oyes. La llamaron ayer para proponerle que se fuera unos días con ellos y se ha ido. Me ha dejado sola en la tienda.

—¿Y por qué no responde al móvil? —preguntó Hugo, a la vez que llamaba a Valentina de nuevo y ponía el altavoz.

—El móvil al que llama está apagado o fuera de cobertura. —La voz robótica volvió por cuarta vez.

—Porque seguramente lo tiene apagado o fuera de cobertura. Yo que sé, no soy su niñera.

Hugo pensó que para ser su mejor amiga dejaba mucho que desear.

—¿Sabes si te llamará? ¿Cuándo volverá? O lo que sea —preguntó él, con el ánimo por los suelos.

—No —respondió Victoria escuetamente.

Sin decir nada más, y completamente frustrado, Hugo salió de la tienda.

—De nada, figura —gritó Victoria medio enfadada, mientras Hugo se alejaba a largos pasos.

Aquellos altibajos sentimentales no eran buenos para él. Primero bien, luego mal, luego de nuevo bien, después mal, y así continuamente hasta detenerse en un punto medio que era peor que mal. No había podido hablar con Valentina. No podía, por

tanto, saber lo que pensaba. Tampoco entendía cómo era que se había ido sin decirle nada. ¿Tan mal lo había pasado que no quería ni siquiera hablar con él? ¿Tan mal le había sentado la presencia de aquella mujer? Incluso puede que se hubiera ido por su culpa, y el único refugio que había encontrado hubieran sido sus padres. ¡Qué desastre!

Con todos esos pensamientos en la cabeza, Hugo regresó a la *Comicón*, pero mientras que antes había corrido, ahora sus pasos eran lentos. Tenía la mente turbia y todo su cuerpo se negaba a aceptar que había perdido a Valentina.

Cuando entró de nuevo en la tienda, Martín se quedó sorprendido al verlo. Hacía unos minutos parecía la persona más feliz y determinada del mundo. Incluso había pensado que le pediría a Valentina que se casara con él, pero ahora había regresado con un aspecto que daba pena. Le habían salido unas ojeras kilométricas y apenas levantaba los pies para andar.

—Oye, ¿qué te ha pasado?

Hugo no respondió. Fue directamente a una caja de cómics y empezó a colocarlos en las estanterías. Actuaba de forma mecánica.

—Hugo, ¿te encuentras bien? —preguntó Martín, acercándose a él.

Hugo lo vio y, con una mirada triste, le respondió:

—Sí. —Se notaba que forzaba una sonrisa falsa para que su jefe lo dejara tranquilo.

—Cuéntame qué ha pasado —insistió Martín.

—No responde a mis llamadas. No está en la tienda. Se ha ido con sus padres. Seguro que es por mi culpa. El sábado metí la pata hasta el fondo.

Era evidente que Hugo no estaba bien. Estaba a punto de llorar y la tristeza que proyectaba de él era contagiosa. Por un segundo, Martín también se sintió solo y desamparado, hasta que tocó su alianza. Todo estaba bien.

—Hugo, haremos una cosa. Aprovechando que no hay nadie en la tienda, la cerraremos un rato, nos iremos a tomar un chocolate caliente con churros a la calle Petritxol y me contarás con pelos y señales qué es lo que pasa. Intentaré ayudarte en todo lo que pueda.

Hugo volvió a mirarlo con aquellos ojos oscurecidos por el color morado de debajo. ¿Cómo le habían podido salir aquellas ojeras de forma tan repentina? Martín le pasó a su empleado un brazo por los hombros y se lo llevó fuera de la tienda. Cerró la puerta y la persiana tras de sí y colgó un letrero que decía «Volvemos en un rato» con un Superman entrando en una cabina telefónica.

Con el aire fresco y después de empezar a tomar un buen chocolate caliente, Hugo

parecía que se iba recuperando. O como mínimo lo suficiente para contarle a Martín los pormenores de su relación con Valentina, a la espera de que éste pudiera aconsejarle con conocimiento de causa.

Tras varios minutos durante los que las explicaciones se mezclaban con las cucharadas de chocolate y los mordiscos a los churros, Martín había podido haberse hecho una idea de lo que había sucedido entre Hugo y Valentina.

—¿De verdad crees que fue tan mal como para que no te llame? —preguntó finalmente Martín, que no lo había interrumpido en ningún momento.

—Fue mal, pero no creía que fuera para tanto. Esperaba que se lo tomara como un error, un fallo. Pero el hecho de haberse ido sin decirme nada creo que me deja las cosas bien claras, ¿no?

—No necesariamente —contestó Martín, mojando un churro en el chocolate—. Puede que haya perdido el móvil o que se lo haya dejado en casa. Con estos trastos todo es posible.

—Ya —dijo Hugo no muy convencido.

La conversación se interrumpió y Martín creyó que debía animar a su futuro socio.

—Pero la primera cita no fue tan mal, ¿no?

—Eso creía yo, pero Arturo y Diego me dijeron que seguro que Valentina me había mentado para que no me sintiera mal.

—¿Y te los creíste?

—No. —Dudó un segundo—. Sí. Yo en estas cosas no tengo experiencia.

—En estas cosas la experiencia sólo sirve para tener confianza, nada más. Cada persona es un mundo y, aunque Arturo te diga lo contrario, por lo que me cuentas si te pareció que Valentina lo pasaba bien es que lo pasaba bien.

—Eso pensé yo, pero luego...

—Pero luego nada. —Martín se puso serio—. Tú conoces a Valentina mejor que Arturo y Diego juntos, así que si tú crees que fue una buena cita lo fue. Y lo que pasó el sábado fue por hacerles caso. —Pasó un brazo por encima de la mesa y le golpeó el pecho con un dedo—. Debes ser tú mismo.

—Ya —dijo Hugo un poco más convencido—. ¿Y por qué no me llama?

—Respecto a eso sólo te puedo recomendar que tengas paciencia. No has hecho nada malo y seguro que Valentina opina como yo. Dale tiempo. Puede ser que haya perdido el móvil. Cuando pueda ver tus llamadas, te las devolverá desde donde esté. Simplemente estate tranquilo. Ya verás cómo Valentina volverá contigo.

A pesar de que las palabras de Martín estaban llenas de condicionales, Hugo sabía que era la versión más plausible de lo sucedido. Así que se obligó a recuperar el ánimo. No podía ser que se dejará abatir por algo que ni siquiera sabía con certeza. Debía darle tiempo a Valentina. Quizá estaba de viaje y lo llamaría cuando llegara a



donde fuera.

Al cabo de unos minutos en que no se dijeron nada, Hugo parecía haberse recuperado de verdad, y después la conversación derivó hacia asuntos de la tienda, desde los nuevos envíos al cambio de escaparate, así como a la contratación de un nuevo empleado.

Una vez se terminaron el desayuno volvieron a la tienda para seguir trabajando y los sorprendió encontrarse con todo un grupo de mujeres mayores, las ya denominadas como «abuelas», aunque no lo fueran.

—Buenos días, señoras —dijo Martín, abriéndose paso entre ellas para subir la persiana y abrir la puerta.

—Oiga, así no se lleva un negocio —dijo una—. Hace un cuarto de hora que nos esperamos.

—Disculpen, pero nosotros también desayunamos, ¿sabe? —Martín no estaba para tratar con aquel tipo de clientas en particular. Ante esa respuesta, las exclamaciones de «¡Qué grosero!» «¡Qué mal educado!» y «¡No sé por qué le hemos hecho caso a Pepi!» se repitieron.

Martín terminó de levantar la persiana y dejó entrar a las señoras. Y mientras ellas se repartían por la tienda, mirando sin saber qué buscaban, le dijo a Hugo en un aparte:

—Si te las quitas a todas de encima en menos de una hora, te dejo que te vayas a casa y descanses, que lo necesitas. Pero no me dejes solo con ellas, por favor —rogó con cara de pena.

Hugo asintió con la cabeza.

—Señoras —Martín llamó la atención del batallón de «abuelas»—, aquí mi compañero las atenderá con mucho gusto.

De golpe, como si fueran fans locas por un autógrafo, se agolparon todas alrededor de Hugo para explicarle con dificultad qué necesitaban.

Él lamentó haber aceptado el reto de Martín, pero luego pensó que si algo podía distraerlo de Valentina era justamente aquel tipo tan peculiar de clientes.

## Capítulo 17

### Valentina

Todo fue muy precipitado. Victoria se había quedado a dormir en casa de Valentina, después de la fallida cita de ésta con Hugo, y habían podido acabarse de reconciliar de la discusión matutina viendo películas de Disney, que, aunque lo negara, a su amiga le gustaban tanto o más que a ella.

Valentina le había hecho caso a Victoria y la verdad era que le había ido bien. Al no llamar a Hugo por la noche, y desconectarse haciendo otras cosas, pudo reflexionar sobre lo sucedido y sobre cómo actuar a partir de entonces. Quería hablar con él, pero teniendo claro qué quería decirle. Así que lo dejó para la mañana siguiente, la del domingo.

Pensó que se levantaría tarde, algo que no podía hacer desde hacía semanas, y a la hora de comer o a primera hora de la tarde lo llamaría. Siempre y cuando encontrara el maldito móvil, claro.

Pero las cosas no fueron tal como ella había planeado.

A las siete de la mañana del domingo, lo que sonó no fue el despertador sino el teléfono fijo. Sólo podía ser una persona: su madre. En los años que hacía que vivía sola, la mayoría de la gente se ponía en contacto con ella a través del móvil, excepto su madre, lo que la obligaba a tener una línea fija para sus conversaciones.

—Buenos días, Valentina. —La voz alegre de la mujer sonó por el teléfono. ¿Cómo podía ser que a aquella hora ya estuviera tan despierta?—. Tu padre tiene una sorpresa.

—¿No puede esperar a que esté más despierta? A eso de las dos o las tres de la tarde —protestó Valentina, con el auricular en la oreja.

—Yo creo que querrás saberla ahora mismo. —Para su madre, una buena noticia podía ser cualquier cosa.

—¿Si cuelgo volverás a llamar?

—Claro.

—Pues entonces dame la noticia.

—Te paso a tu padre.

En ese momento, sonó la voz más pausada de éste.

—Buenos días, pequeña. Tengo una buena noticia para ti.

—Hola, papá, dime —dijo Valentina con desgana.

—Verás. Sabes que tengo contactos en el mundo editorial de París. —A su padre siempre le gustaba mencionar todos los detalles, lo cual sonaba rimbombante.

—Sí.

—Pues verás...

Algo se movió en la cama y Valentina pegó un saltó para salir de ella.

—¡AAAHHH! —gritó.

—¿Por qué gritas? ¿No ves que estoy durmiendo?

De golpe se acordó de que Victoria se había quedado a dormir y lo había hecho en su cama. Estaba tan poco acostumbrada a dormir acompañada...

—¿Qué te pasa? —se alarmó su padre por teléfono.

—Nada, papá. Es Victoria que me ha asustado y he pegado un grito.

—No me hagas estas cosas, que sabes que me preocupo por ti.

—De acuerdo, papá. —Valentina hizo una pausa—. ¿Qué me decías?

—¡Ah, sí! Verás, te he conseguido trabajo en París.

—¿Cómo? —Valentina se despertó de golpe.

—Trabajo en París. No es un gran empleo, pero tienes un contrato de medio año esperándote.

—Papá, estoy contenta con mi tienda.

—Ya lo sé, pero supongo que esta vez no dudarás en vivir esta experiencia.

—¿Por?

—Porque es un trabajo en una librería...

—¿Sí?

—En el número treinta y siete...

Su padre mantenía el suspense.

—¿Sí? —siguió preguntando Valentina.

—De la rue de la Bûcherie...

Valentina, que ya tenía preparado otro «¿Sí?», se calló de golpe y sólo pudo decir una cosa.

—¡¡No!!

—Sí —le confirmó su padre—. Tienes un trabajo de seis meses en *Shakespeare & Co.* Es una sustitución, pero te guardan la plaza.

—¿Cómo lo has logrado, papá?

—No quieras saberlo —respondió él bromeando.

—Vale —dijo Valentina.

A pesar de que su sueño era *El estante*, también lo era trabajar en esa librería parisina. De hecho, se hallaba entre sus visitas obligadas siempre que pisaba la capital francesa. Sus padres se la descubrieron la primera vez que los acompañó a la ciudad, y desde entonces siempre que la visitaba salía con un par de libros bajo el brazo.

—¿Cuándo empiezo? —preguntó Valentina, emocionadísima.

—Nos vamos esta tarde.

—¿Qué? —preguntó sorprendida. Estaba emocionada, pero no tanto como para irse medio año a París sin previo aviso. ¿Qué estaría pensando su padre?—. ¿No puede ser la semana que viene?

—Valentina, no me seas cría —dijo el hombre—. Prepara una maleta y te pasamos a recoger dentro de un par de horas.

Ella no respondió. Tan sólo se despidió de él con un gruñido y colgó el teléfono.

—¿Qué querían? —murmuró Victoria, acurrucada en la cama.

—Me voy a París...

—Muy bien. Tráeme un recuerdo. Preferiblemente un francés rico.

—Me voy a trabajar a París.

—Perfecto, pero... ¡¿Qué?! —exclamó Victoria, incorporándose de golpe.

—Mi padre me ha conseguido un trabajo en *Shakespeare & Co*. Me voy dentro de dos horas...

—¿Y qué voy a hacer yo sola en *El estante*? —preguntó Victoria, preocupada.

—Estaré fuera seis meses... —Valentina seguía a su rollo.

—¿Y *El estante*? —volvió a preguntar Victoria.

Valentina no sabía qué hacer. Estaba paralizada en mitad de la habitación, con el teléfono aún en la mano.

—¿Y Hugo podrá venir a París? —se preguntó en voz alta.

Victoria se temió lo peor. Prefería estar seis meses trabajando sola que ver cómo su amiga tiraba a la basura la oportunidad de su vida por un chico. Reaccionó rápido.

—¡Venga! ¿A qué esperas? Al baño. Y mientras tú te duchas, yo te preparo la maleta. Ya me encargo de cerrar la casa con mi llave cuando me vaya.

Dos horas después, tal como le había dicho su padre, la estaban esperando dentro de un taxi. Valentina se despidió de Victoria desde abajo y subió al vehículo.

—¿Qué hacéis aquí los dos? —les preguntó Valentina a sus padres.

—Nosotros también vamos —dijo su madre—. Tenemos que hacer un par de compras y de paso te acompañamos.

—Por cierto, ¿dónde voy a vivir? ¿Habéis reservado hotel?

—Mejor aún —dijo su padre, levantando el dedo índice—. Te hemos alquilado un apartamento cerca de *Shakespeare & Co*.

Valentina no podía creer que le estuviera pasando aquello. Había ido muchas veces a París, con sus padres y con Victoria, y conocía muy bien la ciudad, pero nunca había creído que llegaría a trabajar y a vivir un tiempo en ella. De golpe, un pensamiento cruzó su mente: Hugo.

Empezó a buscar y rebuscar su móvil en el bolso como si le fuera la vida en ello. Se iría a París, pero antes se despediría de Hugo. No quería que creyera que lo dejaba tirado.

—¿Se puede saber qué haces? —preguntó su madre.

—Necesito mi móvil.

—¿Te has dejado algo?

—Mi móvil. —Parecía que no la escuchaba.

—Si quieres hacer una llamada, toma el mío —dijo su padre, sacando el último modelo en tecnología.

—¿Te lo has vuelto a cambiar? —preguntó Valentina de forma casi inconsciente.

—Sí, y la verdad es que...

Las palabras de su padre se perdieron, ya que Valentina se estaba dando cuenta de que su móvil se había quedado en casa. Seguro que se le habría caído en algún rincón y no lo volvería a ver hasta que volviera. Se le ocurrió una idea.

—Dame eso. —Cogió el teléfono a su padre y marcó rápidamente un número, el único que se sabía de memoria: el de Victoria.

—Diga —respondió su amiga con voz de dormida.

—¿Has visto mi móvil?

—¿Aún no lo has encontrado? Creía que lo habías cogido esta mañana.

—No, ayer al final no lo encontré.

—¿Quieres que vaya a tu casa y lo busque?

—No —respondió Valentina, decepcionada.

Aunque su amiga lo encontrara, cuando pudiera llamar a Hugo ya sería demasiado tarde y él pensaría que ya no le importaba. ¡Qué desastre! Lo más triste era que no había podido decirle nada de lo del sábado, ni intentar resolver la situación, ni siquiera despedirse. Y ahora ya no podría hacerlo, porque no recordaba su número de teléfono. ¡Malditos móviles! ¿Por qué no hizo la copia de seguridad de sus contactos?

Antes la gente se sabía los teléfonos o se los apuntaba en una libreta. Ahora no, ahora se confiaba ciegamente en aquel frágil aparato.

Tras un buen rato en coche, llegaron al aeropuerto justo para facturar maletas, pasar los controles y ponerse a la cola de embarque de su avión con destino al aeropuerto de Orly. Casi sin darse cuenta, Valentina estaba sentada en su asiento, viendo cómo su ciudad, Barcelona, se alejaba bajo sus pies. Si sus padres la hubieran avisado con tiempo, habría podido despedirse debidamente de su ciudad, de sus amigos y de Hugo, sobre todo de Hugo. A veces sus padres le daban ese tipo de sorpresas sin reparar en las consecuencias, como cuando le compraron el local de *El*

*estante* sin avisar. Nunca decepcionaban, pero le privaban de la oportunidad de prepararse para dar cualquier paso en su vida. Por eso nunca les contaba nada sobre sus romances. Porque, si por ellos fuera, ya se habría casado con la mitad de los ligues de una noche que Victoria le había presentado.

A Valentina no le entusiasmaba volar. No le molestaba, pero le gustaba más un viaje en tren o en coche, donde adquiriría más conciencia del trayecto que recorría. A pesar de todo, los aviones siempre tenían un efecto soporífero sobre ella. Entre las pocas horas que había dormido y la vibración de los motores que le recorría el cuerpo, rápidamente cayó en un agradable sueño.

—¿Hugo? Soy Valentina —decía por teléfono.

—Hola.

—Te llamaba para decirte que no te preocupes por lo de ayer. A veces se cometen errores, pero siempre se pueden corregir.

—¿De verdad lo ves así? No sabes el peso que me quitas de encima. Pensaba que no volvería a verte.

—Claro que me vas a volver a ver, como mínimo unos cuantos domingos más —bromeaba ella.

Él no decía nada más. Valentina suponía que sonreía con aquella sonrisa suya tan peculiar que la había encandilado desde el primer día.

De repente ya no estaban hablando por teléfono, sino en persona. Y ella se acercaba para darle un dulce beso y sellar aquella fácil reconciliación. Pero cuando estaba a pocos centímetros, Hugo ya no era Hugo sino una versión de Shakespeare.

Valentina se apartaba de golpe y entonces veía que Hugo estaba a su derecha.

—¿A quién vas a escoger? —preguntaba Shakespeare—. Yo soy tu futuro. Él sólo es un chico.

—Yo te quiero —decía Hugo.

Valentina dudaba.

—Yo soy tu futuro —repetía Shakespeare.

—Yo te quiero —insistía Hugo.

—Yo soy tu futuro.

—Yo te quiero.

—Futuro.

—Te quiero.

—Futuro...

—Te quiero...

Poco a poco, tanto Hugo como Shakespeare eran absorbidos por una espiral que

se lo llevaba todo y ambos la cogían de la mano. Valentina no tenía fuerza suficiente para sostener a los dos, hasta que uno de ellos se soltaba.

Abrió los ojos de golpe y dio un salto en el asiento como si se hubiera caído desde un par de metros.

—¿Qué te pasa? —preguntó su madre, que estaba a su lado.

—Nada, una pesadilla —respondió Valentina.

—Vuélvete a dormir. Aún falta un poco.

Valentina fingió dormirse de nuevo, pero en realidad se puso a mirar por la ventanilla mientras pensaba en el sueño que acababa de tener. Pero no podía recordar qué mano había soltado. Tan sólo que uno de los dos hombres se le escapaba. ¿Y si era Hugo?

No quería pensar en eso. En el sueño se había reconciliado con él. Pero ahora, a miles de metros sobre el suelo, le era imposible hacerlo, pues en la tienda no tenía teléfono. Simplemente quería decirle una cosa: tenía que ser él mismo, no lo que los demás le decían que fuera. Debía ser tal como era él, un «niño grande».

## Capítulo 18

### Hugo

Hugo caminaba de un extremo al otro del comedor. En una mano tenía el móvil y en la otra... Bueno, en la otra tenía su cabeza, que no dejaba de frotarse debido a los nervios. Estaba que se subía por las paredes. Hacía ya tres días que no sabía nada de Valentina y no podía soportar la espera.

—¡Joder, Hugo, para ya! —gritó Arturo—. Vas a gastar el suelo.

—¿Por qué no llama? Hace tres días que se fue y no sé dónde está. Podría llamar, ¿no?

Desde que sabía que Valentina no estaba en Barcelona, cada noche pasaba lo mismo. Hugo pendiente de si ella se ponía en contacto con él. Arturo y Diego ya no sabían cómo calmar a su amigo.

—¿No ves lo que pasa? —le dijo Arturo, volviendo a probar una de sus tácticas.

—¿Qué pasa?

—Que se está haciendo de rogar —respondió Arturo—. A las chicas les encanta que nos pongamos de rodillas suplicando su perdón.

—Valentina no es así.

—Claro que lo es, igual que tú eres como nosotros.

—¡Como nosotros! —repitió Diego con voz tenebrosa.

Arturo y él estallaron en carcajadas.

—Ya vale, ¿no? —los interrumpió Hugo—. Seguro que ha perdido el móvil. Lo tiene que haber perdido. No puede ser otra cosa.

Ese monólogo irritante se repetía cada vez. En realidad, Hugo pensaba que la había cagado de lleno, con todas las letras, pero no quería aceptarlo. Así que constantemente rebatía sus propios pensamientos. Si alguien que no lo conociera lo hubiera visto en ese estado, habría pensado que estaba completamente loco.

—Si quieres que te sea sincero —empezó a decir Diego, mientras cogía una bebida de la nevera—, creo que la cagaste y que ella se asustó.

—¿Cómo se iba a asustar si me besó las dos veces? «Y otras cosas que no te voy a explicar», añadió Hugo para sí mismo.

—Era un beso de consolación —sentenció Arturo, sonriendo—. A mí me lo han hecho más de una vez. Precisamente, hace poco...

—No me cuentes tus batallitas —lo interrumpió Hugo de malos modos.

—Hugo, como amigo tuyo te pido una cosa —dijo Diego—: acepta que puedes haberla perdido. Será lo mejor para ti. Además, si no es así, después te alegrarás más.



—Pero no puede ser. ¿Tan mal lo hice la otra noche? En la práctica no hice nada malo y en la primera cita lo pasó bastante bien. ¿Qué habré hecho para que no me haga ni caso?

—Vete a saber —dijo Arturo—. Puede que ser feo.

—No le hagas caso, Hugo. —Diego lo cogió por un hombro y lo frenó en su continuo ir y venir—. Nosotros no somos feos. Tenemos caras interesantes. En el pasaporte dicen que me parezco a Brad Pitt —remató, haciendo un gesto que intentaba ser sensual.

Hugo lo miró de reojo.

—Diego, no me atosigues con tu cara de culo.

—A éste no se le puede ayudar —dijo Diego, soltándolo—. Yo le quiero echar una mano y me dice que tengo cara de culo.

—Hugo, tienes que hacer algo para solucionarlo. Muchos días más así no podrás aguantarlo. Te volverás loco.

Él se lo quedó mirando. Tenía razón, debía actuar. Se fue directamente a su habitación, dejándolos plantados.

—Ha perdido el juicio —dijo Arturo, negando con la cabeza.

—Sí —respondió Diego—. ¿Crees que tengo cara de culo?

—Amigo mío, si te lo propones puedes tener cara de cualquier cosa —le soltó Arturo mientras se sentaba en el sofá.

Diego fue a mirarse en el reflejo de la ventana, haciendo gestos raros. En ese momento, detrás de ellos pasó una estela que agitó el aire. Era Hugo, que se había puesto las zapatillas y el abrigo.

—Me voy —dijo, abriendo la puerta.

—¿Adónde? —preguntó Arturo.

—A buscar a Valentina.

—Pero si no sabes dónde está.

—Da igual. Lo averiguaré. —Y salió por la puerta.

—Lo dicho. Ha perdido el juicio —sentenció Arturo.

Ya no podía más. Le era absolutamente igual la hora que era. Debía saber si Valentina se escondía de él. La amaba con locura e iría tras ella donde estuviera, pero primero tenía que saber dónde era eso.

Con esta sencilla idea en la cabeza, echó a correr por la calle. Había salido sin nada en los bolsillos, tan sólo se había cambiado el calzado. Nunca había sido una persona que hiciera ejercicio; al contrario, prefería no hacerlo. Pero aquella noche había algo que lo llevó a recorrer media ciudad. Lo que lo impulsaba era lo que sentía

por Valentina.

Lo había sentido desde que ella apareció acarreando aquella caja de cómics en la *Comición* y lo volvió a sentir cada domingo que había trabajado con ella. Algo en su interior le decía que Valentina era La Chica, con mayúscula. Su chica. No tenían nada en común, pero había algo que los unía. Hugo tan sólo rogaba que ese extraño sentimiento no lo sintiera únicamente él.

Durante toda su vida había buscado una relación estable con alguna chica y siempre había tenido la misma mala suerte. No es que ellas no hablaran con él, sino que lo veían sólo como el amigo o el compañero perfecto, nunca como su pareja perfecta. Había invitado a salir a diversas chicas, con mejor o peor estilo, pero se había atrevido a proponérselo y siempre había recibido el mismo tipo de respuestas.

—Te quiero demasiado para ser tu novia.

—Te quiero, pero como amigo.

—Eres como un hermano para mí.

—Eres mi mejor amigo.

—A ti te lo puedo contar todo.

Y un largo etcétera. Y aunque no eran palabras que pudieran herir a nadie, a Hugo se le repetían una y otra vez en la cabeza. Era como la lista de sus fracasos.

Había salido con chicas, la mayoría en citas a ciegas con Arturo. Y no es que fueran malas chicas, pero eran muy superficiales y la mayoría sólo buscaba un rollo de una noche. Hugo se prestaba a ello. No había sido tan tonto como para rechazarlo, pero al mismo tiempo echaba de menos la compañía de alguien que lo quisiera de verdad.

A él nunca le habían roto el corazón hasta ahora, hasta que Valentina dejó de hablarle. Todas las chicas a las que había creído amar las conocía por su grupo de amigos; no las amaba realmente, por lo que cuando recibía sus negativas no lo pasaba mal. Pero con Valentina había sido distinto.

Nunca había pensado que se cruzaría con su mujer ideal por pura casualidad y que en pocos días se convertiría en algo más que una íntima amiga. Y muchos menos podría haber llegado a imaginar que aceptaría salir con él. Y ahora, de repente, era imposible hablar con ella.

Recordaba los besos que Valentina le había dado, aquellas caricias tiernas en la cara, y todo lo demás que habían compartido sin que nadie lo supiera. No la creía capaz de fingir ese comportamiento. Era simpática, divertida, inteligente y, además, guapa. En ningún momento vio que fuera tan falsa y superficial como para mentirle de aquella manera tan descarada. Pero tampoco comprendía cómo era que no respondía a sus llamadas. Entendía que se hubiera molestado, pero no creía que pudiera llegar hasta esos extremos.

Se detuvo de golpe. Aunque se veía impulsado por una misteriosa fuerza, sus piernas no soportaban más aquel ritmo y el corazón le latía a cien por hora. No tenía más remedio que detenerse para recuperar el aliento. Entonces también se dio cuenta de que necesitaba aire y empezó a aspirar a grandes bocanadas.

Estaba en el Arc de Triomf. Apenas había llegado a la mitad del trayecto y no se veía capaz de seguir. Parado en mitad del paseo de Sant Joan, empezó a mirar a su alrededor. Era como si buscara a Valentina, como si en cualquier momento ella pudiera aparecer. Pero entonces se percató de que no era él quien daba vueltas, sino su cabeza, y cayó como un peso muerto. El último pensamiento que tuvo antes de desmayarse fue que si se volvía a enamorar, primero debía hacer ejercicio.

Cuando volvió en sí, un perro le estaba lamiendo la cara. Era un perro de Sar Huberto, un *Bloodhound*, que llevaba una pareja de su edad. El chico se le acercó, mientras ella aguantaba al perro.

—¿Estás bien? *Gastón*... mi perro, ha visto cómo caías en redondo y ha venido a socorrerte, o eso parece —añadió sonriendo.

—Sí, bueno. Estoy lo mejor que puedo después de desmayarme. Llevo una temporada que no hago otra cosa —dijo Hugo bromeando mientras se incorporaba.

—No te preocupes. Eso le puede pasar a cualquiera —dijo el chico, ayudándolo a sentarse en un banco.

—Gracias —dijo Hugo.

El perro se le acercó y lo miró como queriendo saber si ya se había recuperado. Como respuesta, recibió una caricia por parte de Hugo.

Al cabo de un momento se levantó y agradeció la atención espontánea de la pareja.

—De nada, hombre —dijo la chica—. Toma una botella de agua, que hemos visto que venías corriendo.

Hugo la cogió, les dio de nuevo las gracias y volvió a echar a correr como un loco, pero consciente de que era mejor que de vez en cuando se detuviera a recuperar fuerzas antes de perder toda la energía.

Más de cuarenta minutos después, llegó jadeando y completamente agotado al portal de Valentina y pulsó el botón del interfono. Nadie respondió. Volvió a llamar y siguieron sin contestar. Lo pulsó de nuevo, esta vez de forma continua, y, como era de esperar, nadie respondió.

—Mierda —masculló Hugo, comprendiendo que Valentina se había ido realmente.

Ahora no sabía dónde probar. Se sentó en el portal y apoyó la espalda en la

puerta. ¿Qué podía hacer?

—¿Quién está llamando al timbre de forma tan insistente? —La voz de una mujer sonó a través del interfono. Pero no era Valentina.

—Estoy buscando a Valentina —respondió Hugo impulsivamente, sin levantarse.

—Pasa —dijo la mujer, a la vez que abría la puerta y Hugo, desprevenido, acababa tendido con medio cuerpo dentro del portal y medio cuerpo en la calle.

Se levantó rápidamente, mirando alrededor por si alguien lo había visto. Pulsó el botón del ascensor y, en vista de que tardaba en aparecer, empezó a subir los peldaños de dos en dos.

Cuando llegó al ático, las dos puertas que había en esa planta estaban cerradas. Sin saber qué hacer se acercó a la puerta de Valentina para escuchar si había alguien dentro y al no percibir ningún sonido se acercó a la otra puerta. Justo cuando estaba acercando la oreja a la madera, la puerta se abrió.

Hugo se apartó de un salto y vio aparecer en el umbral a una mujer mayor, de las que podrían llamarse «abuelas».

—Eres Hugo, ¿verdad? —preguntó ella amablemente.

—Sí.

—Y estás buscando a Valentina. —Fue más una afirmación que una pregunta.

—Exactamente.

—Entonces, pasa.

Dejó entrar a Hugo y cerró la puerta detrás de él.

—Siéntate. ¿Te apetece tomar algo?

—No, gracias.

—Insisto, pareces sediento.

Sin esperar respuesta, se fue a lo que parecía ser la cocina y regresó con un par de vasos con hielo y refresco de naranja. Hugo le agradeció el detalle. La verdad era que, pensándolo bien, sí tenía sed.

—Supongo que esperas que te diga dónde está Valentina, ¿no? —preguntó la mujer mientras, se sentaba en un sillón.

—Sí —respondió Hugo, asintiendo.

—No puedo darte mucha información. Sólo sé lo que me dejó escrito antes de marchar. Vivimos solas y, al ser vecinas, tenemos cierta confianza y nos preocupamos la una de la otra, y supongo que quiso avisarme.

Hugo asintió.

—Se ha ido a París —dijo finalmente la mujer.

—¿A París?

—Sí, la capital de Francia.

—¿Y cómo la encontraré? París es muy grande —se lamentó Hugo.

—La verdad es que sí, París es muy grande. Pero si realmente la quieres encontrar, lo harás.

—¿No le dijo nada más? —Miró a la mujer desesperado—. ¿Cuándo volverá? ¿Sabe concretamente adónde ha ido?

—No decía nada más. Bueno, sí. Que no me preocupara. Pero eso supongo que no te importa.

Hugo había dejado el vaso encima de la mesita y ahora se sostenía la cabeza con ambas manos.

—¿Sabes que no es la primera vez que veo a alguien de tu edad sentado ahí mismo, derrumbado por cuestiones de amor?

—¿Cómo? —Hugo levantó la cabeza.

—Valentina se ha sentado ahí varias veces, y la mayoría de ellas ha hablado de ti. —La mujer hizo una pausa— ¿Cómo crees si no que te he reconocido?

—¿Y? —preguntó Hugo.

—¡Ay, hijo mío! Te podría decir más cosas, pero no me estaría portando bien con Valentina. Debes descubrir las cosas por ti mismo.

Él no respondió. Comprendía que la mujer no quisiera traicionar la confianza de Valentina. Dio un último sorbo al refresco.

—Gracias por la bebida y por la información —dijo sonriendo, a la vez que se levantaba.

Sin moverse de su sillón, la mujer dijo:

—Ve a buscarla, no lo dudes. —Y le guiñó un ojo—. Ve a buscarla.

—¿Por dónde empiezo?

—París es un bonito lugar por donde hacerlo.

Hugo no quería decirle que buscar a Valentina en París era como buscar una aguja en un pajar.

—Le agradezco que me haya contado dónde está. Estaba angustiado.

—De nada —respondió ella, haciendo ademán de incorporarse.

—No se levante, ya cierro yo —dijo Hugo.

Se despidió de la mujer con educación y se fue por donde había llegado tras cerrar la puerta.

Bajó la escalera pensando que, como mínimo, Valentina se había ido de verdad y que no se estaba escondiendo en su casa. ¿Podía ser que hubiera querido apartarse de él? No lo sabía. ¿Podía ser que hubiera metido tanto la pata? No lo sabía. Tenía tantas preguntas que sólo ella podía responder que lo único que pudo hacer fue regresar a casa sabiendo que Valentina estaba lejos.

**Segunda parte**  
**París**

## Capítulo 19

### Hugo

Después de saber que Valentina se había marchado a París, Hugo intentó volver a la normalidad. El trabajo en la *Comición*, sus amigos, las largas sesiones de cine y los videojuegos... Todo parecía ir como siempre, hasta que llegó el domingo. Inconscientemente, ese día se levantó temprano como desde hacía varias semanas, pero cuando estaba desayunando se dio cuenta de que no lo iba a pasar trabajando con Valentina. Tal vez nunca más la volviera a ver.

Ese domingo fue, con total seguridad, uno de los más amargos de su vida. Intentó volver a dormir, pero fue imposible. No hacía más que dar vueltas, sin dejar de pensar en ella y en cómo encontrarla. Cogió un libro, pero tras leer apenas tres páginas tuvo que dejarlo porque no se centraba en la lectura. Probó a leer alguno de sus cómics favoritos, *El valle de los proscritos* de Spirou y Fantasio, o *El tesoro de Rackham el Rojo*, pero le fue imposible. Nada lo animaba.

Se sentó en la cama. Quería ir a buscar a Valentina, pero parecía una quimera que consiguiera encontrarla en una ciudad como París. Nunca había estado allí, pero sabía que era mucho más grande que Barcelona. Poco a poco, mientras luchaba para apartar esos pensamientos de su mente, se fue tumbando hasta que, finalmente, se quedó de nuevo dormido.

Cuando despertó, giró sobre sí mismo y miró el reloj que tenía en la mesita de noche. Era la una del mediodía. Oyó que Arturo y Diego hablaban acaloradamente sobre un juego nuevo que el segundo había descubierto en la casa y que sabía que no era ni suyo ni de Hugo. Por un momento, Hugo pensó que se trataba de un domingo como los de antes, con sus amigos discutiendo mientras jugaban a videojuegos, y él en medio para poner paz. Desgraciadamente, enseguida volvió a la realidad y pensó de nuevo en Valentina. No estaba de humor para aguantar una discusión sobre un videojuego.

Cogió ropa limpia y se escabulló hacia el cuarto de baño. No quería que sus amigos le preguntaran sobre ella o cómo se encontraba él. Se duchó rápidamente, se vistió y cruzó el comedor tan sólo diciendo:

—Buenos días. Voy a dar una vuelta.

Arturo y Diego le devolvieron el saludo, a la vez que se callaban de golpe, mirando por el balcón. Estaba cayendo la de Dios, un chaparrón considerable, típico del otoño barcelonés.

Al salir a la calle, Hugo se dio cuenta de su error. Había salido a pasear el día

más lluvioso desde hacía meses, sin llevar chubasquero ni paraguas. Pensó en volver al apartamento, pero luego, ni corto ni perezoso, salió del portal y dejó que la lluvia lo empapara.

Al principio no tenía un destino claro, pero con pasos lentos se dirigió hacia uno de sus rincones favoritos, donde podría abstraerse de la realidad. En pocos minutos pasó entre las Torres Mapfre y llegó al Puerto Olímpico. Bajó la escalera que llevaba a los restaurantes y se paró delante del McDonald's. Entró tan mojado que parecía que hubiera llegado nadando en lugar de caminando, encargó media docena de hamburguesas a un euro y se sentó a comérselas en la pobre terraza cubierta que había fuera.

Estaba solo, así que pudo disfrutar de las hamburguesas sin que nadie lo molestara con una conversación estúpida. Cada bocado era como un bálsamo. Sabía que aquellas hamburguesas no eran muy saludables, pero estaban tan ricas y cada vez que mordía un pepinillo se le hacía la boca agua. Fueron los mejores momentos de aquel triste domingo.

Con las seis hamburguesas en su estómago, se marchó de la terraza y se dirigió hacia el rompeolas, adonde llegó al cabo de un rato. Tras encaminarse por el paseo que lo recorría de punta a punta, decidió sentarse a observar el mar. Era un día perfecto para ver cómo las olas chocaban una tras otra contra las rocas de cemento y lo salpicaban todo. Hugo estuvo allí hasta que empezó a anochecer. Sin hacer nada, tan sólo observando el mar, sintiendo las gotas de lluvia en la cara e intentando olvidar a Valentina.

Tras el peor domingo de su vida, quiso darle una nueva oportunidad a todo lo que tenía antes de conocer a Valentina. El lunes por la mañana se fue a la *Comición* con la esperanza de que apareciera algún cliente que lo entretuviera y se la hiciera olvidar, aunque sólo fuera por un rato.

—Buenos días —saludó al llegar, falsamente animado.

—Hola —respondió Martín—. Acaban de llegar las últimas cajas que encargamos a *Dupuis*. Deberías ver dónde ponemos todo esto.

Tras un saludo militar, Hugo dejó sus cosas y se enfrentó a las cajas recién llegadas. Pero su falso buen humor pronto desapareció. Vaciar las cajas era un trabajo mecánico y su cabeza tenía total libertad para recorrer los recovecos más profundos de su corazón roto.

Martín se dio cuenta, porque era raro que Hugo, tan aficionado al cómic franco-belga, no leyera cada álbum que sacaba de la caja antes de ponerlo en la estantería. Se acercó a él por detrás.



—¿Estás bien? —le preguntó.

Hugo se volvió y, forzando una sonrisa, respondió:

—Sí, estoy perfectamente.

—¡Ah, vale! Como veo que no lees los cómics —dijo Martín, señalando los álbumes que había ido sacando de la caja.

Por un segundo, Hugo se olvidó de Valentina. Era verdad que apenas los había hojeado y algo se removió dentro de él. Era como si se hubiera traicionado a sí mismo. Ante esa revelación, pasó de estar acucillado al lado de la caja a sentarse en el suelo con un par de cómics en cada mano. No sabía por qué, pero no podía recuperar la vida de antes de conocer a Valentina.

Él, aquel chico que disfrutaba colocando cómics en la estantería porque así podía leerlos u hojearlos libremente, sin que nadie le dijera nada, ahora los estaba dejando en su sitio sin apenas leer el título. Miró los álbumes que tenía en la mano y vio definitivamente que no estaba bien.

—¿Seguro que estás bien? —volvió a preguntar Martín, como leyéndole el pensamiento.

Hugo negó con la cabeza.

—¿Puedo hacer algo por ti? —preguntó su jefe, sentándose a su lado.

Hugo no dijo nada. Al verlo así, Martín le pasó un brazo por los hombros.

Hugo dejó los álbumes que tenía en la mano de nuevo en su caja y miró a su jefe.

—Martín, voy a cogerme unos días de vacaciones —dijo finalmente.

—¿Y lo de ser socios? —preguntó Martín, intentando que recuperara la ilusión por algo.

—Lo siento —respondió—. Ahora creo que necesito tiempo para mí. Cuando vuelva ya te diré algo.

—¿Y me vas a dejar aquí solo? —preguntó de nuevo Martín, reclamando una ayuda que no necesitaba para que Hugo se recuperara.

—Puedes aprovechar para buscar a alguien.

Hugo se levantó y fue a por sus cosas. Martín también se levantó, pero no se movió de donde estaba. Lo vio salir por la puerta de la tienda sin decir nada y sin despedirse de él.

—Pobre muchacho —dijo en voz alta.

Al marcharse, Hugo sabía que las vacaciones que se estaba tomando de forma improvisada no tenían fecha de finalización. No estaba en condiciones de trabajar en la *Comición* y menos de atender de buena gana a los clientes. Suspiró profundamente, pensando que tal vez no volvería a aquella tienda nunca más. Decidió ir a casa caminando, a ver si el día radiante que había quedado tras la lluvia del domingo lo animaba.

Al abrir la puerta de su apartamento, Hugo vio que no estaría solo. En el sofá estaba Diego.

—¿Se puede saber qué haces aquí? ¿No deberías estar trabajando? —preguntó Hugo, molesto por la falta de intimidad.

—He venido a hablar contigo.

—¿De qué?

—Bueno, he dejado el trabajo y tengo la esperanza de ser el hombre que necesitáis en la *Comición* —explico Diego ilusionado.

Hugo lo miró. En ese momento no tenía ganas de hablar de nada.

—Me he cogido vacaciones. Puedes ir cuando quieras a hablar con Martín. Le dices que vas de mi parte y él decidirá.

—¿Y ya le has dicho algo de lo de ser socio?

—No —respondió Hugo secamente.

Al ver cómo le respondía, Diego prefirió dejar el tema. Estaba claro que no estaba el horno para bollos.

—Ya que estoy aquí, ¿hacen unas partidas? —preguntó Diego.

Hugo lo miró. Por un segundo, pensó que jugar a la Play lo animaría. Siempre había sido así. Además, por probar no perdía nada. Pero resultó que sí que perdió algo: la paciencia. A pesar de jugar a un juego que tenía dominado, como el *Pro*, lo hacía sin ganas. No intentaba ganar a Diego. Al contrario, no hacía más que perder balones.

—¡Vaya mierda de juego! —exclamó finalmente, soltando el mando.

—Es que juegas sin ganas —dijo Diego, pausando el juego—. Si te concentras, seguro que me machacas.

—Hoy creo que no —contestó Hugo, volviendo a su estado apagado y hundiéndose en el sofá.

—¿Qué te pasa, Hugo? —preguntó Diego preocupado.

Ya se había dado cuenta el domingo anterior de que su amigo no estaba bien; apenas había estado con Arturo y con él, e incluso con aquella tormenta no había dudado en salir a dar una vuelta.

—¡Nada! —respondió Hugo cabreado—. ¡No me pasa nada! Qué manía tenéis todos con que me pasa algo.

—Hugo, tío, que yo sólo quería...

—Quedarte con mi empleo. Anda, corre a la tienda a cogerlo. Ahora puedes quedarte con mis cosas.

Y sin decir nada más, se fue a su habitación y cerró la puerta de un portazo,

dejando a Diego con la palabra en la boca.

—Yo sólo quería echarte una mano —dijo éste tristemente.

Al ver que Hugo no regresaba, apagó la Play y recogió sus cosas. Quería ir a hablar con Martín, no sólo por el trabajo sino también sobre Hugo, para poder aclarar qué pasaba con uno de sus mejores amigos.

Salió del apartamento y cerró la puerta con cuidado.

Después de hablar con Martín, Diego estaba contento y triste a la vez. Contento porque Martín no había dudado en contratarlo al saber que era el amigo friki de Hugo, pero estaba triste por lo que le había dicho de éste. Su amigo estaba peor de lo que ellos creían; la desaparición de Valentina lo había destrozado por dentro. Tenía que hacer algo para ayudarlo, y sólo se le ocurrió una cosa: ir a buscar a Arturo.

Diego miró el reloj. Era la hora de comer y sabía de sobra dónde encontrar a su amigo. Tras unas cuantas paradas de metro, llegó a la Diagonal y se dirigió hacia un gran edificio de oficinas. Arturo trabajaba allí. Diego no sabía muy bien en qué consistía su empleo, pero faltaban un par de minutos para las dos y media y Arturo era un chico de costumbres. Y, en efecto, minutos después prácticamente se dio de bruces con él.

—¿Qué coño haces aquí? —preguntó Arturo, mirando alrededor.

No quería que sus compañeros de trabajo supieran que sus amigos eran unos frikis.

—Tengo que hablar contigo sobre Hugo.

—¿Qué le pasa a ese mendrugo?

—Ha dejado el trabajo en la *Comición* —explicó Diego—. Dice que son vacaciones, pero algo me dice que no es así. Se ha derrumbado.

—No me jodas —dijo Arturo, tocándose la oreja derecha.

—Como lo oyes. Debemos hacer algo para que no lo eche todo a perder.

—¿Y que propones? —preguntó Arturo.

—No lo sé.

—Lo primero sería que él quisiera recuperarse —añadió Arturo, serio.

—El problema es que cuando le preguntas se cierra en banda.

—Pues si es así, será muy complicado ayudarlo.

—Martín está también muy preocupado. No lo ve nada motivado en el trabajo.

—¡Joder! —exclamó Arturo—. Pero si siempre dice que es el trabajo de su vida, que es lo mejor que le ha pasado.

—El problema es que lo que parecía ser lo mejor que le había pasado, se ha convertido en lo peor.

—Sí, Valentina ha pasado de ser algo bueno a ser algo malo.

Por un segundo, los dos se callaron. No sabían cómo solucionar el problema.

—¿Y si Martín lo llamara pidiéndole ayuda, diciéndole que hay mucha gente y que lo necesita? —empezó a decir Arturo.

—Es verdad —respondió Diego—. Es casi un socio, no le puede decir que no.

Una vez vislumbrada una posible solución, decidieron ir a comer juntos para llamar a Martín y decidir cómo convencer a Hugo para que volviera al trabajo.

Cada mañana, desde que Hugo se había cogido vacaciones, hacía ya unos días, Arturo odiaba salir de su habitación y cruzar el comedor. Hugo estaba allí a todas horas, tumbado en el sofá, viendo películas y jugando a videojuegos. Comía cualquier cosa, no se duchaba, iba sin afeitarse y, por primera vez en su vida, no ordenaba sus cosas.

Arturo no quería ver cómo su amigo, tal vez su mejor amigo, se estaba destrozando de esa manera.

—¿Hasta cuándo estarás de vacaciones? —le preguntó.

—No lo sé —respondió Hugo, sin dejar de jugar—. Martín me debe muchas vacaciones.

—¿Y lo de ser socio?

—Ahora no sé si quiero tener ese tipo de responsabilidad.

Arturo se acercó un segundo y pudo comprobar que ese día Hugo tampoco se había duchado.

—¿No te haría falta una ducha?

—Para qué. No tengo nada que hacer.

—¿Todo esto es por Valentina? —se atrevió a preguntar Arturo—. Piensa que hay muchos peces en el mar.

Hugo se encogió de hombros sin dejar de jugar.

—Bueno, yo me voy. Nos vemos por la noche.

Hugo gruñó algo que Arturo interpretó como una despedida.

Ante la imposibilidad de hacer que recuperará su habitual actitud animada y volviera a la normalidad, Arturo se fue al trabajo. Ya probaría a animarlo por la noche, porque seguro que lo encontraría en el mismo sitio donde lo había dejado.

Antes de cerrar la puerta, lo miró de nuevo. Daba pena. Tenía que hacer algo para que volviera a ser el mismo de antes, lo que fuera, pero tenía que hacer algo. La cosa iba cada vez peor.

A pesar de la actitud de absoluto pasotismo que había mostrado Hugo al hablar con Arturo, en cuanto la puerta del piso se cerró, Hugo se incorporó y, sin poder aguantar el llanto, se cogió la cabeza con ambas manos apoyando los codos sobre las rodillas y lloró.

No sabía si sus amigos se lo suponían, pero cada vez que estaba solo hacía lo mismo. Y no paraba hasta que se quedaba dormido, acurrucado en el sofá.

Mientras lloraba, sólo podía pensar y decirse una cosa en voz alta:

—Por una vez que consigo a la chica perfecta, lo echo todo a perder.

## Capítulo 20

### Valentina

Un día más, no hizo falta que sonara el despertador. El apartamento que le habían alquilado sus padres era magnífico; por las mañanas, entraba la luz por todas las ventanas y Valentina se despertaba con un agradable calor matutino gracias a los primeros rayos de sol.

Abrió los ojos. Hacía más de una semana que vivía en París, pero no lo estaba disfrutando. El apartamento era tan magnífico como triste. Pequeño y acogedor, con buenas vistas y cerca del trabajo, pero al marcharse de su casa de forma tan precipitada no se había podido llevar nada, ni una foto, ni un libro, ni una película, por lo que las horas que pasaba allí se aburría como una ostra. A eso se añadía que no había podido despedirse de Hugo.

Como cada día, fue al baño, se duchó y se vistió rápidamente. Bajó luego a desayunar a una *boulangerie* que había dos puertas más abajo de la rue des Halles.

Aquel barrio era excelente. Había tiendas y todo tipo de servicios, pero sin la bulliciosa actividad turística que inundaba casi todos los rincones de la ciudad. Después de desayunar sus dos croissants de mantequilla de rigor, acompañados de un chocolate caliente, emprendió el camino hacia *Shakespeare & Co*. Cruzó el Sena por la Île de la Cité, pasó por delante de Notre Dame, donde, a pesar del tiempo frío había ya una larga cola de turistas para subir a las torres de la catedral, y pocos minutos después estaba ante la librería en la que trabajaría durante los próximos seis meses. Prácticamente hasta el día de Sant Jordi del siguiente año no volvería a pisar Barcelona.

El concepto de aquella librería iba más allá de cualquier otra que hubiera en París o en el mundo. A pesar de ser una librería de viejo, como muchas de las que había en Barcelona, no se parecía a ninguna de ellas. Permitían a los visitantes sentarse a leer en butacas y en divanes que se encontraban por todos los rincones de la librería. Era como una casa privada, cuya única decoración fueran los libros y donde todos los que quisieran pudieran entrar a leer y comprar.

Era algo difícil de explicar para alguien que nunca hubiera estado allí.

Cuando llegó, las persianas metálicas ya estaban subidas y sus compañeros estaban sacando las estanterías que normalmente se ponían fuera. Cruzó la puerta de la tienda y sintió aquel olor a polvo y a papel antiguo que en *El estante* tanto la molestaba pero que allí formaba parte del encanto.

Estanterías de mil y una formas cubrían las paredes llenas a rebosar de libros, la

mayoría en inglés, pero se podían encontrar también desde obras en el resto de idiomas, desde el castellano al japonés. A pesar del aparente desorden, todo estaba meticulosamente clasificado para que trabajadores y clientes pudieran encontrar lo que buscaban.

Valentina dejó sus cosas en la trastienda y, junto con los compañeros que estaban en la calle, llenó las estanterías con libros en todas las lenguas, ya que una importante fuente de beneficios la constituían los turistas. Cada día, centenares de ellos entraban y compraban, a modo de souvenir, todo tipo de libros, aunque los que siempre se vendían más eran, evidentemente, los de Shakespeare.

Lo curioso de los turistas que visitaban aquella tienda era que no necesariamente formaban parte del turismo cultural de la ciudad. Aquella era una librería conocida en todo el globo y, por lo tanto, mucha gente paraba allí porque lo habían leído en cualquier guía turística o el recepcionista del hotel se la había recomendado.

Se acercaban y hojeaban algún libro. Algunos entraban y otros no, pero todos se hacían la foto en la tan conocida entrada de color verde y amarillo, aunque en sus ciudades de origen nunca hubieran entrado en una librería de viejo.

A pesar de la tristeza que no podía borrar de su mente desde que abandonó Barcelona, Valentina disfrutaba del trabajo. En realidad era lo único que hacía, además de comer y dormir. Sus numerosos compañeros eran de mil y una nacionalidades; había americanos, ingleses, italianos, un japonés y, para sorpresa de Valentina, tan sólo un francés, François, que era con el que ella había hablado más. Todos la habían invitado a comer, a cenar o a salir de fiesta, pero Valentina se sentía tan culpable por cómo se había comportado con Hugo, echándole la caballería por encima sin dejar que se disculpara y marchándose de Barcelona sin decirle absolutamente nada, que siempre rechazaba la invitación. Desde que había llegado, iba de casa a la librería y de la librería a casa. No había visitado un museo ni un monumento, nada. Vivía tan sólo por y para los libros y la librería.

Ese jueves, como todos los días anteriores, fue tranquilo y, una vez terminó su trabajo en la librería, regresó a su apartamento. Y un día más se sintió muy sola. Apenas eran las seis de la tarde y ya había apagado y encendido el televisor veinte veces y mirado qué hacían en todos los canales. Estaba aburrida, muy aburrida. Lo único que la tranquilizaba o la complacía, y en parte le permitía olvidar a Hugo y Barcelona, eran las vistas. No se lo habían dicho, pero seguramente aquel apartamento lo había escogido su madre, una gran amante de la arquitectura parisina, y aquellas vistas eran la prueba. Desde la terraza de su ático en la rue des Halles, podía ver los tejados gris oscuro de la ciudad y tenía una visión directa de la catedral.

Valentina fue a la pequeña cocina, cogió un refresco de la nevera y salió al balcón. Iba con pantalones de chándal, una camiseta blanca, un jersey de punto encima y calzada únicamente con unos calcetines blancos de deporte horribles. Pero le daba absolutamente igual; aquella posición aislada y privilegiada por encima de la ciudad le permitía vestirse como le diera la gana.

Las horas en aquel balcón se le pasaban como si nada y en lo que le pareció poco rato Valentina vivió otra hermosa puesta de sol, que dio paso a una ciudad completamente iluminada por la luz eléctrica.

Observar aquella vista tenía ciertas consecuencias, a pesar de ser magnífica. Al poco rato de estar contemplándola, un sentimiento de melancolía la invadía, como había podido comprobar todas las noches que había pasado en aquel apartamento.

Cuando empezó a sentir frío se metió dentro y cerró la puerta-ventana pero no corrió las cortinas. Se tumbó en el sofá y cogió de nuevo el mando del televisor. No tenía nada que hacer. A pesar de trabajar en una librería, no había comprado ni un triste libro, no tenía películas ni ningún aparato reproductor, y, por supuesto, se había negado a tener vida social. Se estaba castigando por los crímenes cometidos contra el corazón de Hugo. Estaba segura de que a él se le estaba haciendo muy cuesta arriba no poder hablar con ella.

«Seguro que piensa que estoy enfadada con él», se dijo. Bueno, sí se había enfadado, pero había sido sólo aquella noche. Después, había querido hacer las paces. Sin embargo, su partida a París y la pérdida de su móvil con todos sus contactos excepto el de Victoria lo había interrumpido todo.

En realidad, podía hacer una cosa que sí la animaba, pero se negaba a hacerlo. Desde que estaba en París, tan sólo había llamado a Victoria dos veces, y en ambas ocasiones su amiga le había dicho que debía olvidarse de Hugo, buscar a un francés bohemio y rico y casarse con él.

Valentina le había llevado la contraria respecto a Hugo, y al final habían acabado discutiendo, algo que la había llevado a colgar de golpe antes de que su amiga la oyera llorar desconsoladamente. Así que se negaba a vivir eso de nuevo.

Encargó una pizza por teléfono, que llegó media hora tarde y completamente fría, pero no quiso protestar. La calentó de cualquier manera en el microondas y se la comió viendo un documental sobre la segunda guerra mundial. Era lo mejor que daban.

A mitad de la cena se fue la luz y la de la luna le permitió verse reflejada en la pantalla negra del televisor. Se dio pena a sí misma, comiendo pizza recalentada, sola, sin nada que hacer. Suerte que ni sus amigas ni sus padres estaban allí, porque le habrían echado un buen rapapolvo que la hubiera devuelto a la realidad.

Cuando la luz volvió unos minutos después, ya no intentó seguir con el



documental. Al verse de ese modo, comprendió que Victoria tenía razón. Debía seguir adelante, ser fuerte e intentar disfrutar de aquella experiencia.

Después de cenar, lo recogió todo, tiró la pizza que le había sobrado y se fue a dormir. A la mañana siguiente quería tener energía suficiente para volver a ser la misma de siempre.

En el nuevo día la luz del sol volvió a iluminar todo el apartamento. Ella ya la estaba esperando despierta. Se había levantado temprano, había bajado a comprar el desayuno y luego había regresado para desayunar viendo cómo el sol asomaba por el horizonte y bañaba con su luz toda la ciudad. Ése era el mejor comienzo para un día, el mejor comienzo para una nueva vida. No pretendía olvidarse de Hugo ni por asomo, pero tampoco quería que su recuerdo la atosigara día y noche y no le permitiera disfrutar de su nuevo trabajo y de su nueva ciudad.

Cuando fue la hora de irse al trabajo, bajó a la calle y paró a comprar croissants para todos sus compañeros. Al llegar a la tienda, empezó a repartirlos entre sus nuevos amigos.

—*Bonjour*— iba diciendo cada vez que daba un croissant.

Sus compañeros, que nunca la habían visto así de alegre, se la quedaron mirando sin comprender ese cambio repentino. Con energía renovada, Valentina empezó su trabajo en la que, con permiso del *El estante*, era la mejor librería de viejo del mundo.

Mientras colocaba algunos libros en las librerías exteriores, la imagen de un Hugo perdido, triste y deprimido cruzó su mente y, por un momento, creyó que las ganas de disfrutar del presente se le pasarían en pos del deseo irrefrenable de regresar a Barcelona para ver a Hugo. Pero no permitiría que eso la afectara. Tragó saliva, respiró hondo y volvió a lo que estaba haciendo. No debía preocuparse por él. Ya era mayorcito y además sabía que cuando regresara a Barcelona se disculparía y que Hugo la comprendería.

Las horas de aquella mañana pasaron rápidamente. Su dominio del inglés y el francés y su chapurreo del alemán y el italiano, le permitieron hablar con todos sus compañeros. De manera que, después de muchos días, aceptó la invitación de ir a comer con un grupo de ellos. Valentina sólo puso una condición: que alguien la llevara a una tienda donde pudiera encontrar películas de Disney y un reproductor de DVD. François se ofreció voluntario, pues conocía al propietario de una pequeña tienda que había en el boulevard Saint-Germain.

Cuando llegó la hora de comer, Valentina y cinco de sus compañeros salieron juntos de la tienda.

—Ya verás —dijo una chica alemana—. Te vamos a llevar a un restaurante que es lo mejorcito de París.

—Sobre todo porque vamos cada día y el propietario nos hace descuento —bromeó un chico finlandés.

Todos se echaron a reír mientras cruzaban la calle. Cuando llegaron a Saint-Germain, François y ella se separaron un momento del resto.

—La tienda es de mi amigo René —dijo él cuando estuvieron solos—. Esperemos que también te haga algún descuento.

Valentina sonrió. Mientras iban hacia allí hablaron de muchas cosas. A pesar de que ya hacía días que trabajaba en la tienda, aún no había explicado demasiadas cosas de sí misma, excepto que era de Barcelona.

—Es aquí —dijo François, y se detuvo ante una tienda con un cartel que con letras estilo Hollywood decía *DVDWood*. Todo un juego de palabras, pensó Valentina.

Al entrar, el hombre que había tras el mostrador salió y se acercó a ellos. Tenía un gran mostacho y unas gafas redondas y pequeñas encima de la nariz.

—Buenos días, François —saludó. Luego, mirando a Valentina, preguntó—: ¿Quién es esta belleza que te acompaña?

Ella se sonrojó.

—Se llama Valentina. Trabaja conmigo en *Shakespeare*.

El hombre se inclinó y le besó la mano con galantería.

—¿Y en qué puedo ayudaros? —preguntó finalmente.

—Estoy buscando películas de Disney —dijo Valentina rápidamente.

—Eres como una niña, ¿verdad? —bromeó René.

Valentina no pudo controlar un nuevo pensamiento de Hugo con sus cómics. Él era su niño grande.

René la acompañó al rincón donde se hallaba todo el cine infantil de animación y, sin dudarle un instante, Valentina empezó a buscar películas de Disney. Mientras ella estaba a lo suyo, François y René hablaban animadamente junto al mostrador.

Al cabo de unos minutos, Valentina se acercó a ellos con dos películas bajo el brazo y se las dio a René.

—*Los Aristogatos* y *La Sirenita*. Muy buenas elecciones, pero prefiero *Basil, el ratón Superdetective* —comentó René, mientras metía en una bolsa ambas películas.

—¿Qué te debo? —preguntó ella.

—¡Oh, no, nada! —exclamó René—. Para las amigas de François, todos es gratis en *DVDWood*.

Valentina insistió en pagarle, pero el hombre se negó en redondo. Al salir de la

tienda, François se disculpó.

—René es así —le dijo François, encogiéndose de hombros—. Antes perderá dinero que quedar mal con una chica bonita.

Ella se sonrojó de nuevo.

—Venga —dijo, intentando perder el color de las mejillas—. Vamos a comer que tengo mucha hambre.

Y caminando deprisa, tomaron el camino del restaurante. Era un auténtico *bistro* francés. Un pequeño y acogedor restaurante típico, donde fueron recibidos como clientes de toda la vida.

Cuando regresó a casa, eran las tres de la madrugada pasadas. A pesar de ir cargada con un par de películas y un reproductor de DVD, que había comprado en la *Fnac* del boulevard Saint-Germain al salir por la tarde, la convencieron para que fuera a cenar y tomar unas copas con ellos. Lo que al principio tenía que ser una cena discreta y unas cuantas copas se acabó convirtiendo en una larga sobremesa, primero en un restaurante a orillas del Sena y después en las mesas de un bar, que se alargó hasta las dos.

Al ir en grupo, el camino de vuelta también fue lento y François, tan amable y correcto como siempre, la acompañó a su casa. Pero Valentina no lo invitó a subir, pues estaba demasiado cansada y se sentía culpable de haberlo pasado bien, mientras el pobre de Hugo debía de seguir sin saber nada de ella.

Al entrar en el apartamento, no pudo reprimir el impulso de llamar a Victoria. Quería preguntarle si Hugo había ido a la tienda a buscarla o si la había llamado, y, en cualquier caso, qué le había dicho ella.

Marcó el número. Nadie contestaba, pero Victoria tenía el móvil encendido. Cuando estaba a punto de saltar el contestador, Valentina colgó y volvió a llamar. Y así hasta cinco veces, hasta que la voz ronca de su amiga respondió:

—¿Quién me llama a estas horas? —protestó.

—Soy Valentina, necesito hablar contigo —dijo.

—¿No puede ser mañana por la mañana?

—Victoria necesito contarle a alguien lo que siento.

—A ver —dijo su amiga con voz compasiva —, ¿qué te pasa?

Valentina se imaginó a Victoria incorporándose en su cama y apoyando la espalda en el cabezal.

—Hoy he salido a comer, a cenar y a tomar algo con mis compañeros de la librería.

—Eso está bien —dijo Victoria mientras se acababa de despertar—. ¿No?

—No, no está bien. Yo aquí pasándolo bien, mientras Hugo debe de estar preocupado por mí.

—Hugo también puede estar pasándose bien aquí.

—Lo conozco, y no. Seguro que se está carcomiendo por dentro —dijo Valentina—. ¿No ha ido a la tienda?

—¡No! —mintió Victoria—. Por allí no ha pasado.

—Además, hay un chico —siguió Valentina—. Se llama François. Es amable, inteligente y muy guapo.

—Ve a por él —dijo Victoria.

—No puedo. Tal vez Hugo no sea tan guapo ni tan inteligente, pero es muy tierno y divertido. Tal vez debería volver y dejar lo de *Shakespeare & Co.*

—Ni se te ocurra —dijo rápidamente Victoria—. No debes perder esa oportunidad.

—Pero me siento sola y sé que él también.

—¿François?

—No —contestó Valentina—, Hugo. Sé que me necesita tanto como yo a él.

La línea se mantuvo en silencio unos instantes.

—Veo que tienes claro que es el hombre de tus sueños, ¿verdad? —preguntó finalmente Victoria.

—Sí. Sé que no es un gran partido, pero para mí sí.

Victoria volvió a quedarse en silencio. Valentina sabía que su amiga estaba pensando, por lo que no dijo nada.

—Muy bien —respondió finalmente Victoria—. Veré qué puedo hacer para que puedas hablar con él.

Dicho esto, siguieron hablando de lo aburrido que era estar en París sola, de que le gustaría que su amiga estuviera también allí o que estuviera Hugo, y no terminaron hasta que ambas se quedaron dormidas al teléfono.

## Capítulo 21

### Hugo

Eran las once de la mañana cuando sonó el teléfono. Arturo sabía quién era, y también sabía que Hugo no respondería aunque sonara durante toda la mañana.

—Dígame —dijo Arturo, descolgando.

—¿Arturo?

—Sí, soy yo.

—Soy Martín. Pásame a Hugo.

El plan que habían elaborado hacía unos días estaba a punto de ponerse en marcha. Era un sábado como cualquier otro, pero Arturo, Diego y Martín habían pensado una cosa que no podía fallar: Hugo acabaría saliendo de casa.

Martín le pediría ayuda para la tienda. Iba a decirle que un grupo de turistas acababa de llegar y Diego no estaba preparado para soportar tanta presión, que necesitaba que fuera a echarle una mano.

Arturo fue al dormitorio de Hugo y entró sin pedir permiso. Hugo estaba durmiendo. Antes de despertarlo, Arturo lo miró detenidamente. La verdad era que había empeorado en muy pocos días.

—¡Hugo! —gritó como si hiciera rato que lo llamara.

El otro dio un salto del susto que se había llevado.

—Hugo, es Martín. Quiere hablar contigo —le dijo su compañero de pisc mientras se encogía de hombros, como si no supiera de qué iba la cosa.

—¿Qué quiere? —preguntó Hugo, haciéndose un ovillo para seguir durmiendo.

—¡Y yo qué sé! —exclamó, tendiéndole el teléfono inalámbrico.

—¿Sí? —gruñó Hugo al cogerlo.

—Hugo necesito que vengas enseguida.

—Estoy de vacaciones.

—Me da igual —respondió Martín—. Además, sigo siendo tu jefe.

—¿Qué pasa?

—¿Que qué pasa? ¡Te diré lo que pasa! Que tu amigo Diego, bajo presión, se convierte en un desastre.

Martín se había metido en el papel hasta el fondo. Además, sabía cómo tratarlo.

—¿Y qué? Me debes muchos días de fiesta. Búscate a otro.

—¿Cómo quieres que encuentre un refuerzo para Diego en diez minutos? —Hizo una pausa para evitar calentarse de verdad—. ¡Necesito que vengas ya!

Se oyó el chasquido que significaba que Martín había colgado.

—¿Qué quería? —preguntó Arturo como si nada.

—Me ha pedido que vaya.

Hugo estaba medio incorporado en la cama. Por un lado no le apetecía nada ir a trabajar, y menos a una tienda llena de guiris, pero debía ser responsable y ayudar a su jefe. Y más si Diego, al que le había dado el empleo porque se lo había recomendado él, había resultado ser un desastre.

—¿Qué vas a hacer? —Parecía que Arturo sentía cierta curiosidad. Ese sábado debía de estar aburrido.

Sin decir nada, Hugo se levantó y se fue al cuarto de baño, mientras Arturo regresaba al comedor con el teléfono inalámbrico.

—Diego, soy Arturo —dijo en voz baja—. De momento va para allá.

Antes de que pasara media hora de la llamada de Martín, Hugo salía a la calle. No la había pisado desde hacía una semana. La luz del sol lo deslumbró y el aire fresco llenó sus pulmones, acostumbrados ya al viciado del apartamento. Por un segundo fue como si todo lo que le rondaba la cabeza no tuviera importancia. Como si el hecho de salir fuera le hubiera devuelto la vida.

Caminó hasta el metro y se incorporó al río de gente que entraba y salía de los torniquetes de seguridad. Instantes después, estaba recorriendo las tres paradas que lo separaban de Urquinaona.

Al salir del metro, aceleró el paso inconscientemente, como cualquier otro día. Bajó por la Via Laietana, giró a la derecha por la calle Comtal y en poco rato llegó a la *Comición*. Pero para su sorpresa la tienda estaba muy tranquila. Incluso más tranquila de lo habitual para ser un sábado a las doce de la mañana.

Al entrar, Hugo se sintió como un cliente cualquiera, no como el vendedor que había sido durante los últimos años. Fue una sensación muy extraña.

—Hola, Martín —dijo, mientras sonaba la campanilla de la entrada.

—Buenos días —respondió su jefe, que estaba revisando números en una pequeña libretita gris.

—¿Dónde está esa invasión incontrolable de guiris?

Martín no respondió, tan sólo sonrió. Entonces, Hugo se dio cuenta de que Diego estaba ordenando las estanterías. Sus estanterías.

—Eso no va ahí, tarugo —dijo de mala uva—. Va dos estantes a la derecha.

Diego le hizo caso.

—Me gusta que estés de vuelta —comentó Martín.

—No estoy de vuelta. He venido a ayudarte, pero veo que no necesitas ayuda.

—No, no necesito ayuda —dijo Martín—. Pero tú sí.

Hugo se sorprendió.

—Arturo y Diego estaban muy preocupados y me llamaron para saber qué debían o qué podían hacer para que volvieras a ser el mismo.

Hugo cogió una pelota del Capitán América de un cubo lleno de ellas y se la arrojó a Diego.

—No la tomes con él. Sabes de sobra que tienes un problema.

—No lo tengo —protestó Hugo.

—Sí lo tienes y se llama Valentina.

Hugo no dijo nada. Simplemente sintió cómo su corazón, remendado de cualquier manera, volvía a resquebrajarse.

—Hugo, no puedes seguir así. Debes hacer algo.

—¿Y qué debo hacer? ¿Olvidarla? ¿Acostarme con la primera que pase para quitármela de la cabeza a polvos? —preguntó en tono sarcástico.

—No —dijo ceremoniosamente Martín—. Debes hacer lo correcto.

—¿Y qué es lo correcto?

—Ir a buscarla.

—No sé dónde está.

—Sí lo sabes —replicó Martín.

—Pero eso no me sirve de mucho.

—Al menos tienes por dónde empezar.

—Por si no te has dado cuenta —siguió diciendo Hugo, cerrándose en banda—, París es una ciudad muy grande.

—Eso da igual.

—No da igual.

—Claro que sí. Mientras tú la quieras, eso da igual. ¿La quieres?

Hugo dudó un poco. Tampoco quería darle la razón a su jefe.

—Claro —respondió al fin.

—Pues ve a por ella. Recorre los lugares donde creas que puede estar. Piensa en lo que te contó cuando estabais juntos. Seguro que la encuentras. —Martín hizo una pausa—. Recuerda que es lo mejor que te puede pasar en la vida. No la dejes escapar. No te rindas.

—¿Tú crees que debería ir a buscarla aunque no sepa dónde encontrarla?

—Sin duda.

—Pero, ¿y si no me quiere?

—¿Y si en realidad ha perdido el móvil al irse y no ha podido llamarte? Tal vez esté igual que tú, con la diferencia de que tu jefe te deja perder los días de trabajo que sean necesarios para ir a buscarla.

Entonces el humor de Hugo cambió de repente. Su espalda curvada se irguió, las

ojeras le desaparecieron y el brillo volvió a su mirada. A pesar de todo, aún se quedó plantado en mitad de la tienda.

—¡Venga! —exclamó Martín mientras lo empujaba—. Ve tras ella, no te quedes aquí.

Entonces Hugo salió corriendo de la tienda, casi dejando una estela de su sombra, como Flash.

Al salir a la calle, mientras seguía corriendo para no perder ni un minuto, empezó a pensar en cómo lo haría para encontrar a Valentina. ¿A ella qué le gustaba más en el mundo? La respuesta era obvia: los libros. Pero, ¿cuántas librerías podía haber en París? Seguro que muchas más que en Barcelona. Tendría que comprar alguna guía, a ver si por casualidad hablaban de las más conocidas, aunque era poco probable que Valentina estuviera en una de las conocidas. Seguro que estaba en una librería pequeña como la suya, algo íntimo. Bueno, pero seguro que había un barrio de librereros o algo así, ¿no?

Hugo nunca había estado en París y no tenía la más remota idea de por dónde empezar. Tan sólo sabía que era una ciudad enorme y que era muy poco probable que nada más bajar del avión se cruzara con ella en mitad de la calle. Aunque nunca debía perder la esperanza de que la suerte le sonriera.

Estaba corriendo y pensando a la vez, cuando su móvil sonó. Hugo miró la pantalla con la esperanza de que fuera Valentina, pero aquel número no lo tenía en la lista de contactos. Igualmente respondió, soñando que era ella llamándolo desde otro número de teléfono.

—¿Sí?

—Hugo, soy Victoria.

—Hola —respondió él.

—Escúchame bien —empezó a decir la chica— y no me interrumpas. Tú no me gustas y yo no te gusto...

—Tú sí me gustas —la interrumpió Hugo—. ¿Yo no te gusto?

—Te he dicho que no me... ¡Ah! ¿Te gusto? —preguntó sorprendida.

—Sí. Eres la mejor amiga de Valentina. Si a ella le gustas, a mí también.

—Entonces tú también me gustas. —Hizo una pausa para ordenar las ideas—. Pero eso ahora da igual.

—Vale —dijo Hugo.

—Ahora, escucha. Valentina está en París...

—Ya lo sé —dijo Hugo.

—Eres peor que Valentina —replicó Victoria—. ¿Quieres dejarme hablar?



—Claro.

—Gracias. —Victoria calló un momento—. Te llamaba para decirte dónde está Valentina.

—Ahora que lo pienso, ¿cómo tienes mi número?

—¡Coño, Hugo, deja de interrumpir que me estás poniendo nerviosa! —protestó Victoria.

—Lo siento, pero es que yo no te lo di —comentó él.

—Por decirlo de algún modo, me lo dio Valentina. ¿Te vale? —preguntó ella, un poco cabreada.

—Sí —respondió Hugo entre jadeos.

—Ahora, ¿quieres saber dónde está o no? —preguntó Victoria.

—Claro.

—En ese caso, te interesará saber que se ha ido a trabajar a la librería *Shakespeare & Co.* de París, en la rue de la Bûcherie número treinta y siete.

Por fin Hugo sabía dónde estaba Valentina. Victoria se había convertido en su ángel de la guarda.

—¡Ve a por ella! —exclamó la chica, al no recibir respuesta por su parte.

Victoria colgó el teléfono. Sabía que había hecho lo correcto, aunque puede que no lo hubiera hecho siempre. Después de la segunda cita de Hugo y Valentina, y tras ver que su mejor amiga se estaba enamorando de él perdidamente, empezó a pensar que debía hacer algo para que Valentina no se uniera de por vida a un pringado como aquél. Durante casi toda la noche había pensado cómo hacerlo. ¿Cómo podía alejar a Hugo? No veía la oportunidad, hasta que llamaron los padres de Valentina diciéndole lo del trabajo en París. Sin dudar, cogió el móvil de su amiga, lo desconectó y se lo metió en el bolso. Sabía de sobra que si Valentina se quedaba sin móvil y se iba al extranjero no podría avisar a Hugo de inmediato. Desde que lo hizo ya se sintió algo culpable, aunque creer que lo hacía por el bien de Valentina la reconfortaba. Pero cuando Hugo apareció en la tienda buscándola como un loco, pensó que tal vez se había equivocado. Aquel chico realmente la amaba de corazón. A pesar de ello, no le dijo nada; simplemente le comentó que Valentina se había marchado. Nada más.

Pero cuando oyó a su amiga tan deprimida por no poder hablar con Hugo y estar tan lejos de él, comprendió que se había equivocado por completo. Debía enmendar el error que había cometido y sólo se le ocurrió llamar a Hugo para decirle dónde encontrar a Valentina. Sabía de sobra que cuando Valentina volviera a Barcelona, o incluso antes, tendría que darle muchas explicaciones, pero prefería discutir con Valentina por un error que había corregido que saber que lo estaba pasando tan mal

por su culpa.

Tras colgar el teléfono, tan sólo deseaba que Hugo encontrará a Valentina y fueran muy felices.

Hugo entró en su casa como un torbellino. Cuando iba a sentarse ante su ordenador, Arturo apareció desde el cuarto de baño, escondiendo algo tras él.

—¿Te vas?

—Sí —respondió Hugo sin pensar—. ¿Cómo lo sabes?

—Existen unos aparatos que se llaman teléfono, ¿sabes? —bromeó su amigo.

—Muy gracioso. Ayúdame a reservar un vuelo para mañana.

—¿Mañana? Pobre infeliz.

Arturo le mostró lo que escondía a su espalda.

—El vuelo sale dentro de dos horas. Aquí tienes una bolsa con un par de mudas. Está a punto de llegar un taxi.

—Pero, ¿cómo?

—Pero nada. Lárgate, que si no aún vas a llegar tarde.

—Ya, pero...

—No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy —dijo Arturo—. ¿No es eso lo que siempre me dices?

—Vale, pero si llama mi madre te inventas cualquier excusa... Que estoy trabajando o lo que se te ocurra.

—No me dejes con ese marrón —protestó Arturo.

Se oyó el sonido de un claxon en la calle.

—Lo siento, pero un taxi me espera —respondió Hugo, sonriendo.

Estaba yéndose ya, pero se detuvo y regresó hacia donde estaba Arturo y le dio un fuerte abrazo.

—Hay pocos amigos como vosotros. Gracias.

Dicho esto, salió del apartamento en busca de Valentina. Esta vez la encontraría y no la dejaría escapar.

## Capítulo 22

### Valentina

A pesar de lo mal que se había sentido la noche anterior, hablar con Victoria hasta quedarse dormida —prefería no pensar en la factura del teléfono— la había reconfortado y le había dado ánimos para que el sábado fuera otro magnífico día en París.

Una mañana más, compró croissants para todos sus compañeros cuando pasó por delante de la *boulangerie*, pero esta vez no pudo resistir la tentación de comprarse uno relleno de chocolate para ella. Valentina pensó que eso que decían sobre lo bien que iba el chocolate para el ánimo era una verdad como un templo, mientras degustaba cada bocado de aquella obra de arte comestible.

Ese día vio el Sena con otros ojos. A pesar de que aún sentía nostalgia de Barcelona, se estaba dando cuenta de que acostumbrarse a aquella otra ciudad no era nada difícil. Seguramente iba a gustos, pero París era uno de esos sitios que seducen a todo el mundo; tenía un no sé qué que nadie podía explicar, pero era muy fascinante.

En lo que no podía dejar de pensar Valentina era en Hugo. Llevaba días dándole vueltas a cómo podría hacer para hablar con él. Incluso había pensado pedirle a Victoria que fuera a verlo, pero seguro que su amiga se negaba en redondo a hacer de celestina.

Valentina se sentía culpable por haberse ido de aquel modo. Y la pérdida de su teléfono móvil había empeorado las cosas. Justo entonces pasó por delante de una papelería y entró decidida.

—Hola —saludó al vendedor—. ¿Tienen libretas pequeñas?

—Claro. —Era un hombre mayor, que parecía a punto de jubilarse. Antes de seguir hablando, movió la nariz como si buscara algo con su olfato—. ¿Son croissants ese aroma?

—Sí —contestó ella, sonriendo—, ¿quiere uno?

—No osaría —dijo el hombre, mientras buscaba detrás del mostrador—. Aquí tiene.

Encima dejó cinco modelos de libretas pequeñas. Apenas tenían diferencias. La espiral arriba o a la izquierda y el color eran las principales. Pero hubo una, un pequeño bloc rojo con espiral en la parte de arriba que llamó la atención de Valentina.

—La roja. ¿Qué le debo?

—Un croissant —respondió rápidamente el hombre.

Valentina sonrió, abrió la bolsa y se los ofreció, y él, sin dudarle, cogió uno y le dio un bocado.

—¿Son de la *boulangerie* de la rue des Halles?

—Sí —respondió Valentina.

—Martine tiene siempre lo mejor de París.

Valentina recogió la libretita de encima del mostrador.

—Hasta otra —dijo Valentina, saliendo de la tienda.

—*Au revoir*, señorita.

Valentina se fue contenta. Ahora tenía dónde anotar los números de teléfono. Por costumbre, sólo podía recordar el de Victoria, pero si apuntaba ése seguramente iría recordando todos los demás. Y, como prueba de ello, se acordó del móvil de su madre. Sonrió. Tarde o temprano aparecería el de Hugo.

Poco después de salir de la pequeña papelería, llegó a la librería. A pesar de que era el segundo día que lo hacía, todos sus compañeros se le echaron encima para coger un croissant. Como siempre había pensado, la comida era el mejor tema de conversación, incluso cuando no se hablaba el mismo idioma.

Ya sin la carga de los croissants, fue a dejar sus cosas. Pero cuando se estaba quitando la chaqueta, François se acercó a ella.

—No te la quites. Tenemos una misión.

—¿Cuál?

—Ir a buscar unas cajas a un almacén de libros en Porte Versailles —respondió él, mientras Valentina se ponía la chaqueta de nuevo—. Vamos.

Porte Versailles era uno de los accesos a París y estaba en la zona sudeste de la ciudad, fuera de la *Périphérique*. En metro eran menos de quince minutos, así que cuando quisieron darse cuenta estaban saliendo ya a la calle.

—¿Y qué vamos a buscar? —preguntó Valentina.

—Libros —respondió François con una sonrisa interesante, pero no tan especial como la de Hugo.

—Eso ya me lo supongo. Quiero decir, ¿qué libros vamos a buscar?

—Pues no lo sé. Es un almacén que compra grandes stocks de libros, los que sean, y librerías como la nuestra lo tienen más fácil para recomprarlos en vez de ir de ejemplar en ejemplar. —Hizo una pausa—. Ahora vamos a buscar el encargo que nos hizo un cliente de toda la vida. Uno de esos coleccionistas medio locos que apenas sale de su casa. Nos dijo que en una caja de allí había lo que estaba buscando desde hacía años.

Cuando terminó de explicárselo, llegaron por fin a su destino. Era el típico

almacén con persiana metálica y una gran entrada para que coches y camiones pudieran cargar y descargar mercancías. Una vez dentro, había un gran espacio con estanterías metálicas enormes, llenas hasta arriba de cajas.

—Ahí está el encargado —dijo François, señalando a un hombre regordete con un bigote pequeño y unas gafas en la punta de la nariz.

—Buenos días. Venimos de la librería *Shakespeare & Co.* a buscar un encargo.

—¿Traen la hoja del pedido? —preguntó el otro con mal humor.

François se sacó una hoja del bolsillo interior de la chaqueta y se la entregó. El hombre la miró, luego los miró a ellos y por fin habló:

—¿Han traído coche o algo? —preguntó.

—Pues no, la verdad —respondió François.

—Pues van a tener problemas.

—¿Por?

—Vengan conmigo —dijo, echando a andar hacia el fondo del almacén.

Poco a poco, el ruido del ir y venir de coches y de las máquinas subiendo y bajando cajas se fue apagando hasta formar un rumor lejano que, incluso, podía resultar agradable. Al fondo, el olor a polvo aturdió a cualquiera; se notaba que las cajas que se sacaban de encima siempre se quedaban delante, mientras que lo invendible se iba acumulando en esa zona del almacén.

—Aquí lo tienen —dijo el hombre, señalando un montón de cajas—. Quince cajas hasta arriba de libros.

—¿Cómo? Pero si mi jefe me ha dicho que era una sola caja —protestó François.

—Pues se equivocaba. El pedido es éste y le puedo asegurar que hace varios años que tenemos aquí estas cajas.

—¿Qué hay dentro? —preguntó Valentina, abriendo al fin la boca.

—No lo sé, señorita. Yo sólo sé de dónde vienen y adónde van. Nada más —replicó el hombre, un tanto brusco.

Se notaba que lo mismo podía estar en un almacén de libros que en uno de comida. Ella sabía que cualquier aficionado a los libros no se podría controlar y acabaría abriendo las cajas para saber qué contenían. Aquel hombre, en cambio, no sentía curiosidad.

—Voy a llamar a la tienda, a ver si alguien puede venir en coche a cargar todo esto.

—Aquí los dejo, que tengo trabajo.

Cuando se fue, Valentina le sacó la lengua. «Tengo trabajo». Como si ellos no lo tuvieran, con quince cajas cargadas a tope de libros.

—Erik, ¿hay alguien que tenga un coche disponible para venir a cargar cajas? —preguntó François, poniendo el manos libres.

—¿Cajas? No me seas perezoso, François, que antes has dicho que era sólo una —respondió el otro.

—¿Una? Aquí tenemos quince y bastante grandes.

—¿Quince? No fastidies —exclamó Erik—. Un segundo, voy a preguntar.

—¿No tienes curiosidad por saber qué hay en las cajas? —preguntó Valentina.

—En parte sí, pero ya las abriremos en la tienda.

—Ah, pero ahora esta capa de polvo parece que nos está llamando a gritos.

—La verdad es que...

—François, ¿estás ahí? —Era Erik, que había regresado.

—Dime.

—Ahora irá Claudia. Ha ido a buscar su coche.

—Es decir, que tardará bastante, ¿no? —preguntó François desanimado.

—Me temo que sí —respondió Erik—. Cuando esté por ahí ya te avisaré.

—De acuerdo. Hasta luego.

—Hasta luego.

François regresó hasta donde estaba Valentina, que observaba con ganas las cajas cubiertas de polvo.

—Tenemos para un buen rato —dijo él—. Claudia ha ido a buscar su coche.

—¿Lo tiene cerca de la tienda?

—No, en su casa.

—Pues tenemos para un buen rato.

Ambos se miraron y luego miraron las cajas.

—¿Abrimos una? —preguntó Valentina.

—Vale —respondió François mientras se sacaba las llaves del bolsillo.

Hábilmente, desgarró el precinto de una de las cajas y la abrió, levantando una nube de polvo. Ambos empezaron a toser y cuando el polvo desapareció pudieron ver el contenido de la caja.

Valentina metió la mano y sacó uno de los volúmenes que había en su interior. En cuanto vio la cubierta, se echó a llorar.

—¿Qué te pasa? —preguntó François, preocupado.

—Nada.

—Normalmente no se llora por nada.

—Es que esto...

—Esto es un cómic. ¿Qué le pasa?

—Es difícil de explicar.

—Tenemos tiempo hasta que llegue Claudia.

Valentina lo miró sin dejar de llorar. Al ver aquel cómic viejo y mugriento, recordó de golpe todos los domingos que había pasado con Hugo clasificando los

suyos; las dos citas que habían tenido, la buena y la mala, y, por supuesto, recordó que no había podido decirle nada cuando se marchó.

—¿Seguro? —dijo sollozando—. No quiero aburrirte con mis problemas.

—Seguro. Soy todo oídos.

Cuando terminó de contarle su historia con Hugo, François había pasado de ser un simple conocido que la escuchaba para hacer algo a ser un amigo que se preocupaba por ella. Durante toda la explicación de Valentina, entrecortada por los continuos sollozos, François no había parado de hacerle preguntas, interesándose por lo que ella le contaba. Hubo un instante en que Valentina pensó que estaba hablando con la versión masculina de Victoria.

—La verdad, es que no sé qué decirte —dijo François, apoyando la cabeza en las manos.

Ella respondió mientras se sonaba la nariz con el pañuelo que François le había ofrecido durante el relato.

—Lo siento. Te lo estoy dejando hecho un desastre.

—Para eso está —bromeó él.

Antes de que Valentina pudiera decir nada más, el teléfono de François sonó.

—Dígame. —Esperó la respuesta—. Sí. Claro. Aquí estaremos. —Y colgó.

—¿Ya está aquí?

—Ni por asomo. Se ha metido en la *Périphérique* y la ha cagado. Tardará un buen rato. A esta hora siempre está congestionada.

—¿Y ahora qué?

François miró su reloj.

—Podríamos ir a comer —respondió—. Conozco un *franco-italien* donde hacen una comida buenísima.

—Vale —dijo Valentina, levantándose de la caja en la que se había sentado.

—Y así me sigues contando lo de Hugo.

Después del rato en aquel oscuro rincón del almacén, la luz exterior los deslumbró. Cuando se hubieron acostumbrado, emprendieron el camino al restaurante que conocía François.

Tras comer, Valentina ya estaba mucho mejor, un poco triste pero bien, presentable ante los demás compañeros, entre los que se encontraba Claudia, que los estaba esperando frente al almacén con su coche, un pequeño utilitario de quinta mano de color rojo. No estaba sola. Junto a ella, con una cara de cabreo monumental, estaba

el jefe del almacén.

—¡Por fin habéis llegado! —exclamó Claudia.

—¡Eso! Por fin —repitió el jefe del almacén—. De esta manera no se pueden hacer tratos. Vosotros desaparecéis con la hoja del pedido y luego viene ésta exigiendo recoger unas cajas para *Shakespeare & Co.* sin mostrarme ni una triste nota. ¡Nada!

—Lo sentimos. Creíamos que nos había visto irnos.

—No, no os he visto. Además, aquí estamos trabajando y a la hora de comer no he podido cerrar el almacén como dicta mi horario porque había dos personas dentro a las que no encontraba.

Valentina comprendió su cabreo; el pobre hombre no había podido ir a comer esperándolos.

—¡Coged las cajas y marchaos ya! —gruñó el hombre, mientras su bigotillo se movía frenéticamente—. Y la próxima vez que vuestra librería haga un encargo, a vosotros no os quiero ver —remató, señalándolos.

Después de una bronca de tal magnitud, Valentina, Claudia y François cargaron las cajas tan rápido como pudieron, y cuando François salió con la última, el hombre bajó la persiana con tal fuerza que un poco más y la arranca.

—Menudo quejica —exclamó François entre risas, cuando ya estaban en el coche—. Un poco más y nos encierra dentro.

—Pues no veas cómo se me ha encarado cuando he llegado —explicó Claudia.

El resto del viaje en coche, que fue bastante largo debido al caótico tráfico de París, Claudia y François estuvieron gastando bromas y cachondeándose del jefe del almacén bigotudo. Por su parte, Valentina, sentada en el asiento de atrás y sosteniendo algunas cajas que no habían cabido en el maletero, seguía pensando en Hugo. Estaba sorprendida por cómo el hallazgo de aquel cómic la había afectado.

Una vez en la tienda, descargaron las cajas y tuvieron que dar mil explicaciones porque el jefe del almacén había llamado a la librería para quejarse de ellos. Pero François consiguió convencer al jefe de que en realidad era aquel hombre, que vivía alterado. Una vez hubieron terminado de sacar la última caja del coche, se acercó a Valentina, que estaba ayudando en la tienda.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó ella.

—Que hemos hecho bien y que ese hombre es un cascarrabias. —Hizo una pausa y, sonriendo, continuó—: También que la próxima vez enviará a otros.

Valentina no respondió.

—Aún te sientes mal, ¿verdad? —preguntó François, preocupado.

Ella se encogió de hombros y él se quedó pensativo.

—Espera aquí un segundo —dijo finalmente, mientras se iba a la trastienda para



regresar al cabo de un momento—. ¿Vamos? —preguntó.

—¿Otro encargo? —dijo Valentina.

—No.

—Entonces, ¿qué?

François la contempló un momento. Tenía ojeras de llorar en el almacén, estaba sucia de polvo y cansada por todo lo que había pasado aquel día.

—Nos he pedido la tarde libre.

—¿Para? —preguntó ella sin comprender.

—¿Ya has visitado París? —dijo François para animarla.

—Gracias, François, pero no es la primera vez que vengo. Prefiero ir a casa a descansar.

—¡Ya! Pero, ¿has visitado París de la mano de un parisino? —volvió a preguntar, ofreciéndole la mano.

Valentina sólo pudo contestar con una sonrisa.

## Capítulo 23

### Hugo

Cuando Hugo salió de la terminal del aeropuerto, fue como si conociera aquel lugar, como si hubiera ido a París centenares de veces, aunque no fuera el caso. Era primera hora de la tarde, pero el frío nocturno de aquellas latitudes ya empezaba a advertirlo de que la camisa que llevaba no lo protegería.

¿Cómo podía llegar rápidamente hasta el centro de la ciudad desde el aeropuerto? Un taxi, fue la respuesta obvia. Le enseñaría la dirección al conductor, y tan sólo tendría que esperar que el hombre le dijera «*Nous sommes arrivés*» y bajarse del coche.

Con desesperación, empezó a buscar la parada de taxis y finalmente la encontró. Por la cantidad de gente que había y por cómo iban saliendo los coches, Hugo supuso que el sábado por la tarde no era el mejor día para llegar a la capital francesa. Se puso a la cola, que lentamente iba avanzando, y cuando sólo quedaban dos personas para que fuera su turno, se dio cuenta de algo importantísimo: con las prisas, había salido de casa sin efectivo y sus tarjetas de débito no tenían suficiente dinero como para pagar un viaje en taxi hasta el centro de la ciudad.

Mientras pensaba en una solución, la cola fue avanzando y, cuando el taxista que le correspondía lo miró, Hugo no supo qué decir. En un francés chapurreado y autodidacta soltó:

—Yo sentir, no tener efectivo. —Hablabla como si fuera un indio y salió de la cola antes de que la impaciente señora que tenía detrás le mordiera una pierna al ver que no avanzaba.

—¿Qué hago ahora? —se preguntó, apoyándose en una pared y viendo cómo Valentina se alejaba de él poco a poco.

Empezó a mirar a su alrededor, a ver si ese entorno completamente desconocido le daba una respuesta. Y así fue. En uno de los centenares de carteles indicativos que se repartían por todo el aeropuerto, un símbolo se iluminó como si un ángel lo hubiera tocado. Era una bellísima letra M... El metro. Hugo corrió de nuevo, siguiendo como un loco todas las señales que lo llevaban hasta él, hasta que descubrió que primero tenía que pasar por el RER, los trenes de cercanías de París. Y al ver uno, aunque no era creyente, se santiguó.

Se había criado a las afueras de Barcelona y durante años había cogido los trenes

de cercanías de la Ciudad Condal día sí y día también, por lo que pensó que sabría orientarse.

Compró un billete sencillo y pasó el torniquete. Sin saber adónde iba, empezó a recorrer pasillos hasta que llegó a algo así como un vestíbulo desde donde salían más pasillos, todos ellos coronados con un letrero que indicaba las líneas a las que conducían. No podía jugársela; debía saber seguro hacia adónde ir. Buscó un mapa de los transportes metropolitanos de París y al verlo casi se cae de culo. Había más medios de transporte que mapa; toda la ciudad estaba cruzada centenares de veces por un número indeterminado de líneas de metro, tren, autobús y tranvía.

—Y ahora, ¿qué hago? —murmuró, a la vez que se rascaba la cabeza con insistencia.

Intentó buscar dónde estaba y por un momento creyó seguir la línea que lo llevaría hasta Valentina, pero enseguida se perdió de nuevo en un laberinto indescifrable de colores y números.

—¿Necesitas ayuda?

Hugo oyó la voz de una chica detrás y se volvió hacia ella.

—No, bueno, sí. —Entonces se fijó en la chica—. ¿Nos conocemos de algo?

—Claro. Pero esta vez tú no vas corriendo como un loco y yo he dejado el perro en Barcelona.

—Es verdad. Eres la chica del perro.

Ella se rio a gusto por su deducción.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó.

—Más o menos lo mismo que cuando vosotros me encontrasteis.

La chica recordó que el día que se lo habían encontrado tumbado en el suelo no les había contado nada, pero sólo había una cosa en el mundo que pudiera hacer moverse a alguien de ese modo.

—Y supongo que te has perdido, ¿no?

—La verdad es que sí. Nunca había estado en París y hoy me encuentro aquí sin dinero y con el billete de un tren que no sé adónde me lleva.

—Vamos a ver —dijo ella, acercándose al mapa—, ¿adónde vas?

—A la rue de la Bûcherie treinta y siete. —Hugo se lo había aprendido de memoria, aunque también se lo había apuntado en un papelito y en el bloc de notas del móvil.

—¿De qué me suena? —dijo ella, poniéndose bien el bolso—. ¿No es dónde está la librería *Shakespeare & Co.*?

—Sí, es ahí donde voy —contestó Hugo, alegrándose que supiera dónde estaba la librería.

—Entonces no hay problema —respondió la chica mientras se ponía en marcha—.

Yo voy bastante cerca de ahí. Te acompaño.

—No hace falta. No quiero molestar, no...

—Te digo que de verdad no me importa. Venga, vamos, que si no perderemos el tren.

Hugo no dijo nada más y empezó a caminar a su lado, rodeados por la marea de gente. Cuando estuvieron en el andén, pudieron respirar de nuevo tras recorrer decenas de metros de túnel apretujados entre centenares de personas.

—¿Siempre es igual? —preguntó Hugo, asustado por la experiencia que había vivido.

—Siempre —afirmó ella, sonriendo.

Poco a poco, recuperaron la respiración y la compostura y entonces la chica dijo:

—Ya es la segunda vez que te sacó las castañas del fuego y aún no nos hemos presentado.

—¡Es verdad! Soy un desastre —respondió Hugo, frotándose la cara.

—Me llamo Aurora,

—Encantado. Yo, Hugo.

Durante el largo trayecto, Hugo le explicó qué hacía en París y por qué días atrás lo habían encontrado corriendo como un loco. La verdad era que Aurora era una chica muy simpática, muy parecida a Valentina en muchos aspectos. Después de que Hugo hubiera terminado, ella le dijo algo que lo sorprendió:

—Cuando volváis a Barcelona —Aurora daba por sentado que aquella historia acabaría bien—, llamadme y vamos a cenar con mi novio. Tengo ganas de saber cómo habéis acabado.

Hugo se limitó a sonreír mientras se apuntaba su número. Sin buscarlo, había hecho una amiga, y por lo que se veía, una buena amiga, porque lo había ayudado ya dos veces.

Tras el largo recorrido en tren y metro, por fin volvieron a respirar el aire de la calle, que al anochecer ya era fresco y agradable.

—Recuerda —dijo Aurora, medio gritando mientras Hugo se alejaba—. Sigue todo recto, después gira a la izquierda y encontrarás la tienda.

—Gracias —contestó Hugo, arrancando a correr de nuevo.

—Si te pierdes, llámame —dijo ella mientras se despedía con la mano.

Hugo iba corriendo y en su cabeza, a pesar de no llevar el MP3 encima, se repetía la canción *Don't Stop Me Now*,<sup>[3]</sup> de Queen. No es que fuera su grupo favorito de música, incluso había canciones de ellos que odiaba, pero ésa era una de las que lo motivaban... En ese caso, para correr.

Mientras daba largas zancadas siguiendo las indicaciones de Aurora, empezó a pensar en cómo debía saludar a Valentina, qué debía decirle y cómo tenía que hacerlo. En principio, ella no lo esperaba, así que como mínimo la sorprendería, algo que, a su parecer, tenía a su favor, aunque luego podía descubrir que en realidad sí había pasado de él.

Pero entonces, ¿por qué Victoria lo habría llamado para decirle dónde estaba? Era su mejor amiga. Tenía que saber qué sentía Valentina, y dudaba que Victoria fuera tan mala como para enviarlo a París a sabiendas de que se le rompería el corazón.

Frenó de golpe, miró a su alrededor y giró a la izquierda caminando deprisa; no quería correr justo delante de la tienda de Valentina y así hacerse notar, pero sus piernas no le hacían caso, ya que de vez en cuando se veía galopando de nuevo. Seguía sin saber qué decirle. Tenía que ser algo que le saliera del corazón, que le demostrara que la amaba con locura, pero que no quedara demasiado cursi...

Pero, ¿qué diablos? Sabía que si Valentina había sido sincera con él, debía decirle algo muy pero que muy cursi, pues, según le había confesado, le gustaban esas cosas.

Hugo caminaba junto a la orilla del Sena, y seguramente debía de ser el único turista que no disfrutaba del paisaje; ya tendría tiempo de hacerlo cuando hubiera hablado con Valentina. Poco a poco, mientras se abría paso entre los centenares de turistas que paseaban por las tiendecitas y puestos cercanos al río, empezó a distinguir el cartel verde y amarillo de la librería en la que trabajaba Valentina.

Se fue acercando, intentando no hacerse notar, y poco después estaba frente a la tienda, pero al otro lado de la calle. Se quedó allí parado, mientras una mujer mayor japonesa lo insultaba por detenerse en medio de la acera. No sabía qué decirle —a Valentina, no a la mujer japonesa—, pero tenía tiempo, pues la librería no cerraba hasta las once de la noche. Se detuvo a pensar, esta vez apartándose lo máximo que pudo del río de gente. Apoyado en la barandilla de piedra, entre dos puestos de color verde y de espaldas al Sena y a Notre Dame, Hugo miró su reloj. Los bracitos de mini Goofy señalaban las cinco pasadas de la tarde. Tenía tiempo de sobra. Sin perder de vista la entrada de la librería, empezó a elaborar un monólogo para soltárselo a Valentina.

«Valentina... —pensó—. Valentina, desde el día que apareciste en la tienda...». Sí, eso quedaba bien. Poco a poco, fue organizando mentalmente la primera frase de su discurso, pero no pudo ir más allá porque vio algo que le desbarató todos los planes.

En la puerta de la tienda vio a Valentina hablando con un chico. Éste le ofreció la mano y ella se la cogió sonriendo.

—¡Mierda! —exclamó Hugo.

¿Qué podía hacer? Había pensado que Valentina podía estar saliendo con un francés atractivo, pero nunca pensó en abrirle su corazón delante de un acompañante inesperado.

Se acercaron al límite de la acera y Hugo pensó que lo verían, así que metió la cabeza en uno de los chiringuitos de color verde que tenía al lado, haciendo como que estaba interesado en lo que exponían. Con el rabillo del ojo, vio cómo Valentina y su acompañante cruzaban la calle e iban en dirección contraria.

—¡Oh, no! —exclamó. No por Valentina, sino por lo que había estado hojeando.

Eran revistas porno y eróticas antiguas. Soltó la que tenía en las manos, colorado como un pimiento, y se fue, echando chispas, detrás de Valentina y su acompañante. Qué vergüenza si ella lo hubiera visto en aquel puesto. Pero por suerte o por desgracia, Valentina estaba demasiado encandilada con su acompañante.

Para ser sincero, Hugo pensó que aquel joven podía encandilar a cualquiera, incluso a él. Era muy elegante, moreno, de ojos azules, barba de tres días y todo ese largo etcétera necesario para que muchas mujeres lo calificaran de tío bueno. Estaba claro que no podía competir con él. Hugo sólo tenía un poco de gracia y, como había dicho Diego, una cara interesante.

Valentina y su amigo se iban deteniendo de vez en cuando, como si él le explicara algo de algún edificio, de un puente. En un par de ocasiones, Hugo, completamente concentrado en seguirlos, un poco más y se les echa encima al no percatarse de su parada. Era un desastre incluso para eso.

No sabía cómo lo recibiría Valentina, tan sólo quería decirle lo que sentía. De ese modo, todo estaría en manos de ella. En parte le daba igual que ella no lo quisiera, incluso que estuviera con otro, siempre y cuando ese otro la hiciera feliz. Pero igualmente, quería... él debía... tenía que expresarle sus sentimientos, si no explotaría como una bomba de relojería.

Los siguió con dificultades por toda la orilla del Sena. Entre tanta multitud era difícil ver dónde estaban, pero Hugo no la perdería. Ese día no iba a perderla. Hubo un par de veces que desaparecieron ante sus ojos, pero pocos segundos después los volvía a ver.

Hugo estaba de los nervios. No quería aparecer de la nada y decirle «Te quiero», porque, primero, ella se asustaría y, segundo, no quería cagarla como lo había hecho en sus dos únicas citas, sobre todo en la segunda. Esa vez debía esmerarse.

Mientras fuera él quien se descubriera y no ella quien lo viera, todo iría bien.

Al cabo de un rato, vio que cruzaban uno de los puentes que llevaban al otro lado del Sena. Hugo aceleró el paso, pero en ese momento ellos se detuvieron y miraron hacia atrás. A diferencia de la calle, el puente estaba mucho más vacío, de manera que Hugo quedó a la vista de Valentina y de su amigo. Lo único que pudo hacer fue

acercarse a la barandilla y apoyarse en ella, justo detrás de una farola. De reojo, le pareció que Valentina se lo quedaba mirando, pero no sabía si era eso o que seguía escuchando las explicaciones de su acompañante.

Tras los segundos más tensos de toda su vida, Hugo los vio retomar de nuevo el camino hacia una plaza con un obelisco enorme. La ciudad era verdaderamente impresionante. Hugo apenas le había prestado atención, pero lo poco que había visto, como aquel obelisco, lo estaba impresionando.

Continuó con su persecución manteniendo las distancias, procurando tener siempre a mano algún escondite o algún lugar donde pasar inadvertido. Una vez más se detuvieron, pero en esa ocasión el joven no parecía estar contándole a Valentina nada de la ciudad, sino que le explicaba directamente algo a ella, y le sonrió y se cogió de su brazo para recorrer unos cuantos pasos hasta la entrada del metro.

—¡Joder! —susurró Hugo.

No lo había amargado ya lo bastante aquel maldito metro que ahora encima debía seguirlos allí dentro sin perderlos.

A pesar de las pocas ganas que tenía, sin dudarlo, Hugo entró tras ellos al interior de la estación. Por el cartel, vio que aquella parada se llamaba Concorde. ¿Tendría algo que ver con el avión?, se preguntó. Compró un billete y los siguió por los túneles, atento a la línea que cogieran.

Por fin llegaron a un andén de la línea verde, la M12. ¿M12? «Joder, er Barcelona apenas vamos por la nueve», se dijo Hugo, bromeando consigo mismo. Valentina y su acompañante estaban a pocos metros de él, y, con sólo oír la voz de Valentina, Hugo tuvo que sentarse en uno de los bancos para no desmayarse en medio de la estación. ¡Ése sí que sería un buen modo de decirle a Valentina que estaba allí!

No entendía qué le había pasado. No era un chico débil, y nunca antes se había desmayado. Pero tampoco conocía a Valentina. ¿Tal vez fuera ella la causante? Pero ahora no tenía tiempo de responder a esas preguntas porque el metro apareció en la estación. Valentina y su acompañante se subieron a él y Hugo hizo lo mismo un vagón más allá.

Desde donde estaba no podía verla a ella pero sí al chico, que era más alto; de vez en cuando, entre las cabezas de los pasajeros, alcanzaba a distinguir los reflejos dorados del cabello de Valentina.

Tras unas cuantas estaciones, llegaron a una que se llamaba Abbesses. En cuanto vio que se apeaban, Hugo bajó enseguida. Y no fueron los únicos: una muchedumbre también lo hizo. Se dirigieron hacia el fondo, hacia donde iba todo el mundo, sin duda la salida. Hugo llegó a un pequeño vestíbulo, donde la mayoría de gente se había amontonado ante el ascensor, entre ellos Valentina y su acompañante.

Hugo miró alrededor y vio una escalera. A empujones, llegó hasta allá y empezó a

subir corriendo, pues quería llegar antes que ellos y atrapar a Valentina en cuanto salieran del ascensor. Pero había calculado mal, ya que aquella escalera era interminable, y tuvo que detenerse varias veces para recuperar el aliento; esa vez no estaban allí Aurora ni su novio para ayudarlo.

Cuando llegó arriba, vio cómo el ascensor estaba vacío. La había perdido. Jadeando, empezó a mirar alrededor. No sabía dónde estaba, ni Valentina ni él mismo. Llevado por la intuición, empezó a seguir a un grupo de turistas por una de las calles que había frente a la estación. No tenía nada que perder. Valentina había desaparecido por un error de cálculo suyo.

Empezó a recorrer aquellas calles empinadas, pero esta vez no cometió la estupidez de hacerlo corriendo, no. Esta vez cometió la estupidez recorrerlas esprintando.

Poco a poco, aquéllas se iban llenando de gente, de restaurantes y de puestos de souvenirs. Hasta que llegó a una zona más llana y desembocó en una plaza. Según el cartel verde y azul, la place du Tertre.

Estaba llena de cafeterías, bares, restaurantes y pintores. París en estado puro. Pero Hugo no estaba para eso, pues seguía buscando a Valentina como un loco. Su instinto le decía que estaba allí, sentada en una terraza, tomando algo en la barra exterior de algún bar o a punto de cenar con su nuevo amigo.

¡Por fin la vio! Estaba con él frente a una cafetería. No podía dejar que se fuera. Antes tenía que decirle lo que sentía, si no siempre se arrepentiría de no haberlo hecho.

Corriendo, completamente extenuado por la subida hasta la plaza, empezó a llamarla.

—¡Valentina! —gritó jadeante—. ¡Valentina!



## Capítulo 24

### Valentina

Valentina caminaba con François y, de vez en cuando, éste se iba deteniendo para demostrarle cuánto conocía su ciudad. Sabía que no quería impresionarla, pero lo estaba consiguiendo, a pesar de que ella ya había visitado París decenas de veces.

Intentaba seguir las explicaciones de su apuesto acompañante, pero no dejaba de pensar en Hugo; en cómo le gustaría ser ella la anfitriona y enseñarle la ciudad. Todos aquellos rincones que la volvían loca, las pequeñas curiosidades de los edificios que los rodeaban, o tan sólo tumbarse en el césped de alguno de los parques a tomar el sol.

—No me estás escuchando, ¿verdad? —preguntó François, mirándola.

—Claro que sí —respondió ella con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Y qué estaba diciendo?

—Eh... Bueno... —Tras un par de intentos, Valentina tuvo que reconocerlo—: Lo siento, no te escuchaba.

François no respondió.

—Vale —prosiguió ella, negando con la cabeza—. Estoy en París, con François, y voy a conocer la ciudad.

Él la miró.

—¿Haces esto a menudo? Porque entonces es grave.

Valentina sonrió. No tenía respuesta para sus ocurrencias.

—Ya estoy lista. Sigue contándome cosas.

Prosiguieron con el paseo, pero a las pocas palabras de cada explicación Valentina perdía de nuevo el hilo y su mente volvía al tema que la estaba martirizando desde que había encontrado aquel cómic, desde que había regresado de la cena con sus compañeros, desde que se había ido de Barcelona sin decir nada... Hugo.

El paseo siguió hasta el puente de la Concorde, donde se detuvieron. François la instó a volverse para mirar desde allí el edificio del Palais Bourbon. Justo cuando ella lo hizo, le pareció que alguien los observaba, que los seguía, incluso que se escondía al ver que se daban la vuelta, pero cuando buscó con la vista por el puente no vio a nadie, sólo turistas paseando, gente contemplando el agua del Sena. Habrían sido figuraciones suyas, seguro.

—... encargado por Luisa Francisca de Borbón, hija de Luis XIV, se acabó de construir en mil setecientos veintiocho...

François seguía con sus explicaciones, pero Valentina pensaba en otra cosa.

Desde que habían salido de la tienda, tenía la impresión de que había alguien más con ellos. No quería decirle nada a François, porque seguro que aún le parecería más rara; primero, llorando por un cómic y, después, obsesionada con que alguien los seguía.

—¿Continuamos? —preguntó su acompañante.

—Por supuesto —respondió Valentina, falsamente interesada en lo que le estaba contando.

—¿Esta vez me has escuchado cuando hablaba del Palais Royal?

—No intentes engañarme. Me estabas contando la historia del Palais Bourbon.

François sonrió.

—Veo que poco a poco vas centrándote.

—Sí, claro —mintió de nuevo Valentina.

Mientras acababan de cruzar el puente, ella no hacía más que volverse para ver si tenían a alguien detrás, pero no vio a nadie sospechoso. François empezó a hablarle sobre el obelisco, de la place Concorde mientras la rodeaban y, cuando casi estaban enfrente de la entrada de los Jardines de las Tullerías, su amigo se detuvo.

—Valentina, ¿qué te pasa?

—Nada

—¿Nada? Pero si no haces más que darte la vuelta, como si estuvieras buscando por dónde huir.

—No —respondió ella rápidamente—. Es que...

—Es que, ¿qué? —preguntó François.

—Me parece que nos siguen —dijo finalmente.

Él la miró con detenimiento.

—No estás bien, Valentina. Esa historia tuya con Hugo te está destrozando, y ahora hasta tienes manías persecutorias.

Ella no dijo nada y François propuso:

—Dejemos el turismo para otro día y vamos a ver si podemos hacer algo para alegrarte la vida, o, como mínimo, para que te olvides de Hugo.

—No seas malo —exclamó Valentina, sonriendo con desgana.

—Sonríeme una vez más e iremos a tomar algo.

Ella sonrió y se cogió de su brazo para encaminarse hacia la estación de metro que había a pocos pasos de donde estaban. Cuando bajaron la escalera, Valentina seguía sintiendo aquella extraña sensación, pero prefirió no hacerle caso. No era bueno obsesionarse de ese modo; seguramente sólo había sido un pobre viandante que había seguido el mismo camino que ellos. Además, ¿por qué la iban a seguir a ella?

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—Sorpresa —contestó François.

—Vamos, dímelo —replicó ella.

—¿No quieres adivinarlo?

—François, no estoy para juegucitos —protestó.

—Si has visitado París, deberías saber adónde nos lleva esta línea de metro.

Valentina, que había entrado en aquel metro como en cualquier otro, buscó la línea. La M12... Claro. Ya sabía adónde la llevaba François.

—Pero es muy caro.

—Tranquila —contestó él—. Tengo un amigo que trabaja en una cafetería. Seguro que nos hace un buen precio.

—¿En serio? ¿Otro amigo? En todas partes donde vamos conoces a alguien —bromeó Valentina.

—Es que sólo voy donde conozco a gente —respondió François, guiñándole un ojo.

Bajaron en la estación de Abbesses y fueron hacia la salida.

—Vamos por la escalera —pidió Valentina.

—¿Por la escalera? Sólo los que no son de aquí suben por la escalera —protestó él—. Mejor vamos en el ascensor, como las personas sensatas.

—Se está muy apretujado —se quejó ella.

Cuando se abrieron las puertas del mismo, François entró.

—Vamos, no protestes más. Si no, no te ayudaré con lo de Hugo.

En aquellos pocos días, François se había convertido en un amigo. Valentina no tenía a nadie más y las conversaciones con Victoria le podían costar todo el sueldo del mes.

—Vale —se rindió ella—, pero luego bajamos al centro dando un paseo.

—Eso está hecho.

Tras unos minutos en un ascensor en el que Valentina tuvo complejo de sardina en lata, salieron al aire fresco y se llenó los pulmones. Sabía perfectamente dónde estaban, pero dejó que François la guiara. Tras salir de la estación de metro, empezaron a subir por una calle hacia Montmartre.

Valentina adoraba aquel barrio, aquel lugar que pese a estar llenos de turistas seguía conservando su aire bohemio, con pintores, escritores y todo tipo de artistas en cada esquina, compartiendo su arte con todo el que quisiera.

—Es ahí —dijo François, señalando una pequeña cafetería en una esquina de la place du Tertre—. Vamos a ver si está Pierre.

—¿Es camarero?

—No, es el propietario.

—Una pregunta, François —dijo Valentina, mientras se dirigían hacia el local—. ¿Cómo es que conoces a gente que tiene negocios, y tú, en cambio, trabajas como

dependiente en una librería?

Él se rio.

—Se llama tener una herencia —contestó François, sonriendo—. No se lo digas a los demás, pero en realidad no necesito trabajar. Mi trabajo en *Shakespeare & Co.* es puro placer.

Se acercaron a la cafetería de su amigo. No estaba en medio de la plaza, pero tenía bastantes clientes sentados en la terraza, tomando algo y contemplando lo que los rodeaba.

A pesar de haber estado en París infinidad de veces, Valentina nunca había comprendido la manía que tenían los parisinos de sentarse en las terrazas apelotonados. Sólo se le había ocurrido una explicación plausible: que no tuvieran conversación. Era como los que cenan embobados delante del televisor para justificar que no hablan entre ellos.

—Hola —le dijo François al camarero más cercano—, ¿está Pierre?

—¿Pierre? —repitió el joven, asimilando que su jefe tenía nombre de pila—. No, hoy no está. ¿Por qué lo busca?

—Por nada —respondió François—. Igualmente nos quedamos.

—¿Dos? —preguntó el camarero, levantando dos dedos.

Valentina volvió a tener la sensación, ahora incluso más evidente, de que alguien los seguía. Cuando François estaba a punto de responder al camarero afirmativamente, alguien gritó:

—¡Valentina!

Ella se volvió, pero no vio a nadie.

—¡Valentina! —volvió a oír.

Y un segundo después vio aparecer a Hugo corriendo.

—¡Hugo! —exclamó sorprendida—. ¿Qué haces aquí?

—He venido a buscarte —dijo él, jadeando después de la carrera.

Valentina se quedó callada y Hugo prosiguió:

—Ya veo que ahora estás con un hombre que parece diez veces mejor que yo...

—No estoy con él —lo interrumpió ella.

—No está conmigo —dijo François.

—¿Ah, no? —preguntó Hugo, olvidando lo que quería decir.

—No, no estoy con él.

—¿Por qué no? —preguntó Hugo estúpidamente—. Parece un buen tío.

—Es un buen tío, pero... —Valentina no quiso seguir y dejó la frase a medias.

François la terminó por ella:

—Soy gay.

—¿En serio? Pues es una lástima, porque te llevarías a las chicas de calle —dijo

Hugo sinceramente.

—Bueno, con los chicos no tengo demasiados problemas —bromeó François.

—Hugo, ¿que por qué has venido? —preguntó Valentina, viendo que él se estaba volviendo a despistar, como hacía a menudo.

—¡Es verdad! —exclamó, sorprendido de su propia imbecilidad. Entonces retomó el hilo—. Primero, no te asustes. No voy a pedirte nada... todavía. —Se acuclilló delante de ella y siguió hablando—: Valentina, el día antes de que tú aparecieras en la tienda yo estaba deprimido porque veía ante mí una vida solitaria y sin alicientes. Antes no creía en las coincidencias, hasta que te conocí y entonces creí en el destino.

»Sé que si tú no hubieras aparecido aquel día en la tienda, yo nunca habría tenido dinero suficiente para comprar un libro en *El estante* y que si yo hubiera trabajado en otra tienda que no fuera *Comición*, tú igualmente habrías ido a ésa.

Hugo hizo una pausa lo bastante larga para que Valentina se diera cuenta de que mucha gente los estaba mirando.

—Se dice —prosiguió Hugo— que a todos nos está esperando la pareja perfecta. Si mi historia está escrita en algún lado, aunque sea en una nota a pie de página en un libro viejo, sé que quien la escribió fuiste tú. Y como lo de «eres mi roca» no me gusta, sólo quiero decirte que eres la persona que me hace volar libre, mucho más allá de lo que nunca habría imaginado, y que todo lo bueno que hago cada día, lo hago porque tú me impulsas a hacerlo.

Cuando terminó, Valentina se lo quedó mirando unos segundos. No sabía qué decir, ni qué hacer. Lo cogió por los hombros e hizo que se levantara. Entonces, cuando estuvo de pie, ella se puso de puntillas y le dio un beso de aquellos que tanto le gustaba darle.

—Entonces, ¿me quieres? —preguntó Hugo, sin acabar de comprender lo que sucedía—. ¿Me perdonas?

—Claro que sí, bobo —respondió Valentina, sorprendiéndose una vez más de la poca confianza que tenía en sí mismo.

Hugo la abrazó y la levantó del suelo.

—Bueno, chicos —dijo François, entrando en escena—, siento interrumpiros, pero me parece que estoy de más.

Hugo y Valentina lo miraron.

—Así que me despido —añadió saludando, mientras se daba la vuelta para irse—. Nos vemos en la tienda. Disfrutad de vuestro momento.

—¿Te apetece ir a mi apartamento a ver una peli de Disney y tomar café? —preguntó Valentina cuando su amigo se fue.

—¿Tomar café o «tomar café»? —preguntó Hugo, cambiando el tono de voz.

—«Tomar café» —respondió Valentina con voz insinuadora.

—Entonces, será un placer —dijo Hugo, sonriendo.

## Capítulo 25

### Hugo y Valentina

A la mañana siguiente, cuando Hugo abrió los ojos, lo primero que vio fue a Valentina que lo esperaba completamente desnuda, con el desayuno preparado.

La noche anterior no había sido un sueño.

—He bajado a buscar unos croissants.

—¿Has bajado así? —bromeó Hugo.

—No, idiota. He cogido el bolso —respondió ella, haciéndolo reír—. Pruébalos. Ya verás qué buenos están.

Valentina le ofreció uno y, sin dudarle, Hugo le dio tal mordisco que se comió medio croissant de golpe.

Mientras lo saboreaba, no se podía creer que estuvieran allí juntos. Después de tantos altibajos, habían pasado la primera noche como algo más que amigos, como una pareja de verdad. A pesar de las presiones que habían tenido por parte de sus amigos, ambos olvidaron sus consejos. No querían cometer los mismos errores que Arturo y Victoria cometían cada noche cuando salían a ligar.

Terminados los croissants, Valentina se abalanzó sobre Hugo y le acercó sus turgentes pechos para provocarlo. Pero cuando él se inclinó sobre ellos con la boca abierta, dio un salto y se alejó. Hugo no pudo reprimirse y se levantó para perseguirla.

Al pasar por el comedor, ella cogió la botella con el champán que había sobrado la noche anterior, una cortesía de François, que se la había hecho llegar para celebrar el reencuentro, y dio un buen sorbo. Sin soltarla, se fue corriendo al baño, seguida de cerca por Hugo.

Tras unos cuantos pasos, éste consiguió atraparla y la estrechó entre sus brazos, levantándola del suelo. Le arrebató la botella, pero cuando fue a dar un sorbo vio que estaba vacía.

—¡Te lo has acabado! —exclamó mientras dejaba la botella a un lado y se dedicaba a hacerle cosquillas.

Como única respuesta, Valentina soltó un sonoro eructo que la hizo estallar en carcajadas.

—Serás...

Sin acabar la frase, Hugo la metió dentro de la ducha y abrió el agua, que empezó a caer sobre ellos justo cuando cerraba la mampara. Sujetándola con fuerza con la mano izquierda, le dio la vuelta y metió la derecha entre sus piernas, mientras ella

empezaba a temblar.

Valentina intentó zafarse de él varias veces, pero sin conseguirlo, aunque Hugo no supo si era porque no pudo o porque realmente no quería hacerlo. Lo que sí consiguió ella fue atrapar lo que ya conocía tan bien, y mientras él no dejaba de acariciar su sexo con habilidad, ella subía y bajaba sus manos por su miembro, intentando dominarlo. En lugar de ello, Hugo la soltó un instante y enseguida volvió a cogerla por las muñecas y le obligó a apoyarlas contra la pared de la ducha.

Valentina captó de inmediato la intención lasciva de su amante y se puso de puntillas sobre el resbaladizo suelo de la ducha para facilitar que pudiera embestirla por detrás.

La fuerza con la que la penetraba era tanta que Valentina perdió el equilibrio y casi se hubiera caído, de no ser porque Hugo la abrazaba por la cintura. De repente le dio la vuelta y la levantó cogiéndola por las nalgas, mientras seguía moviéndose sin parar.

Él incrementó el ritmo, mientras Valentina le clavaba las uñas en la espalda y le apretaba la cintura con las piernas. A pesar del constante vaivén, ninguno de los dos dudó cuando el otro acercó sus labios y ambos empezaron a besarse apasionadamente.

Valentina se sorprendió al ver que Hugo no perdía fuelle en ningún momento y que se dedicaba por completo a ella. Súbitamente, dejó de besarla y, mirándola a los ojos, buscó en su cara la expresión del momento justo en que alcanzaba el clímax. Pocos segundos después, Valentina echó la cabeza hacia atrás, con su dorada melena empapada colgando a su espalda, y soltó un grito de placer mientras el agua de la ducha resbalaba por su cuerpo.

Por unos instantes, Valentina no supo dónde estaba, pero tras regresar a la realidad golpeó el pecho de Hugo con sus puños y exclamó:

—¡Maldito seas!

Le dedicó una mirada vengativa y resuelta, dispuesta a devolverle lo que Hugo le había regalado. Aprovechando su agotamiento, se soltó de su abrazo y empezó a empujarlo fuera de la ducha.

—Pe-pero, ¿qué haces? —preguntó él—. Estamos empapados.

—¿Y crees que eso me importa? —respondió ella, llevándolo de nuevo al dormitorio.

Cuando estuvieron frente a la cama, Valentina le dio un fuerte empujón que lo tumbó sobre el colchón.

—Ahora me toca a mí —afirmó, sonriendo con lascivia a la vez que se le tiraba encima.

Hugo no pudo evitar sonreír complacido al sentir cómo sus cuerpos encajaban de nuevo a la perfección, y se dejó llevar por las fuertes sacudidas del cuerpo mojado de



Valentina encima del suyo.

Cuando salieron a la calle, la mañana que se presentaba ante ellos no podía ser más perfecta: el cielo estaba azul, brillaba el sol, el aire fresco por el rocío nocturno les llenaba los pulmones y, además, tenían a su lado a la persona perfecta.

La noche anterior habían cenado algo rápido en la terraza de Valentina, en la que, por primera vez, ella disfrutó realmente de las vistas, y después estuvieron hablando hasta que la pasión se apoderó de ellos.

Se contaron sus vidas al milímetro, sobre todo las partes en las que habían vivido juntos, o casi juntos, explicándose la verdad de lo que había sucedido en las dos citas, las brillantes ideas de Arturo, la aparición de aquella buscona, los nervios de él por comportarse «cómo debía» y aquel largo etcétera que había alargado más de la cuenta el final feliz de su historia.

—Así que Victoria te llamó —dijo Valentina, cuando estaban cruzando la rue de Rivoli.

—Sí.

—Qué raro.

—¿Por?

—Pues porque yo nunca le di tu número de teléfono.

—¿Y cómo pudo llamarme? —preguntó Hugo sorprendido.

Valentina intuía la respuesta. No tenía ninguna prueba, pero conocía lo suficiente a su amiga para saber que no había dudado en sustraerle el móvil para evitar que saliera con Hugo.

—Seguramente fue ella quien se quedó mi móvil.

—¿Así que la culpable de que lo hayamos pasado tan mal estos días ha sido Victoria?

—Culpable, culpable, no. Pero en parte, responsable... Como mínimo, cuando me oyó llorar por ti te llamó enseguida.

Sin decir nada más, Valentina le dio un beso y Hugo no siguió con el tema. Por un lado, porque ella había borrado todos sus pensamientos con ese beso, y, por el otro, porque finalmente Victoria había hecho lo correcto. Además, ahora estaba junto a Valentina en París. ¿Qué más podía pedir?

Inconscientemente, ella estaba siguiendo el camino de cada día para ir a la librería, pero en la nota que acompañaba la botella de champán, François le había dicho: «Mañana no vengas, disfruta. Ya te cubriré yo». Así que giró a la derecha para acabar de cruzar el Sena por el Pont Neuf. Cuando estuvieron en la Rive Gauche, se detuvo en seco y miró a Hugo.

—Nunca has estado en París, ¿verdad?

—Nunca —respondió él.

—¿Quieres conocerlo?

—¿Tú serás la guía?

—Claro.

—Entonces quiero conocer lo que quieras.

Una vez más, Hugo le había soltado uno de aquellos piropillos tontos pero que tanto efecto surtían en Valentina.

—¿Qué quieres hacer para empezar? —preguntó Valentina.

—Pues la verdad es que siempre he querido ir a la Torre Eiffel.

Ella lo cogió de la mano y echó a correr con Hugo.

De repente, él se detuvo.

—¿Qué es aquello? —preguntó, señalando a una enorme cúpula que se veía entre los edificios.

—El Dôme —respondió Valentina, deteniéndose a su lado.

—¿El qué?

—El Dôme, la cúpula de la capilla de Les Invalides.

—¿Y qué hay allí?

—La tumba de Napoleón.

—¿Y se lo ve ahí tieso?

—No, idiota —respondió ella sonriendo—. Lo que se ve es el sarcófago de mármol rojo en el que está enterrado, no a él.

—Vamos.

Hugo empezó a caminar deprisa. No tenía la más remota idea de cómo llegar pero, del mismo modo que la Torre Eiffel, la construcción del Dôme era fácil de seguir en el horizonte parisino.

Valentina había ido un par de veces y se había quedado impresionada con la magnificencia de aquella capilla y de la enorme tumba que albergaba, pero Hugo casi cayó de culo en el patio empedrado de la parte frontal al mirar la cúpula entera desde abajo.

—¡Menuda pasada! —exclamó al entrar.

—Hombre, es la tumba de un emperador...

—¡Mira! Hay cómics sobre él —exclamó de nuevo Hugo al ver la pequeña tienda de *souvenirs*.

Era como un niño pequeño. Le encantaban los cómics e iba de un lugar a otro curioseando. Valentina se acercó y lo abrazó por la cintura.

—No cambies nunca.

—Vale, vale —respondió él—. Pero, ¿llevas efectivo para pagar esto?

—Eres de lo que no hay —dijo ella, sonriendo—. Y supongo que después también querrás un muñequito, ¿no?

—¿Hay muñequitos? —preguntó emocionado.

Cuando salieron del Dôme, pasearon por los pasillos abovedados de Les Invalides hasta llegar al puente de Alejandro III, donde Hugo siguió impresionado. Valentina lo guio por la orilla del Sena y poco a poco pudieron distinguir el majestuoso perfil industrial de la Torre Eiffel. En el mundo había edificios más altos, más impresionantes y más seguros, pero ninguno podía ser tan mágico como aquél, que te permitía tener la ciudad de París a tus pies.

Se pusieron a la cola y, mientras esperaban, Hugo empezó a hojear sus cómics.

—¿Sabes francés? —preguntó Valentina, al ver que leía detenidamente las páginas.

—Sí. —Hizo una pausa para acabar de leer un diálogo y cerró el cómic—. Qué remedio.

—¿Por?

—Me gusta el cómic franco-belga y muchas cosas no llegan en castellano, así que hace tiempo que me vi obligado a aprender francés.

—¿Hiciste un curso o...?

La pregunta quedó interrumpida cuando Hugo se puso hablar con el taquillero en un francés macarrónico y con expresiones que, claramente, había aprendido en los cómics o mediante la literatura juvenil. Valentina vio al hombre con cara de apuro.

—Déjame a mí.

Compró dos billetes para subir a la parte más alta y el precio valió la pena cuando Hugo empezó a dar vueltas por la pequeña superficie de la planta superior, disfrutando de toda la ciudad.

—¿Qué es eso? —preguntó, señalando hacia el horizonte.

—El Arco del Triunfo.

—Luego vamos. —Hizo una pausa y señaló a otro lugar—. ¿Y eso?

—Notre Dame. ¿Ayer no pasaste por delante?

—Me parece que sí —respondió él, sonriendo.

Después de estar un buen rato contemplando el horizonte parisino, bajaron hasta la primera planta, donde había una cafetería. Compraron un croissant para compartir y se apoyaron en una de las barandillas.

—Luego vamos a comer, ¿no? Porque con este croissant no tengo suficiente.

—Claro, mira. —Valentina señaló—. Hacia allí está el Musée d'Orsay...

—¿Iremos a comer a un museo? —la interrumpió Hugo.

—No, bobo —respondió ella—. Pero justo al lado hay una *crêperie* donde todo lo hacen buenísimo.

Después de gozar de la brisa que ofrecía las alturas del gigante metálico, bajaron y fueron callejeando hasta el restaurante que había dicho Valentina. El lugar era pequeño, pero pequeño de verdad, y allí compraron un par de *crêpes* para llevar y una botella de refresco.

Mientras comían, siguieron paseando.

—¿Quieres ver mi sitio favorito de París?

—Vale —respondió Hugo, con media *crêpe* cayéndole de la boca.

Al cabo de poco, se habían acabado la comida y caminaban abrazados por la cintura, sin prisas.

—¿Y cómo lo vamos a hacer?

—¿El qué? —preguntó Hugo, sin comprender a qué se refería Valentina.

—Yo aquí, tú en Barcelona. ¿No te va a echar tu jefe?

—No pasa nada. Yo soy mi jefe.

—¿Cómo?

—Ahora soy socio de Martín. —Hizo una pausa y se lo explicó—: En realidad aún no, pero cuando vuelva firmaremos el acuerdo.

—¡Qué bien! Pero eso no responde a mi pregunta.

—Sabes que una de mis pasiones es dibujar cómics. Ahora estoy en París, a pocos kilómetros de Bruselas, la meca del cómic franco-belga.

—¿Y?

—Pues que me quedaré contigo y probaré suerte durante estos seis meses, tanto si funciona como si no. Y luego volvemos a Barcelona.

Valentina se alegró de saber que vivirían juntos los seis meses que estuviera en París.

Al cabo de un buen rato de paseo, llegaron al lugar al que quería Valentina.

—Aquí estamos. El Palais Royal.

—¿Y por qué te gusta?

—Hay rincones silenciosos para sentarse a leer. Además de un jardín precioso.

Se adentraron en el lugar y Hugo descubrió aquel encanto melancólico de París. Los muros grises del edificio se contraponían con los tonos otoñales del jardín, que ofrecía a sus visitantes un espacio magnífico para leer, pasear o simplemente sentarse.

Hugo se detuvo de golpe a mitad del paseo y miró a Valentina con expresión seria.

—¿Cómo puedo demostrarte que te quiero?

—Ya lo has hecho, bobo. Me has venido a buscar a París y te me has declarado en mitad de la calle. ¿Te parece poco?

—Ya, pero en todas las historias de amor siempre hay un símbolo, algo que sella un amor para siempre.

—No sé. Podemos ir al Pont des Arts.

—¿Por?

—Para poner un candado en él y arrojar la llave al Sena sin que nadie nos vea.

—Ya, pero eso lo hace todo el mundo. ¿No lo hacen también en Roma?

Valentina afirmó con la cabeza.

—A mí no me hace falta que hagas nada, pero...

—Ya lo tengo —exclamó Hugo, mientras varias de las personas que había por allí les pedían silencio.

Rebuscó en la bolsa que llevaba cruzada al hombro y sacó un pliego de papeles. Era el cómic de Thor sin tapas que ella le había regalado.

—Podemos enmarcar esto. La pena es que no tengas aquí la portada.

—¿Quién dice que no la tenga?

Entonces Valentina sacó su monedero, hurgó en él y sacó un papel doblado muchas veces. Lo desplegó y apareció la portada del cómic que había guardado desde el día en que lo rompió.

—No eres el único sentimental —bromeó Valentina.

Hugo sonrió y cogió la portada. Sacó una bolsa protectora para cómics y unió de nuevo las piezas. Al igual que ellos, las dos partes encajaban a la perfección; eran muy distintas, pero eso las hacía perfectas la una para la otra.

Por un momento, el tiempo se detuvo a su alrededor. Ese instante era suyo y de nadie más. Ambos habían conservado su mitad del cómic, ambos la habían llevado a París como una prueba de la esperanza en el amor que los unía. Era la prueba física de que eran tal para cual. No pudieron evitar abrazarse y aplastar el cómic entre ellos.

—La próxima vez que vengas a París, me avisas, ¿vale? —le advirtió Hugo.

—La próxima vez vendré contigo —respondió Valentina, besándolo apasionadamente.

Aunque antes los paseantes que los rodeaban los habían hecho callar, ahora nadie se quejó cuando vieron que eran una pareja de enamorados.

Con el cómic apedazado bajo el brazo, Hugo cogió de la mano a Valentina y juntos empezaron a pasear por debajo de la bóveda que formaban los árboles de los jardines del Palais Royal. Tras unos pocos pasos, ella le dio un nuevo y apasionado beso en los labios. A Hugo se le doblaron las piernas y se desplomó en el suelo.

Al verlo, Valentina se agachó rápidamente a su lado y, cuando esta estaba a punto

de zarandearlo para que recuperara la conciencia, él se incorporó de golpe y le dio un beso más apasionado aún que el suyo, que la hizo dar un salto de la sorpresa, pero enseguida se dejó conquistar por los labios de su chico.

—Eres un cabrón. Sabes que no me gusta que me asusten —le dijo, cuando se separaron.

—Lo sé —contestó Hugo mientras se levantaba, sonriendo satisfecho por la jugarreta.

—Bueno —prosiguió Valentina—. Como mínimo, esta vez te hubieras desmayado por un buen motivo —añadió, rodeándole el cuello con los brazos y devolviéndole el beso.

## Notas

[1] *Kung Fu Fighting* (©) 2001 Castle Music / Sanctuary Records Group Ltd., a BMG Company, under exclusive license to Ingrooves, interpretada por Carl Douglas. (N. de la E.)

[2] *Does your mother know?*, (©) 2008 Polar Music International AB, intrpretada por Abba. (N. de la E.)



[3] *Don't stop me now*, (©) 2002 Hollywood Records, Inc., interpretada por Queen. (N. de la E.)

## Biografía

Abby Baker (Le Claire, Iowa, Estados Unidos, 27 de junio de 1981) creció en una granja familiar, junto a sus padres y sus dos hermanos, en el estado del Ojo de Halcón. Sin embargo, su temprana pasión por conocer mundo la llevó a abandonar su ciudad natal a los dieciocho años, para empezar sus estudios en Historia del Arte en la universidad parisina de La Sorbonne. En la capital francesa descubrió el amor por todas las artes, incluida la literatura, por la que enseguida sintió predilección. Durante los años de universidad, Abby escribió sus primeros relatos en francés y los publicó en todo tipo de revistas independientes.

Con una carrera bajo el brazo y tras unas vacaciones en la Costa Brava, Abby visitó Barcelona, y al instante se enamoró de la ciudad, su cultura y su gente. Y, sin saber exactamente cómo, acabó instalada con su fiel perro Corgi a las afueras de Barcelona, desde donde sigue escribiendo historias que, inevitablemente, tienen lugar entre París y la Ciudad Condal.

*El amor no cierra a mediodía*

Abby Baker

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la cubierta: Shutterstock

© Abby Baker, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.edicioneszafiro.com](http://www.edicioneszafiro.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición: agosto de 2016

ISBN: 978-84-08-15968-1

Conversión a libro electrónico: Àtona - Víctor Igual, S. L.

[www.victorigual.com](http://www.victorigual.com)

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NOVELA  
**ROMÁNTICA**

---



¡Síguenos en redes sociales!

